This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

UC-NRLF
$B 299 995

Digitized by Google

GIFT OF
J.C.CEBRIAN

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

PALMAS Y FLORES.

Digitized by Google

Digitized by Google

A mi muy amada Victoria

Jorge

MARIA DEL PILAR SINUES.

Madrid 23 Abril 1878.

PALMAS Y FLORES.

LEYENDAS DEL HOGAR.

CONTIENE ESTE TOMO:

LA MAYOR DE LAS VICTORIAS.

EL JARRON DE LA CHINA.

MADRID.

SATURNINO CALLEJA, CALLE DE LA PAZ, NÚM. 7, LIBRERÍA.

BARCELONA.
JUAN LLORDACHS,
Plaza de San Sebastian, núm. 5, librería.

PARIS.
ROGER ET CHENOVIZ,
Rue des Grands-Augustins, 7, librairie.

1877.

Digitized by Google

PRESERVATION
COPY ADDED
mF 9/14/90

E. PROPIEDAD.

J. C. CIPRIAN

MADRID.

IMPRENTA DE LÁZARO MAROTO, CALLE DE SAN JUAN, NÚM. 23, BAJO.

1877.

Digitized by Google

Á MI HERMANO ROBERTO.

A ti, único amigo de mi alma; á ti, que tan bien me conoces, que me quieres tanto, y á quien yo quiero sobre todos los séres de la tierra; á ti, que sientes, que piensas, y que por lo mismo sufres; á ti, á quien respeto, amo y admiro, dedico estas dos sencillas narraciones, y te las envío como una tisana fresca y pura, para que calmen la fiebre de tu espíritu.

Yo sé que su sencillez te hará sonreir; pero

339896

Digitized by Google

no hay para tu hermana premio más dulce que una sonrisa tuya, y eso ya lo sabes desde que, cuando era niña, la tomabas en tus brazos al volver de las fiestas del gran mundo.

Admite estas páginas como una tierna memoria de aquel tiempo. La vida nos guardaba terribles desengaños y hondas amarguras. Pero en tanto tenga el noble apoyo de tu amor, siempre bendecirá la bondad de Dios, tu hermana

María.

Madrid 11 de Julio de 1877.

Digitized by Google

A mi muy amada Victoria.

Jorge

Madrid 23 Abril 1878.

AL LECTOR.

Dulce y benévolo amigo mio, no busques aquí dolorosas sacudidas para tus nérvios, ni hondas amarguras; hallarás tristeza, pero tambien esperanza; verás el desaliento, pero á su lado la grata serenidad del alma, don precioso de los amantes del bien. Verás junto á las palmas de la virtud las flores del amor, de la inocencia, y de todas las bellas cualidades de la primavera de la vida.

Digitized by Google

Bien puedes dejar este libro en las manos de tus hijas, de tu esposa ó de tu jóven hermana, porque ha sido escrito para el hogar; si ven en él la sombra del mal, es porque creo que el mal debe conocerse para evitarse, y que la ignorancia no es la virtud; encierra cuadros dibujados por una mano débil, pero soñados por una ardorosa fantasía: todo es en ellos suave y sencillo como el susurro de las hojas en los árboles, como el perfume de las rosas, como el murmullo del agua; hay verdades en estas páginas, pero no son de las más amargas, y las verdades, cuando se dicen noblemente, consuelan y hacen nacer en el alma ilusiones nuevas, al llevarse las mentidas y peligrosas.

Amable é indulgente lector, piensa en mí al hojear este libro; seas jóven, niño ó anciano, yo deseo tu simpatía á cambio de entretenerte algunas horas; porque creo que en este

Digitized by Google

mundo sólo las simpatías que inspiramos merecen la pena de nacer y la fatiga de morir. Si miras á este volúmen como al amigo de tus dias tristes, nada más deseará

LA AUTORA.

Madrid 4 de Abril de 1877.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA MAYOR DE LAS VICTORIAS.

I.

El conde de C., honrado y valiente general, que habia encanecido en la guerra que España sostuvo tan heróicamente por su independencia, vivia desde hacia muchos años, en la pequeña y linda ciudad de San Sebastian, que era donde habia abierto los ojos á la primera luz.

Allí tambien habia amado: allí habia unido su suerte á la de la mujer querida, y allí habian nacido sus dos hijos, á los que amaba con toda su alma y con un extremo de que hay muy pocos ejemplos.

El Todopoderoso habia querido, sin duda, acumula

Digitized by Google

en derredor del conde de C... todo aquello que puede hacer la felicidad de un hombre.

La condesa era la mujer más completa, la más admirable que en aquel país, donde las mujeres son todas bellas, dulces y discretas, se habia conocido.

Huérfana de un comerciante, al que costó la vida una bancarrota, el padre del general, comerciante tambien, fué nombrado su tutor y curador, y bajo su amparo fué la hermosa y delicada Hortensia, tan dichosa como pudiera serlo una niña que ha perdido unos tiernos padres y una pingüe fortuna.

Hortensia era tan en extremo agraciada, que no se echaban de ménos en ella las leyes de la perfeccion en la hermosura.

Su cara, que formaba un óvalo prolongado, era blanca como las hojas de la camelia, y su tez tenia el matíz aterciopelado de aquella magnífica flor.

Sus cabellos, negros como sus cejas y pestañas, hacian un precioso contraste con sus ojos azules, grandes y rasgados que brillaban con una dulce y plácida luz.

Su frente ancha y serena, su nariz fina, su bo-

Digitized by Google

quita rosada, decian claramente cuánto habia de escogido, de poético y delicado en aquella noble naturaleza.

En Hortensia resaltaba, más que la hermosura, una gracia esquisita que se advertia en todas sus palabras, en todas sus acciones, y hasta en sus menores movimientos.

La delicadeza de sus piés, de sus manos, un tanto largas y afiladas, y de su esbelto y delicado talle, era infinita.

Su traje era siempre sencillo, pero del mejor y más distinguido gusto; y haciéndoselos ella, era tanta la distincion y gracia que le imprimia, que causaba admiracion y una admiracion involuntaria, hasta á las personas más envidiosas y mordaces.

Diez y ocho años contaba Hortensia, cuando el jóven Miguel, entónces capitan, fué á pasar una temporada á casa de sus padres, despues de una larga y penosa campaña de las que diezmaban el ejército en los primeros años de este siglo. Miguel llevaba en el pecho dos heridas y una en el costado, aún no bien cerradas, y su natural gallardía estaba aún realzada

Digitized by Google

por una palidez tan interesante como honrosa, por le motivo que la habia producido.

Ya al lado de su padre, se volvieron á abrir aquellas mal cerradas cicatrices: su padre, que adoraba en aquel hijo único y tan digno de ser amado, se afligió de una manera terrible en su avanzada edad: era viudo, y Hortensia se halló sola entre los lechos del padre y del hijo, temblando por las vidas de entrambos, y sin poder hacer otra cosa que velar, orar y llorar.

Una alegría inesperada trajo la salud á Miguel.

Sus jefes le mandaban el despacho real en que se le nombraba comandante de batallon, en recompensa de los servicios prestados.

¡Comandante á los treinta años! Eso, que nada tendria de notable en nuestros dias, era entónces muy extraordinario, y colocó á Miguel en muy elevada posicion en su país.

La salud del hijo trajo la del padre, y algunos dias despues, Miguel, sentado en el delicioso jardin de su casa, declaraba á Hortensia su amor.

La jóven le escuchó ruborizada, y al preguntarle

Digitized by Google

Miguel si podia esperar correspondencia, dejó caer su mano entre las del jóven comandante.

—Pero hija mia, dijo el anciano, ya sabes cuán enamorado está de tí ese jóven marqués, que segun cuentan, puede tanto en el ánimo del rey.

—Y ya sabe V. tambien, mi querido tutor, que yo no le amo, respondió la jóven un tanto turbada, al ver la alteracion de las facciones de Miguel.

—Sin embargo, debes tener en cuenta su elevada posicion.

—Jamás tendré en cuenta sino el estado de mi corazon.

—No digo nada más, repuso el bondadoso anciano; toda mi ambicion se encierra en que te cases con Miguel, y en que dentro de algunos años vivais los dos rodeados de vuestros hijos en esta casa, que ya fué de mis padres, y cerca del cementerio en que me acosteis para dormir el sueño eterno.

Aquella misma noche, y cuando ya descansaban todos los criados, entró Miguel en el aposento de su padre.

El anciano estaba ya acostado.

Digitized by Google

Una pequeña lámpara de cristal cuajado, pendiente del techo, iluminaba débilmente la alcoba, en medio de la cual estaba el lecho rodeado de cortinas verdes.

Cuando entró su hijo, hacia muy pocos momentos que se habia acostado, y todavía no se habia entregado al sueño; al verle se incorporó en la cama sobresaltado, y le preguntó con ánsia:

—¿Qué sucede?

—No es más, padre mio, respondió Miguel sentándose con aire grave y preocupado, sino que quisiera hablar contigo un rato á solas.

—Ya te escucho, hijo mio, repuso el anciano, cuya penetracion, más bien que de otra clase, era financiera: habla pues.

—Necesito saber, padre mio, necesito que me espliques claramente qué relaciones hay entre Hortensia y ese Marqués de que esta tarde la has hablado.

—Qué, ¿ya te mortifican los celos? Preguntó el padre sonriendo con bondad.

—Confieso que sí.

—Pues bien: sabe para tu tranquilidad, que no hay por qué tenerlos. Hortensia fué conmigo hará unos ocho

Digitized by Google

meses á un baile que dió el Ayuntamiento, y allí la vió el marqués; la dijo esas galanterías que usa todo hombre de mundo, y ella lo tomó una mitad á broma, y la otra con esa dignidad un tanto fria, tan propia de su carácter.

Salimos de allí, y me contó cuanto habia sucedido, de lo que reimos ámbos, pensando, y con razon, que no tendria consecuencias; pero al dia siguente, ese marqués, empezó una persecucion tan ódiosa como incesante contra la pobre Hortensia; se lo encuentra en todas partes: en la iglesia, en el teatro, en paseo, en todas partes; no va á casa de una amiga que no entre el Marqués de visita así que ella ha llegado, y este motivo la ha hecho aislarse completamente, y buscar la soledad de casa, donde no le vé.

—¿No ha intentado el hacerse presentar aquí?

—Ya lo creo que lo ha intentado, hijo mio, pero no lo ha podido lograr.

—¿Cómo no?

—Como que á toda persona que me ha anunciado tal presentacion, ó me ha pedido permiso para hacerlo, le he contestado negativamente.

Digitized by Google

—Y Hortensia, ¿qué dice?

—¿Qué ha de decir? ¡Que hago muy bien! ¡Como que obro por indicacion suya! ¡El tal marqués le causa un miedo horrible!

—¿Tan feo es?

—No es feo precisamente, y hasta para algunas personas es muy buen mozo; pero á mí me causa su vista la misma impresion que la de un gran insecto; figúrate un hombre muy alto y muy delgado, amarillo de puro pálido, con unos ojos verdes y un cabello rizoso y negro como un mulato; un tren de príncipe, eso sí; pero como ni á Hortensia ni á mí nos seduce el oropel..... y además ese maldito marqués no es español.

—¿De dónde ha venido, pues?

—¿Qué se yo? De Portugal, del Brasil..... de la India quizá: ello es que él se titula marqués de Rio Santo, y que es cobrizo..... sí, del todo cobrizo.

Esta conversacion fué interrumpida por un criado de la casa, que traia un pliego cerrado en una salvilla de plata, pues el gusto delicado y aristocrático de Hortensia habia impuesto cierto ceremonial en casa

Digitized by Google

del comerciante, el cual veia sólo por los ojos de la jóven, á la que adoraba.

Miguel miró el pliego y palideció, lo que fué advertido por su padre, que á falta de una gran penetracion, tenia el gran instinto del amor paternal.

—¿Quién ha traido este pliego? Preguntó Miguel.

—Un correo de Madrid, respondió el criado.

—Es del ministro, dijo el jóven, y encierra alguna Real órden, pues trae las armas de España.

Y esto diciendo, abrió el pliego, que era, en efecto, una comunicacion del ministerio de Estado, y decia así:

«S. M. el Rey nuestro Señor (q. D. g.), atendido »el heróico comportamiento de V. E. en la defensa de »Madrid, cuando fué tomada la villa por las tropas de »Murat, me manda decir á V. E. lo altamente satis»fecho que se halla de su comportamiento, y para dar»le una prueba de su Real aprecio, le remite la gran»deza de España de primera clase, y un escudo de »Armas, que podrá usar; transmitiendo ambas gracias »á sus descendientes.

Digitized by Google

»Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 6 de »Marzo de 189.

El Ministro de Estado,

CALOMARDE.»

Acompañaba á este pliego un diploma de grandeza de España, con el título de conde de C... (1), y un escudo de armas, pendiente de una cinta y vaciado en plomo.

El anciano abrazó á su hijo deshecho en lágrimas, y luego llamó á Hortensia para que participase de la comun alegría.

La jóven se hallaba ya en su lecho, cuando fué llamada para darle la nueva feliz; y aunque al principio se sobresaltó un poco pensando en lo que podria suceder á una hora tan avanzada de la noche, se puso una bata y una manteleta, y corrió á la habitacion de su tutor.

Su emocion fué tan grande, que casi la hizo desmayar, y luego rompió en un llanto bienhechor.

(1) Se suprime el título porque aún existen ilustres descendientes de aquella familia.

Digitized by Google

Entónces conoció Miguel que era amado: una dulce alegría alumbró su alma como un rayo de sol, y volviéndose al anciano, le dijo:

—Padre mio, ya puedo ofrecer á Hortensia una corona de condesa, en vez de la de Marquesa, que ese hombre la ofrecia: así, pues, si quieres verme dichoso, apresura nuestra union.

Hortensia quiso protestar con un gesto contra la acusacion de ambiciosa que tácitamente le inferian las palabras de Miguel; pero éste le hizo señal de que todo lo habia comprendido ya, y que sus palabras, era sólo una especie de amorosa broma, que como tal debia tomar.

—Veamos el escudo que S. M. nos da, añadió luego mirando el que tenia la jóven en la mano. ¡Hola! Una palma y una espada en cruz, y en medio un lazo con la palabra *Lealtad*. ¡Nadie, más que el Rey de España, sabria expresar su gratidud de un modo tan delicado y noble! Pero, ¿que tienes Hortensia? Me parece que te pones pálida, añadió Miguel que siempre habia tratado á la jóven de un modo fraternal: veamos que es eso.

—¡Mira! respondió la jóven sacando del bolsillo de

Digitized by Google

su bata, el sobre de una carta, que contenia impreso en perfumado lacre negro el sello que la habia cerrado, y que al abrirla, se habia quedado allí.

Miguel miró el lema, y se estremeció á su vez.

Era igual al que el Rey enviaba á Miguel; pero la palma y la espada estaban cruzadas por un pequeño rio, y rodeaban el escudo estas dos palabras: *Rio-Santo*.

El anciano miró atónito á sus hijos, y luego á los dos escudos, comprendiéndolo todo al instante.

—Yo me explico ésto, dijo tras algunos instantes de silencio y reflexion.

—¡De qué modo, padre mio! exclamó Miguel; y ante todo, ¿cómo es que tiene Hortensia esta carta?

—La encontré ayer en el cestillo de mi labor, respondió la jóven, con una serenidad tan completa, que probaba su inocencia.

—¿Y quién la puso allí?

—No lo sé: mi doncella ha dicho que durante un momento que yo me levanté, vió á un pordiosero detenerse delante de la reja donde yo tenia mi canastilla.

—Y la carta que habia bajo ese sobre, ¿dónde está?

Digitized by Google

—La he quemado.

—¿Sin leerla?

—Sin leerla.

—Te creo, Hortensia, dijo Miguel dando la mano á su prometida: sí, te creo, y me parece que jamás podré dudar de tí: la dignidad de tu carácter y de tus palabras, penetra en mi corazon y le convence.

—Repito, dijo el padre de Miguel, que sé á qué atenerme con respecto al sello.

—¡Cómo! ¿Sabrias tú, padre mio...

—Pues ya lo creo: ese Rio-Santo, es uno de tantos farsantes como la guerra ha exportado, no sólo del vecino imperio, sino de todo el mundo: él ha adoptado un escudo á su placer, y ha venido á forjarse con corta diferencia, el mismo que el rey te da á tí.

—¿Luego tú crees, padre mio, que no es tal marqués?

—Como yo: pero dejemos esto, hijos mios, y volveos cada uno á vuestro cuarto para pensar en mañana, en vuestra felicidad.

—Padre mio, respondió Miguel, ni tú podrás dormir gran cosa, ni yo tampoco: ¿no es verdad?

—Por mi parte, nada es más cierto.

Digitized by Google

—Pues bien, tambien es seguro por la mia: así, pues, creo lo más acertado que Hortensia se vaya á acostar, y que yo me quede aquí contigo; hablaremos, fumaremos, y si más tarde tuviese sueño, me recostaré aquí en tu misma cama.

—Me parece muy bien, hijo mio, dijo el anciano; así pasaremos la noche mucho mejor.

—Hasta mañana, pues, dijo Hortensia levantándose para salir.

La jóven presentó la frente al anciano que la besó paternalmente; dió la mano á Miguel, y se encaminó á su aposento, en el cual no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

La inesperada elevacion de Miguel, las persecuciones del Marqués, la analogía entre las divisas de ambos, que á ella le parecia fatídica, todos estos pensamientos la sumergian en tristes reflexiones, y por más que su imaginacion se exforzaba en ver imágenes halagüeñas, sólo veia ensueños tristes para el porvenir.

Por fin, un sueño bienhechor latrajo alguna calma, y ya cerca del alba se durmió profundamente, dando paso su cerebro exaltado, á ideas más tranquilas.

Digitized by Google

II.

A la mañana siguiente, y cuando todos se hallaban reunidos en el comedor para el almuerzo, un criado entró con una carta para Miguel.

Palideció el jóven al ver el sello, é hizo señas al criado para que se retirase.

—Es del Marqués, dijo con voz que temblaba á su pesar.

Y rompió el sobre leyendo en voz alta lo que sigue:

«Caballero:

»He agotado en vano y antes de ahora todos los »medios posibles para entrar en su casa de V., y no »habiendo podido alcanzarlo, con grande sentimiento »de mi parte, no me atrevo á volverlo á intentar: su»plico á V., pues, que se pase por la mia, sita en la »calle del Muelle, núm. 11, para tener con V. media »hora de conversacion.

»Soy de V. con la mayor consideracion, atento y »seguro servidor,

Q. B. S. M.

El Marqués de Rio-Santo.»,

Digitized by Google

—Ahora mismo voy, dijo Miguel levantándose con ímpetu.

—¿Sin almorzar? preguntó su padre.

—Me seria imposible hacerlo ahora, respondió el jóven: vamos, añadió tomando la mano de Hortensia, que estaba pálida y conmovida: vamos, no tiembles así: no hay por qué, y además yo no soy un niño.

—¡Oh! es que tú no sabes quién es ese hombre; exclamó la jóven sollozando: ¡su sola vista aterra!

—No temas, respondió el jóven, que á mí me produzca tal efecto: tranquilizaos ambos, y adios.

Miguel estrechó la mano de su padre, imprimió un beso en la de su novia, y salió.

—¡Ah, padre mio! exclamó Hortensia arrojándose en los brazos del anciano, yo no se por qué, parece que quiere saltar mi corazon del pecho.

—Eso es una niñería, respondió el anciano intentando cubrir con una sonrisa el dolor que trastornaba sus facciones.

Entretanto, Miguel habia llegado á casa del Marqués, pues habia hecho su camino con paso precipitado: dicha casa estaba situada en un paraje solitario,

Digitized by Google

cerca del muelle y azotada por las olas del mar, que rugian sordamente.

Miguel no era superticioso, porque era muy valiente para adolecer de semejante defecto; pero en el instante de poner su mano sobre el frio aldabon de bronce de aquella puerta, le pareció oir en su corazon una voz que le decia:

«De aquí han de salir muchas desgracias para tí.»

Sin embargo, se hizo superior á tan triste presentimiento, y llamó con mano fuerte.

Un criado vino á abrir al instante, y le condujo á través de una multitud de habitaciones, á un salon octógono, y decorado con antiguos tapices y estátuas de gran mérito.

Aquel salon era muy rico; el gusto, reunido á lo más costoso que produce el arte, habian contribuido para su adorno, y sin embargo, habia en él algo que helaba el corazon, y le prensaba como un círculo de hierro.

Retiróse el criado, y un instante despues, un paso fuerte y el rechinar de un elegante calzado, anunciaron al Marqués.

Digitized by Google

Era un hombre que, al parecer, tenia de treinta y ocho á cuarenta años. Su alta estatura era muy enjuta y nerviosa; tenia la tez de un color cobrizo, más oscuro aún y más empañado que el de algunos mulatos; sus ojos, redondos y verdes, tenian una mirada brillante y fascinadora, en la cual brillaba, ya la más grande insolencia, ya los instintos más feroces; un bosque de cabellos ásperos y ensortijados, pero negros como el ala del cuervo, cubria á medias su frente alta pero deprimida por las sienes.

Su nariz, larga, estaba encorvada como lo está el pico de las aves de rapiña; y cuando abria sus lábios, muy delgados y pálidos, enseñaba dos filas de dientes blancos, largos y claros.

Parecian trazadas con tinta sus cejas anchas, que se unian con dureza sobre su nariz: en cuanto á sus manos y piés eran enormes y en extremo gruesos, como de una persona tosca y angulosa.

Su traje era ya bastante esmerado á pesar de ser muy temprano; pero habia en él y en todo su aire tan extrema presuncion, estaba su gruesa cadena de oro tan recargada de dijes y pedrería, que todo aquello le

Digitized by Google

daba un aire lleno de pretensiones, de vulgar coquetería, y de relamida compostura, que debia repugnar profundamente al severo y recto Miguel.

El Marqués saludó cortesmente al Conde, y le rogó que se sentase, haciéndolo él á su lado.

—Caballero, le dijo con una voz de falsete muy rara en su gran corpulencia; me han dicho que V. va á casarse, y suplico á V. me diga si es verdad.

Miguel dudó un momento si responderia con un bofeton á semejante pregunta: luego pensó en que mediaba Hortensia, y se contuvo.

—Veo, respondió con una amarga y despreciativa sonrisa, veo que ha sabido V. elegir el sitio para pedirme explicaciones, que no tengo ninguna intencion de dar: á no haberse guarecido en su casa, mi respuesta, á tal pregunta, seria muy lacónica y elocuente.

—¿Cuál hubiera sido, señor... conde? Y el mulato dió una entonacion tan insultante á la palabra *conde*, que el carmin de la ira coloreó la noble frente de Miguel.

—Mi respuesta hubiera sido una bofetada, que le avisara á V. de la inconveniencia de mezclarse en ne-

Digitized by Google

gocios ajenos, respondió Miguel; y note V. que yo no le doy el título de Marqués con que V. se engalana.

—¿Y por qué?

—Porque no creo que lo sea.

A este mortal insulto siguió un silencio largo y aterrador: recorrió el semblante de Rio-Santo una violenta convulsion, y Miguel creyó por un instante, y con mucha alegría de su parte, que aquel hombre iba á lanzarse sobre él.

Pero no sucedió esto: recobró el cetrino rostro del Marqués la expresion que le era habitual de insolencia melosa y solapada, y respondió con voz muy tranquila:

—Cada uno, caballero, es dueño de creer lo que le parezca, y la fé es una de las pocas cosas que no se pueden imponer á las personas. Usted pensará acerca de mí lo que guste, y yo, ni me ofenderé por eso, ni intentaré hacerle cambiar de parecer; pero si V. no se opone, volveremos á tomar la conversacion del sitio en que la habíamos dejado.

—Es inútil, señor mio, repuso Miguel levantándose;

Digitized by Google

ya he manifestado á V. que no quiero consentir en que se mezcle en mis asuntos.

—Es que, entre los asuntos de V., hay alguno que á mí me interesa mucho.

—Bien podrá ser; pero eso á mí me importa muy poco.

—¿Es decir que podré tener la casi seguridad del casamiento de V. con la señorita Hortensia?

—No la *casi* seguridad; la seguridad completa, caballero: la más completa certeza.

—Y... ¿vá á ser pronto la boda?

—Muy pronto.

—Pues bien, caballero; yo le aviso á V., yo le advierto que ganará mucho y se ahorrará muchas desgracias, desistiendo de tal casamiento.

—Repito á V. que nada le importa lo que á mí me haya de suceder.

—Sin embargo, aún volveré á decirle por la última vez: no se case V. con la señorita Hortensia.

—A pesar de esta advertencia, me casaré.

—¿Es cosa decidida?

—Completamente.

Digitized by Google

—Nada más tengo que decir á V., caballero.

—Lo creo muy bien, porque ya ha dicho V. más de lo que debia.

Miguel se levantó, saludó levemente, y salió con la cabeza erguida, y el paso mesurado y firme.

Al pasar el umbral sintió á su espalda una carcajada seca y nerviosa; era tan violenta aquella risa, que el jóven Conde se extremeció al escucharla, como si hubiera sido un preságio de desventuras.

Pero desechando aquellas tristes ideas, volvió á entrar en su casa, llevando la alegría en su corazon y en su semblante.

Hortensia salió anhelante á su encuentro.

—¿Qué ha ocurrido? Le preguntó con ánsia; ¡si supieras cuánto hemos padecido nuestro padre y yo!

—Nada ha ocurrido que pueda inquietarte, Hortensia mia, repuso Miguel: he cortado las insolencias de ese hombre con el desprecio, y dentro de algunos dias nos uniremos con eternos lazos.

El padre de Miguel, que se reunió en aquel instante á sus hijos, vino á tomar parte en la alegría comun, y el almuerzo que se habia interrumpido de una ma-

Digitized by Google

nera tan desagradable, volvió á empezar, comiendo todos con excelente apetito.

Al levantarse de la mesa, entró un criado con otra carta: era para Hortensia, y la jóven la alargó á Miguel para que la abriese.

A pesar de todo su valor, se extremeció el jóven viendo otra vez su propio escudo con la adicion del rio.

La carta sólo contenia estas palabras:

«Si la señorita Hortensia se casa con el conde de »C..., no acuse más que á sí misma de las desgracias »que caerán sobre ella y sobre su familia.

»*El marqués de Rio-Santo.*»

Miguel se levantó con ímpetu, y tomó su sombrero.

—¿A dónde vás? Exclamaron con angustia su padre y su prometida.

—Voy á dar parte á la autoridad de esta infame persecucion, repuso el jóven; vamos, padre mio.

—Vamos, dijo el anciano sin vacilar.

Y tomando su baston y su sombrero, siguió á su hijo.

Digitized by Google

Muy pronto llegaron á casa del gobernador que era un anciano recto y bondadoso, y que estimaba mucho al anciano padre de Miguel.

No bien el jóven hubo hecho su relato en el despacho; no bien hubo mostrado la carta del Marqués, y hubo mostrado el escudo de nobleza que el Rey acababa de concederle, y el que conservaba impreso en lácre en las cartas del Marqués, el gobernador envió á un comisario y á algunos agentes de justicia para reducirle á prision.

Serian como las tres de la tarde, próximamente, cuando llegaron al palacio del Marqués; el comisario se detuvo, y uno de los agentes llamó, pero sólo respondió al ruido del llamador un eco sordo y prolongado.

Repitiéronse los golpes sin más efecto que la primera vez; y visto que nada daba señales de vida en aquella gran casa, se llamó á un herrero que, despues de mucho trabajo, hizo saltar las fuertes cerraduras de la puerta.

Todos los agentes penetraron en el edificio; pero nadie apareció en él ni salió á su encuentro, ni se vió

Digitized by Google

¿Cómo dos horas ántes, estaban las antecámaras pobladas con lacayos vestidos de librea que abrieron las puertas para que pasara el conde?

¿A dónde habia huido la numerosa servidumbre, y el mismo Marqués?

Misterios son estos que el tiempo aclarará.

La policía hechó las llaves, puso sus sellos en todas las puertas interiores, y en la exterior tambien, y dejando aquella gran casa solitaria bajo la ley, volvió á dar cuenta al gobernador de sus inútiles pesquisas.

Miguel y su padre dieron gracias al gobernador por lo que habia hecho en favor suyo, y se retiraron más intranquilos aún de lo que habian ido.

¿Qué habia sido de aquel hombre tan obstinado y tan poderoso al parecer?

¿Qué era lo que podian temer de su venganza?

Esto era lo que se preguntaban á sí mismos padre é hijo, sin que la voz se atreviese á formular sus pensamientos, pues hay pliegues en el alma, que sólo le es dado levantarlos á la mano de Dios.

huir á persona alguna: la soledad más completa reinaba allí.

Digitized by Google

III.

El casamiento de Hortensia y de Miguel se celebró con una gran pompa, de la que el novio no quiso que se prescindiese por dos razones.

Primera, por el elevado rango á que la munificencia del Rey le habia elevado.

Segunda, porque no creyese el marqués de Rio-Santo, donde quiera que se hallase, que por miedo á sus amenazas se queria ocultar en lo posible el casamiento, suprimiendo la ostentacion.

A las seis de la tarde, pues, una larga fila de carruajes se veia delante de la casa del anciano comerciante, todos ocupados por el lucido séquito que debia acompañar á los novios á la iglesia.

Salian por las portezuelas de los carruajes encantadoras cabezas de mujeres, cuyos rizos estaban entrelazados con pedrería, cabecitas rubias de niñas, coronadas de rosas, y frentes calvas y varoniles, selladas por el estudio y el saber.

Una multitud de curiosos se fué apiñando en derredor de los carruajes esperando ver á los novios.

Digitized by Google

Cuando éstos aparecieron, un murmullo de admiracion recorrió todo el auditorio.

Iba delante Hortensia, á quien daba el brazo su tutor y futuro padre, que vestia de negro.

La jóven estaba maravillosamente bella, y tan ricamente vestida, que la más caprichosa fantasía no hubiera exigido más.

Sobre un traje de raso blanco, bordado de plata, rígido por la riqueza de su tejido, llevaba una túnica de encaje blanco, tan delicado y trasparente, que parecia haber salido de los dedos de alguna hada; aquel traje, corto, segun la moda de la época, dejaba ver unas medias caladas de seda blanca con espigas de plata y unos zapatitos de raso blanco, con lazos de blonda, sujetos con hebillas de diamantes.

De diamantes igualmente eran el collar de tres vueltas, la alta diadema de desposada que sujetaba el velo blanco, los pendientes, los brazaletes, y la ancha hebilla, que cerraba su cinturon de seda blanca, bordado de florecitas de plata.

A través de su velo de gasa de seda, se veian los largos rizos de sus cabellos negros, que rodeaban sus

Digitized by Google

hombros y garganta: sus guantes, de piel blanca y finísima, semi-largos, estaban cerrados por tres botones de diamantes, y guarnecidos de piel de cisne, cosa entónces tan rara como costosa.

Sujeto con la corona de novia, llevaba en una de sus sienes un ramito de azahar, y otro mayor en la cintura.

Tal era el atavío de Hortensia, y estaba con él tan admirablemente hermosa, que es muy difícil de expresar.

Figuraos entre aquella cascada de seda blanca, diamantes y encajes, un semblante blanco, trasparente y delicadamente rosado: unos grandes y abrillantados ojos azules, que se ocultan á veces entre largas pestañas; una boca sonrosada y pura, y unos copiosos y sedosos cabellos negros, y se tendrá una idea aproximada de aquella figura angelical.

Miguel vestia su uniforme de Comandante: era tambien una gallarda y expresiva figura: su estatura excedia bastante á los límites regulares; era moreno y algo pálido, y tenia los ojos y los cabellos del negro más hermoso.

Digitized by Google

Las demás facciones de su rostro presentaban una agradable armonía, si bien no podrian llamarse hermosas: en cambio habia en todas ellas una expresion de alegre franqueza, de noble valor, y de lealtad, que cautivaba el alma.

Su vestido era esmerado todo lo que lo permitia la severa disciplina militar; pero en cambio se habia agotado el gusto, hasta lo posible, en sus guantes y en su calzado.

Al verle tan sencillamente ataviado se hubiera dicho que habia reservado toda la riqueza y el lujo posible para Hortensia, y que él vestia con tanta austeridad para que resaltase más el magnífico atavío de la jóven.

Al llegar al final de la escalera, Hortensia levantó sus largos y alabastrinos párpados, y saludó á los convidados con un gracioso ademan, en tanto que sus blancas mejillas se cubrian de un leve y delicado carmin.

Luego tomó el carruaje con los padrinos, que bajaban tras ella, y que eran un anciano matrimonio, antiguos amigos de sus padres, y que la habian visto nacer.

Digitized by Google

Miguel, su padre, y otro amigo, ocuparon otro coche.

La ceremonia tuvo lugar entre dos luces, por cuya razon el templo, en los sitios en que no habia bugías, quedaba en una casi completa oscuridad.

Los novios, arrodillados en almohadones de terciopelo delante del sacerdote, rezaban las preces de costumbre; pero Hortensia, á pesar de la felicidad que inundaba su corazon, sentia sobre él un peso enorme: las amenazas del Marqués no se separaban de su memoria: y aquella carta tan sombría y tan preñada de amenazas que le dirigió el dia de su desaparicion, estaba grabada en su memoria con caractéres de fuego.

Al ir á dar el *sí* venturoso, que la unia para siempre á su amado Miguel, no pudo ménos de mirar en derredor suyo: entónces, apoyada en una columna del templo, y mirándola con ojos sombríos y centelleantes, apercibió la sombría figura de Rio-Santo.

La jóven ahogó un grito en sus lábios: era muy valerosa para demostrar su emocion, y pudo dominarla: la palidez invadió sus facciones, pero dió el *sí* con voz entera, clara y firme.

Por un movimiento involuntario, Miguel, al dar el

Digitized by Google

suyo, miró tambien en derredor de la iglesia, y como Hórtensia, vió al Marqués.

Entónces le envió una mirada de triunfo y una sonrisa de desafío que él le devolvió.

En seguida desapareció, como si le hubiese tragado la tierra.

Cuando la comitiva volvió á casa del padre de la novia, los extensos salones del rico comerciante estaban iluminados con explendidez, pues habia convidado para un baile, al que debia seguir una suntuosa cena, á lo más distinguido de la ciudad.

El buen hombre no cabia en sí de alegría con la elevacion de su querido y único hijo, y habia puesto el colmo á su orgullo y á su felicidad el casamiento de aquel con su pupila, casamiento que habia temido más de una vez no se realizase á causa del Marqués brasileño.

La fiesta terminó á las cinco de la madrugada, y despues cada uno fué á encontrar en los brazos del sueño, ó el olvido de las propias penas, ó las dulces esperanzas del porvenir.

Digitized by Google

IV.

Un mes despues de su casamiento, Miguel anunció á su mujer que debia volver á su regimiento.

Aunque Hortensia sabia que la licencia de Miguel era sólo de dos, y que uno habia pasado ántes de su casamiento, creia tambien que ella acompañaria á su esposo donde quiera que fuese.

Júzguese, pues, de su dolor cuando supo que debia quedarse al lado de su padre, pues los caminos de España no ofrecian seguridad alguna entónces, ni áun en las poblaciones era posible á veces encontrar un refugio tranquilo.

En vano rogó á Miguel que le permitiese acompañarle: éste le exigió como una prueba de cariño que no saliese del lado de su padre, y partió.

No bien se hubo perdido en la distancia el ruido del caballo de Miguel, mil aciagos presentimientos empezaron á acosar á la triste Hortensia: le pareció ver ante sus ojos la sombría y odiosa figura del marqués de Rio-Santo, que la amenazaba con un puñal, y que la aseguraba de la muerte de Miguel.

Digitized by Google

Sin embargo, pasaron algunos meses sin que nada de extraño aconteciese: las cartas de Miguel decian que seguia en su guarnicion, haciendo su servicio y pensando mucho en su mujer y en su padre; estas cartas se recibian todos los dias, y Hortensia las contestaba al instante, refiriéndole tambien todo cuanto hacia desde que se levantaba.

Poco tenia, en verdad, su vida que contar: era tan retirada y tan igual, que no se diferenciaba un dia de otro en cosa alguna.

Se levantaba muy temprano, y su primer cuidado era escribir á Miguel; luego hacia su tocador para el almuerzo, y despues de éste se sentaba á hacer labor cerca de su suegro que, ya achacoso, se habia retirado de los asuntos de su comercio.

A la caida de la tarde salian á dar un paseo, y despues se ponian á la mesa para comer; despues del café leia Hortensia á su suegro los periódicos, hasta la hora en que llegaban otros dos ancianos amigos suyos, canónigo el uno y el otro magistrado, y emprendian su partida de *ecarté*.

Entónces, Hortensia, tomaba su bordado y traba-

Digitized by Google

jaba otro rato hasta las once, desde cuya hora, hasta las doce, tomaba un libro.

Un sueño tranquilo venia á coronar tan pacíficas ocupaciones, y la imágen noble y grave de Miguel, siempre en su memoria, era la única que vagaba entre las cortinas de los lechos en que descansaban la jóven y el anciano.

Aquella vida tuvo una gran variacion desde una mañana en que Hortensia dijo al padre de Miguel que esperaba dentro de poco darle un nieto; éste saltó de gozo como un niño, cantó, bailó, abrazó á su nuera muchas veces, y en seguida, tomando papel y pluma, escribió á su hijo la noticia feliz.

«No tengas cuidado, concluia la carta, no harás »falta tú, para mirar por la salud de tu mujer; desde »hoy andará poco, comerá sólo alimentos de fácil diges- »tion, y tendrá que renunciar á toda ocupacion que la »fatigue.»

El anciano cumplió al pié de la letra todo lo prometido, y la pobre Hortensia hubo de sujetarse á tan extrema tranquilidad, que alguna vez se revelaba ante tan extremados cuidados.

Digitized by Google

Llegó, por fin, el instante del parto, y la jóven dió á luz con toda felicidad un robusto niño.

¡Un nieto! ¡Un niño! Más fácil es comprender la alegría del ciego que vuelve á ver la luz, que la que experimentó el anciano al ver al hijo de su hijo.

Pasó el dia y los seis siguientes al lado del lecho de la madre y del hijo: ni la misma necesidad de dormir logró arrancarle de allí: no consintió en que nadie los velara, y en tanto que la enfermera dormia sobre un sillon, él dió á Hortensia todos los alimentos, con una precision matemática.

En la tarde del octavo dia, y cediendo á los ruegos de Hortensia, consintió en salir á respirar el aire libre; pero era ya muy tarde cuando se pudo lograr, pues no podia separarse de su nieto.

Dirigió sus pasos hácia la orilla del mar, y se sentó para dar gracias al cielo por su felicidad; parecíale que allí estaba más cerca de Dios, y brotó de sus lábios una fervorosa oracion.

Cuando acabó, tenia los ojos llenos de lágrimas; su corazon se habia elevado al Todopoderoso, dispensador de todas las felicidades, con tanto afecto y fervor,

Digitized by Google

que no habia una de sus fibras que no sonase ante esta hermosa palabra: *¡Amor!*

Ya brillaba la luna en los cielos, cuando el anciano dejó su asiento; reflejaba en el mar su disco luminoso, y rizaba las ondas con su argentado fulgor.

El padre de Miguel caminaba lentamente, y sus huellas se imprimian en la arena de la solitaria playa.

Nadie habia allí: sólo un barco pescador desplegaba sus blancas velas á larga distancia, aunque se iba acercando rápidamente á la orilla.

Sin embargo, un hombre de alta estatura habia salido de detrás de unas peñas, y se aproximaba á paso largo, pero silencioso, á donde estaba el anciano; una capa negra le envolvia en sus anchos pliegues, y sus facciones desaparecian bajo un sombrero de anchas alas, negro tambien, y de forma italiana.

Tan ligero era aquel paso, que no llegó, ni por un instante, al oido del anciano, entorpecido además por la edad; tan rápido, que en muy pocos minutos salvó la enorme distancia que habia desde las peñas, hasta donde caminaba el honrado viejo.

De súbito sintió éste que un puño de hierro le su-

Digitized by Google

jetaba la garganta, y vió brillar ante sus ojos un puñal; intentó desasirse de aquel brazo asesino; pero el puñal se clavó hasta el mango en aquel corazon honrado, que acababa de elevarse á Dios con tan tierna y agradecida expresion de amor.

Ni un gemido dejó escapar el desventurado anciano; miró al cielo, que la luna iluminaba con su apacible fulgor, y luego, cruzando sus venerables manos sobre el pecho, espiró.

En el mismo instante llegaba el asesino al sitio donde atracan los barcos de los pescadores; tocó en la orilla la que el anciano habia visto aproximarse, y el cobarde homicida que acababa de teñir sus manos en la sangre de un anciano indefenso, saltó á ella.

La barca se alejó á toda vela de la orrilla, y desapareció en la inmensidad del espacio.

Poco despues pasaron dos guarda-costas, y se detuvieron ante el cadáver del anciano; ambos le reconocieron, pues en todo el país era su nombre bendecido por los beneficios que dispensaba: uno de ellos se quedó guardando el cuerpo, y el otro fué á dar parte á la autoridad.

Digitized by Google

El cadáver fué conducido al instante á la poblacion, y reconocido por todas partes donde pasaba; en el pecho tenia aún clavado el hierro homicida, y en el mango del puñal, y sobre una chapa de plata, se leian estas dos iniciales: *R. S.*

Informadas las autoridades de que podia trasladarse el cadáver á su propia casa, siempre que se hiciera con silencio, por cuanto el estado de la Condesa no permitiria á ésta enterarse de nada, se hizo así: pero, en el momento de llegar al descanso de la escalera, la misma Condesa salió despavorida de su habitacion.

—¡Señora! exclamó el Magistrado, que palideció ante aquel inesperado accidente; señora, ¿qué viene V. á hacer aquí?

—¡Vengo á ver á mi padre! exclamó Hortensia, arrojándose sobre el cadáver y abrazándose á él con frenesí; luego se dejó caer de rodillas y exclamó juntando las manos y sollosando dolorosamente.

—¡Con que era verdad! ¡Con que aquella infame carta no mentia!

—¿Qué habla de carta? preguntó el juez.

Digitized by Google

—¡Ah, señor! respondió la enfermera; la señora, así que salió este pobre señor, se encontró tan bien, que quiso levantarse para darle, segun decia, una agradable sorpresa; la vestimos entre su camarera y yo, y se sentó en un sillon, inmediato á la ventana con su niño en los brazos, al que daba de mamar.

Ella, segun decia, se hallaba muy bien y muy distraida; por cuanto, como V. ve, su habitacion está situada en el entresuelo, y toda la gente que va á paseo tiene que pasar por aquí.

De repente le cae un billete cerrado en la falda, ó por mejor decir, sobre el niño, que se habia dormido en el seno de su madre; la señora Condesa levantó el billete, y al ver el sello, se puso, de blanca como el nacar que es, amarilla como la cera; sin embargo, y á pesar de que temblaba mucho, lo abrió y leyó su contenido.

¡Nunca lo hubiera hecho! dió un grito, y se desmayó, dejando caer al niño de entre los brazos; la pobre criaturita ha sufrido una caida horrible: la madre y el hijo estaban sin sentido; llevamos á éste á la cama, y socorrimos á aquella: mas apénas abrió los ojos,

Digitized by Google

se desasió de nuestros brazos con una fuerza de que nadie la hubiera creido capaz, y echó á correr hácia la escalera en el momento en que Vds. la subian.

—¿A donde está ese billete? preguntó el juez, en tanto que la camarera y los demás criados socorrian á la Condesa, y la llevaban á su lecho, pues, habia vuelto á desmayarse.

—Aquí está, señor, dijo la enfermera, mostrando una pequeña carta, que exhalaba un fuerte perfume.

Desdobló el juez, de pié aún al lado del cadáver, el billete, y examinó el sello: era el mismo que ya conocemos: una palma y una espada cruzadas, atravesadas por un lago, y en medio, el fatídico nombre de Rio-Santo.

El billete decia estas sólas palabras:

«Hortensia: Dentro de un cuarto de hora, habré »muerto al padre de tu esposo; mi venganza aplazada »por algun tiempo, empieza ahora.

Rio-Santo.»

Al acabar de leer el magistrado este billete que guardó en la mano, se oyeron sollozos en el interior

Digitized by Google

de la casa; á una señal suya, los hombres que habian conducido al cadáver volvieron á tomarle, y le condujeron á la habitacion que hasta poco ántes habia ocupado.

Al atravesar la antesala salió la camarera, que era la que sollozaba.

—¡El niño ha muerto! ¡Ha muerto! Exclamó la pobre muchacha con dolor.

—¡Oh, qué horrible cúmulo de desgracias! Exclamó el magistrado, entrando en la habitacion de la Condesa:

Esta estaba sentada en su lecho; con los brazos apoyados en las rodillas, clavaba sus ojos con afan en el pequeño cuerpo de su hijo, inanimado ya, y tendido al lado suyo.

Sus largos cabellos negros caían por su espalda como un fúnebre velo; su cara tan dulce, tan hermosa siempre, estaba contraida y casi feróz; cuando oyó los pasos de las personas que entraban, asió á su hijo con mano convulsiva, y miró en torno suyo con el aire de la hiena que se apresta á defender sus cachorros.

El doctor que se habia ido á buscar para que lle-

Digitized by Google

nase su deber en aquel terrible drama, sacó de su bolsillo un frasquito, se arrojó hácia la Condesa por detrás, apoyó su cabeza contra su seno, y la obligó á aspirar el contenido de aquella redomita; instantáneamente la Condesa soltó el cuerpo del niño, y cayó desplomada sobre su lecho, falta de sentido, de color y de voz.

Entónces se separó de allí el pequeño cadáver, que se colocó en el mismo lecho en que descansaba el de su abuelo.

Todos los corazones se extremecieron ante aquel desolador espectáculo: el anciano, que llegaba al fin de una larga carrera de virtudes, y al niño que entraba en el mundo con la inocencia de los ángeles en la frente, reposaban en los brazos de la muerte, donde los habia arrojado el cobarde brazo de un mismo verdugo.

Las dos fisonomías tenian impresa una belleza admirable: la una serena, grave, y como inspirada por el fervor de su última plegaria: la otra, risueña, dulce, llena de belleza infantil é inocente; hubiera podido asegurarse que aquel hermoso anciano y aquel niño

Digitized by Google

encantador, habian hallado nueva y más dichosa vida en el cielo.....

.....

Aquella misma noche, el magistrado que entendia en la causa escribió al general de la division á que pertenecia el Conde, para que anunciase á éste las dos desgracias que habia sufrido, y le diese licencia para volver al lado de su esposa, cuya vida corria grave peligro.

Era el mismo magistrado que cada noche venia á hacer la partida de *ecarté* al padre de Miguel.

Este no se hizo esperar: pocos dias despues de haber recibido las fatales nuevas, estaba al lado de su esposa, que aún era presa á intervalos de una dolorosa locura.

—Vamos, Hortensia mia, consuélate, le dijo aquel hombre, cuyo corazon necesitaba por sí mismo de tanto consuelo, no te separarás ya de mi lado.

—¿De veras? Preguntó la jóven en cuyas abatidas pupilas brilló un rayo de supremo gozo.

—De veras, respondió el Conde, vendrás siempre conmigo, y sólo la muerte podrá ya separarnos.

Digitized by Google

En vano se habian hecho las más activas diligencias para buscar al cobarde asesino del anciano. Miguel derramó el oro á manos llenas, creyendo ser más feliz, pero de nada sirvieron todas sus pesquisas: ni el más leve rastro pareció del infame brasileño.

Nadie podia indicar la barca pescadora que le habia dado asilo, porque ya dije que desapareció en la inmensidad del horizonte ántes de que ningun mortal viese el asesinato del anciano.

Sólo Dios podia descubrir al homicida: sólo Dios podia castigarle.

Hortensia, animada y consolada por la presencia de su esposo, recobró la salud, aunque muy lentamente, mucho ántes de lo que se esperaba; pero en el fondo de aquella alma noble, quedó para siempre grabado este triste pensamiento.

¡Mi padre, el anciano que ha cuidado y protegido mi existencia, el autor de la de mi esposo, el excelente hombre que tanto me amaba, ha muerto por mí!

En vano Miguel intentaba combatir estas negras ideas; la Condesa callaba para no afligir á su marido, y encerraba dentro del pecho su propio dolor; pero el

Digitized by Google

sueño la hacia traicion, y á cada instante se despertaba bañada en sudor, y acongojada por una espantosa pesadilla. La memoria de su hijo hacia más amargos sus pensamientos.

¡Aquel hijo tan esperado, tan guardado cuando aún se hallaba en su seno, muerto casi al instante de nacer!

La Condesa, á pesar de su suavidad, de su dulzura, de su mansedumbre, sentia arder su sangre al recuerdo del asesino de las dos personas que más amaba en el mundo despues de su marido, y se preguntaba muchas veces qué castigo impondrian las leyes que fuese digno de tan espantosos crímenes.

La mano alevosa que la habia herido sabia el daño que la causaba, y que el golpe que diese la muerte al anciano, se llevaba tambien la vida de su nieto.

Miguel, desesperado ya de lograr más completa curacion para el estado de su mujer, en tanto permaneciesen en aquella ciudad, teatro de sus desgracias, apresuró los preparativos de su marcha, que tuvo, por fin, lugar.

Entre su equipaje colocó, con un cuidado sombrío y

Digitized by Google

amenazador, y en una caja de álamo, dos objetos que habia conservado á costa de gran trabajo.

Eran el puñal, que habia quitado la vida á su padre, y el billete en que se anunciaba á su mujer esta catástrofe.

Cuando el carruaje partió, la Condesa respiró como aliviada de un peso enorme.

Levantó los ojos al cielo, y le pareció más hermoso y puro su azul y más brillantes sus estrellas.

Pasó la mano por su hermosa frente, y apoyando su cabeza en el hombro de su marido, que la miraba atentamente, murmuró á media voz.

—¡Me parece que ya soy ménos desgraciada!

V.

La ausencia del teatro de sus desgracias devolvió á Hortensia una parte de su tranquilidad: fué con su marido á Valencia, donde estaba el regimiento del Conde, y su belleza, su elevada posicion, su juventud, atrajeron bien pronto en derredor multitud de personas distinguidas de ámbos sexos, que hacian justicia,

Digitized by Google

no sólo á las cualidades relevantes de su carácter, sino tambien á las de su talento y su corazon.

Miguel la animaba y la obligaba á asistir á las fiestas que se daban en su obsequio, y al teatro, del que siempre habia gustado con pasion.

Poco á poco desaparecia la palidez de sus mejillas, renacia su sonrisa, y se animaban sus ojos con aquel dulce brillo, que tan seductores los hacia cuando era feliz.

Sin embargo, en medio de aquella dicha tranquila y apacible, la imágen de su pobre hijo, muerto casi al nacer, surgia en el pensamiento de Hortensia; recordaba su hermosura y las gracias que prometia, y lágrimas amargas se deslizaban de sus ojos.

Pero estas nubes de tristeza en nada se parecian á la perpétua tempestad, que moraba en el alma de Miguel.

Hubiera dado él la mitad de su existencia por encontrar el asesino de su padre; pero en vano, habia empleado toda su actividad y enormes sumas de dinero para encontrarle: una gran parte de su temprana herencia se habia consumido en las pesquisas más acti-

Digitized by Google

vas, no sólo de la justicia, sino tambien de agentes particulares; pero ni el más leve rastro se habia podido descubrir de Rio-Santo.

Miguel habia enviado emisarios suyos, pagados á peso de oro, á todas las grandes capitales donde regularmente se refugian los malvados: París, Lóndres, Viena, Franckfort, Madrid, Nueva-York, Berlin, Lisboa y Venecia, habian sido registrados por la policía con el cuidado más exacto y minucioso; pero en ninguna parte habia rastro de aquel sér sombrío y abortado, al parecer, por el infierno.

El Conde se persuadió de que Rio-Santo habia cruzado los mares, á pesar de que las pesquisas hechas en América habian sido infructuosas como todas las demás que se habian practicado; y no sabiendo ya qué hacer, dejó una sóla persona para que constantemente estuviese á la mira de aquel peligroso personaje, y viajando en su busca ó en su seguimiento.

La esperanza de un nuevo hijo calmó algun tanto aquella perpétua indignacion, aquella angustia dolorosa de Miguel; pero era imposible extinguir el rencor en aquella alma ardiente, generosa y noble.

Digitized by Google

Hortensia dió á luz, con toda felicidad, un nuevo hijo: pusósele el nombre de Félix, que habia sido el de su desgraciado abuelo, y su vista devolvió á su madre mucha alegría y una gran parte de felicidad á su padre.

Hortensia presentó á su hijo en el templo así que la fué posible: oyó una misa y pagó una solemne fiesta para dar gracias á Dios por aquel rayo de dicha, trás la larga tempestad de sus dolores.

Su pensamiento pasó bien pronto, desde la felicidad presente, á los que habia perdido, y rogó á Dios fervorosamente por el descanso del alma del virtuoso anciano, que le habia servido de padre.

Como de costumbre, sus lágrimas corrieron al evocar este recuerdo é inclinó su frente sobre la cabeza de su hijo, que dormia en sus brazos, en tanto que tenia lugar la ceremonia religiosa.

Miguel, que se hallaba arrodillado junto á ella, le dijo en voz baja algunas palabras de consuelo, y la Condesa levantó la cabeza, asombrada, como si saliese de un sueño doloroso y profundo.

De repente lanzó un grito de horror, que no fué

Digitized by Google

bastante á contener en sus lábios, el respeto á la santidad del lugar: palideció de un modo espantoso y un temblor convulsivo recorrió su cuerpo.

La sirvienta, destinada á llevar el niño, se acercó á tomar la criatura, que sin este auxilio hubiera caido al suelo; y Hortensia, extendiendo los brazos hácia una de las columnas de la catedral, exclamó con voz ahogada:

—¡Allí, allí!... ¡El Marqués!...

Y cayó desplomada en los brazos de su marido.

Este la dejó en los de las señoras que le rodeaban, y se lanzó hácia el sitió que designaba su mujer: detrás de la columna, estaba, en efecto, el Marqués envuelto en su capa negra.

El Conde no podia dudar: era él, con su rostro cobrizo, con sus ojos verdes, sus cabellos negros y encrespados, su nerviosa y amarga sonrisa. Pero, como si hubiera tenido alas, desapareció á la proximidad del Conde, que en vano le buscó por todas partes: Habia desaparecido de la iglesia.

Desde el dia siguiente Hortensia volvió á entristecerse: aquella aparicion le parecia como una amenaza

Digitized by Google

de muerte para su querido hijo, y no habia un instante en que no la viera cernerse sobre su cabeza.

Hasta llegó á acusarse de haberse casado con Miguel, atrayendo sobre éste y sus hijos la venganza y el ódio de aquel hombre feroz; pero luego las caricias y las dulces palabras de su esposo le hacian bendecir mil veces el instante en que le confió su felicidad, aunque ésta se hallase amargada con mil siniestros temores.

VI.

Hortensia y su esposo recorrieron diferentes ciudades de España, pues las contínuas convulsiones políticas hacian imposible, para el ejército, hasta el más leve reposo.

Recorria entónces el regimiento del Conde la Andalucía; su graduacion militar habia aumentado, pues era teniente coronel tres años despues del nacimiento de Félix.

La Condesa iba á ser madre de nuevo, y esta consideracion, unida á lo mucho que deseaba una vida

Digitized by Google

más tranquila, habian hecho pensar muchas veces á Miguel en pedir el retiro, puesto que sus muchas riquezas le aseguraban un porvenir seguro y dichoso en cuanto á intereses.

Pero, ¿cómo dejar el servicio del Rey, cuando éste necesitaba de los suyos, cuando tantas pruebas le tenia dadas de afecto, cuando tanto le distinguia con su confianza?

Esto mismo le hacia presente Miguel á su esposa una tarde que, sentados en un hermoso balcon que caia á la fértil y hermosa vega de Granada, le manifestaba ella sus deseos de que descansase á su lado de sus largos y costosos servicios.

—Me es triste y fatigosa esta vida, decia Hortensia á su marido, y aún más por nuestro hijo que por mí. ¡La pobre criatura lleva una existencia errante que á veces altera su salud!

—Ya lo sé, querida mia, repuso Miguel con sentimiento; pero, ¿cómo dejaros, cuando á tí y á mí nos asaltan contínuos temores áun viviendo reunidos? ¡Jamás me consolaria de haberos separado de mi lado si la desgracia volviese!...

Digitized by Google

—¡Oh, calla, calla! exclamó Hortensia con terror; ¡sólo de pensarlo me extremezco!

—Y yo tambien; pero, por otra parte, veo cuanto sufres tú, cuanto sufre nuestro pobre hijo, y debemos discurrir para ver si hallamos un medio que reuna, á vuestra seguridad, un bienestar cómodo y decente.

—Hortensia sacudió tristemente la cabeza, y guardó silencio.

Su esposo continuó:

—Hay aquí cerca, en la sierra, algunos pueblecillos de una encantadora posicion: ¿no te irias contenta á alguno de ellos?

Pareció animarse con una expresion de júbilo el semblante de Hortensia; pero, poco despues, el terror se pintó en sus bellas facciones.

—¡Sola allí! murmuró: ¡oh, tengo miedo!

—¿No vá contigo la fiel Lucía? Además, te dejaré á Francisco y á Juan, y ya sabes que ántes los matarán á ellos que te toquen á tí.

Hortensia no respondió nada, y su marido prosiguió:

—Ya sabes que yo no puedo, por ahora, estar á tu

Digitized by Google

lado, pues tengo que ir á recorrer las gargantas de Sierra-Nevada: si pudieras venir conmigo, este partido fuera el preferido para mí; pero ya sabes que es imposible, por muchos motivos.

—En efecto, respondió tristemente la Condesa, ya sé que esto no puede ser: la ordenanza lo prohibe y además lo prohibe tambien la seguridad de nuestro hijo y mi propio estado; pero, querido Miguel, yo no te puedo expresar el terror que se apodera de mí, al pensar que voy á vivir léjos de tu amparo y proteccion. ¡Siempre tengo ante mis ojos la imágen de ese hombre feroz!

Callaron de nuevo los dos esposos, y una expresion de ódio furioso se dibujó en las enérgicas facciones de Miguel.

—¡Ah, exclamó, la mitad de mi vida daria por encontrar y castigar á ese infame!

—Veo, sin embargo, que es preciso tomar un partido, dijo Hortensia, deseando calmar el furor del Conde; quizá mis temores son exagerados: tres años hace que nada sabemos de él, y quizá Dios ha purgado á la tierra de semejante mónstruo; confiemos en su pro-

Digitized by Google

videncia divina, Miguel, y ella velará por nosotros y por nuestros hijos.

Estas dulces palabras calmaron la efervescencia de la ira que abrasaba el alma de Miguel; sus facciones, marchitas por el dolor y por las fatigas de la guerra, se fueron serenando, y la luz de la ternura iluminó de nuevo sus grandes ojos negros, bien así como la plácida luz de la luna ilumina y calma la agitada superficie del mar.

—Me retiraré al pueblo que elijamos, continuó Hortensia, con aquella sonrisa angelical que tanto poder tenia en el corazon de su marido; desde esta tarde iremos á recorrer todos los de las cercanías, y nos estableceremos en el más retirado, nuestro Félix, yo, Lucía, Francisco y Juan.

—¿Y adoptas contenta ese partido?

—Mejor tomaria el de estar á tu lado; pero supuesto que esto no puede ser, quiero que lleves en tu expedicion el consuelo de dejarnos en sitio seguro.

—¡Ah, gracias, querida mia! ¡Eres un ángel! exclamó Miguel; esta misma tarde emprenderemos nuestra excursion.

Digitized by Google

En efecto; los dos esposos recorrieron en carruaje todas las cercanías: hay en la vega de Granada pueblecitos deliciosos, y todos fueron visitados con detenimiento y examinadas las seguridades que ofrecian.

Miguel eligió, por fin, una aldegüela preciosa, rodeada de bosques de laurel y de mirto, y desde la cual se descubria un delicioso punto de vista.

Llamábase *La Floresta*, sin duda á causa de su aspecto encantador, y algunas familias bien acomodadas podian ofrecer á Hortensia seguridad y compañía.

Para desorientar en lo posible al Marqués, se convino en que Hortensia marcharia á la casa que tenian alquilada, sola, con sus criados y su hijo; debia pasar por una jóven viuda, cuyo esposo habia sido víctima de los franceses, y darse á conocer con el nombre de *Paulina*.

Despues de una tierna y dolorosa despedida, partió la Condesa para su retiro, acompañada de sus tres fieles servidores y de su niño, y encargando mucho á Miguel que la escribiese todos los dias.

Digitized by Google

Tres veces se separó el Conde de ellos á las puertas de la ciudad, y tres veces puso su caballo á galope para volver á abrazarlos: el pequeño Félix echaba los brazos al cuello de su padre cada vez que le veia, y fué necesario valerse de un grande esfuerzo para separarle.

Juan guiaba el carruaje, porque Miguel no habia creido prudente fiarse ni aún del cochero; al anochecer de un hermoso dia de Mayo, y al mismo tiempo que las campanas de la aldea tocaban el *Angelus*, entraban en ella la condesa de C... y su hijo.

El carruaje se detuvo al principio de la única calle que habia en la aldea. Francisco sacó una llave de su bolsillo, abrió la puerta, y volvió á cerrar, quedándose todos dentro de la habitacion.

Ya allí, la Condesa cayó de rodillas en el umbral, y rogó al Señor de cielo y tierra, que así á ella como á su hijo les librase de todo mal, para volver sanos y salvos á los brazos de Miguel.

Despues se acostó tranquilamente con su hijo, pues sabia que sobre ella velaba el poder de Dios.

Sin embargo, durante la noche se despertó muchas

Digitized by Google

veces; algunas de ellas creia oir pasos; pero pronto se convenció de que eran sólo temores de su acalorada fantasía.

El alba la encontró ya vestida, y dejando al niño, que aún dormia, encomendado á los cuidados de Lucía y de Juan, matrimonio honradísimo, y que ya pasaba de cuarenta años, salió sola con Francisco á dar un paseo por la sierra.

La Condesa iba delante, extasiándose con la hermosura del paisaje que tenia ante los ojos: su vestido negro de hábito de los Dolores, que habia llevado constantemente, desde la muerte de su suegro y de su hijo, no encubria nada de la belleza de su figura, delgada, esbelta y distinguida.

A través del ligero velo de su sombrero, brillaban sus ojos azules bajo una frente de marfil, y dos gruesas trenzas de cabellos negros y brillantes como azabache bruñido.

Una ancha manteleta dejaba adivinar los elegantes contornos de un talle al que, lo adelantado de su embarazo, no habia podido quitar la suprema elegancia y distincion que siempre habia tenido.

Digitized by Google

Los labradores miraban asombrados á aquella jóven tan maravillosamente bella y distinguida, y cada uno se preguntaba que de dónde habia venido allí.

Algunos la saludaban con un, *buenos dias, señora,* al que ella contestaba con una inclinacion de cabeza.

Paseando, y embebecida en la hermosura del magnífico panorama que se extendia ante sus ojos, se fué alejando y salió á la campiña, la cual pasaba por el pueblo.

Algunas dos ó tres rústicas casitas había diseminadas entre la verdura de un prado, al que regaban fuentes, que murmuraban entre setos y ojaranzos.

Hortensia miraba á aquellos humildes albergues, y se decia que quizá en uno de ellos hubiera vivido más ignorada y tranquila que en el pueblo, en el cual habia jentes de clase acomodada, las cuales serian más curiosas ó ménos crédulas que los sencillos aldeanos.

Detúvose ante la más lejana, y se puso á contemplarla; pero Francisco, que adivinó su pensamiento, la dijo.

—Señora, ¿quiere V. entrar á ver esa casa por dentro?

Digitized by Google

—De buena gana la veria, respondió la Condesa, pero no me atrevo á pedir permiso á los dueños.

—¿Por qué?

—Porque no los conozco.

—Pero, señora, si V. los conociera, no tenia que pedir permiso; si V. quiere, yo lo pediré y nos lo darán.

Hortensia reflexionó en que quizá podria trasladarse allí con su hijo y sus criados, y se avino á que Francisco pidiera licencia para ver aquella modesta y risueña vivienda.

El criado llamó, y vino á abrir al instante una mujer anciana y de honrado aspecto.

—¿Qué se ofrece á la señora? preguntó con dulzura.

—Quisiera, buena mujer, respondió Hortensia, que me permitiese V. ver esta casita, para formar juicio á cerca de las demás de los alrededores, y ver despues si me es posible alquilar una.

—¡Ah, señora, respondió la anciana, es tan pobre, que no es posible que despues de haberla visto, piense lo mismo su merced! Pero entre, y la verá.

Hortensia entró, con efecto, y quedó desde luego asombrada ante el aspecto encantador de aquella ca-

Digitized by Google

sita, humilde á la verdad, pero tan limpia y primorosa, como todas las del pueblo andalúz, el más poético de todos los pueblos de la tierra.

Un pátio pequeño y enarenado llevaba, por un lado, á un lindo y extenso jardin, y por otro á la habitacion situada casi al piso de la tierra, pues sólo estaba elevada por dos escalones.

Sentada en uno de aquellos estaba una niña, que podria contar de cinco á seis años de edad, y que daba la espalda á la Condesa y las personas que la acompañaban.

Hortensia, sin embargo, se quedó mirando con una especie de pasmo su explendida cabellera negra, que bajaba en largos y ondulantes rizos sobre su espalda y hombros.

Un vestido de elegante hechura y rica tela de seda, hacia resaltar los contornos perfectos y desarrollados de su cuerpo, y dejaba ver una espalda morena y redonda, y un brazo digno del cincel de Fidias.

Hortensia la contemplaba asombrada, en tanto que ella alineaba en los escalones una gran cantidad de juguetes de porcelana y plata, de gran trabajo y valor.

Digitized by Google

—Irene, dijo la anciana campesina, ven á saludar á esta señora.

La niña encogió los hombros con un mohin desdeñoso, y sin volver su hermosa cabeza; pero repetida la órden, y con voz más severa, se levantó y fué hácia la forastera, mirándola atentamente.

Tambien la Condesa fijó entónces su vista en el rostro de aquella criatura; pero bien pronto dejó escapar un grito de terror, y se cubrió el semblante con ámbas manos, como si hubiera querido huir de alguna horrible vision.

Tenia delante en miniatura el semblante y las facciones del terrible marqués de Rio-Santo.

Pero ¡cuán embellecidos se presentaban á su vista! ¡Con qué expresion tan angelical estaban revestidas! ¡Qué candor tenian! ¡Qué pureza! ¡Qué sensibilidad!

Cuando la Condesa pudo vencerse y volver á separar las manos de su rostro, temió que su imaginacion la hubiera engañado, y que el terror de que se habia dejado llevar, no fuera otra cosa que una ilusion de su fantasía, acalorada por contínuos terrores: habia vuel-

Digitized by Google

to á mirar á Irene, y no le era posible separar los ojos de aquel risueño y encantador semblante.

Tenia aquella admirable criatura la tez morena subida, y muy parecida en su color al ámbar: centelleaban y reían sus anchas pupilas verdes, bajo dos cejas finas y sedosas del negro más subido, y entre dobles franjas de aterciopelada seda, que sombreaban sus redondas y robustas mejillas.

Su nariz recta y pequeña, dejaba ver perfectamente su boquita encendida como un hermoso clavel, y que cuando se desplegaba con una sonrisa, mostraba una dentadura semejante á un collar de perlas.

Su barba afinada, tenia bajo el lábio inferior, algo grueso, un gracioso hoyuelo; brillaban en sus orejas diminutas ricos zarcillos de diamantes, y una cruz de diamantes y perlas, pendiente de una estrecha cinta de terciopelo, adornaba su pecho.

Acercóse modestamente á la Condesa, y la dijo tomándola la mano y mirándola atentamente á través de su velo de gasa:

—Buenos dias, señora.

Digitized by Google

La Condesa no contestó nada, y siguió mirándola con ojos estupefactos.

Irene, al ver aquel silencio, se encogió de hombros, y se volvió á sus juegos, sentándose de espaldas, y sin ceremonia alguna.

—¿De quién es esta niña? Preguntó la Condesa á la anciana.

—En verdad, señora, que no lo sé, respondió la buena mujer, yo la quiero, no como á mi hija, sino como á mi nieta, y esto lo digo porque á los nietos se les quiere dos veces; en cuanto á sus padres, repito que no sé quiénes son.

La Condesa creyó que la anciana queria recatar algun secreto bajo las apariencias de la ignorancia, ó que realmente nada sabia; pero ella continuó:

—A fé de Catalina, que jamás he podido ver la cara del señor que me la trajo hará cuatro años, y cuando la pobrecilla apenas contaba uno, en una helada noche de invierno.

—Pues ¿cómo no ha podido verle nunca la cara? Preguntó la Condesa, de cuyo corazon habian vuelto á apoderarse los más terribles presentimientos.

Digitized by Google

—Por la razon, señora, de que la traia siempre tapada.

—Y ¿hace mucho que no ha estado aquí?

—Hará un año.

—¿Tiene que volver?

—Nada sabemos de eso, ni yo, ni ninguno del pueblo.

—¿Y V. vive sóla?

—Sóla, desde que perdí á mi pobre marido que en gloria esté; pocos dias despues de haber pasado él á mejor vida, volvia yo de rezar al anochecer, y entré en mi cocina: apenas habia encendido el candil de la chimenea, oigo ruido detrás de mí, y me vuelvo creyendo que era alguna vecina; pero nada de eso: me hallé delante de un hombre muy alto, envuelto en una capa negra, cubierta la cabeza con un ancho sombrero, y tapada la cara con una careta de terciopelo.

—Buena Catalina, me dijo, esta niña acaba de perder á sus padres; su madre ha muerto, su padre puede morir de un momento á otro, y desde luego... tiene que huir muy léjos de aquí: ¿quiere V. encargarse, y se la pagará bien, de esta criatura?

Digitized by Google

—Señor, respondí yo, no hallo en ello inconveniente ninguno, pero quisiera saber de quién es.

—Eso es justamente lo que no sabrá V. jamás, me respondió: es un secreto que ni ahora ni nunca podrá descubrir.

—Entónces, repuse yo, no puedo tomar sobre mí ese cuidado.

El caballero iba á salir con la niña, pero esta echó á llorar con tanta amargura, que yo me compadecí.

—Vamos, dije, venga acá, que la pobre niña, no tiene culpa ninguna de estos misterios, y quizá tenga hambre; déjemela V., caballero, y esté seguro de que la cuidaré como lo haria su madre si viviera.

—Aquí está lo que puede gastar en un año, dijo el caballero dándome una pesada bolsa, y dejando escapar un suspiro de alivio y bienestar: la niña se llama Irene: cada año, en este dia, recibirá V. una suma igual, y un cajon con ropa hecha ya, y con todo lo que la niña necesite; no la encargo á V. que la cuide, buena mujer: sé que lo hará, porque es honrada y buena cristiana, y si no se hallara con fuerzas para cumplir lo que la encargo, no lo tomaria sobre sí. Ahora adios.

Digitized by Google

y hasta que nos volvamos á ver, que no sé si será en este mundo ó en el otro.

Despues de decir estas palabras, abrazó á su hija con tanta fuerza, que pensé que la estrujaba; en seguida la dejó en mis brazos, y salió.

Yo miré á la criatura, que era tan hermosa ya como ahora la vé V.; vestia ricas ropitas de batista, pero ví sobre su pecho una gran mancha de sangre que, sin duda, se habia marcado allí al abrazarla su padre.

La Condesa dejó escapar un gemido.

No podia dudar de que el personaje misterioso era el marqués de Rio-Santo, y pensaba, temblando, en que aquella sangre de que estaba manchado, y cuya marca trasmitió á su inocente hija, era la del noble anciano que habia perecido bajo el puñal asesino del brasileño.

—¿Está enferma su merced? preguntó la anciana Catalina, que no podia adivinar lo que motivaba aquel triste gemido.

—Sí, respondió la Condesa, estoy muy enferma, señora Catalina.

Digitized by Google

—Y, segun veo, prosiguió la anciana, además de enferma, próxima á hallarse más todavía; ahora bien, hermosa señora, yo vivo sola aquí, y V. me parece extranjera en el país: ¿quiere su merced venirse á mi casa, y la cuidaré cuando llegue el caso del parto?

Extremecióse Hortensia, y no respondió durante algun tiempo; pero despues de algunos instantes de reflexion, brilló en sus ojos una decision súbita, y respondió á la anciana Catalina:

—¡Bien, buena mujer; viviré aquí con V.! Hasta dentro de cuatro horas, que volveré aquí con mi hijo y mis criados para no salir.

Despidióse dicho esto, y volvió á bajar por el valle hasta la aldea.

—¡Ah, señora! exclamó el buen Francisco: ¿sabe usted que me temo que el tal encubierto sea...?

—Te comprendo, Francisco, repuso la Condesa: yo tengo la certeza de que es él; pero, ¿dónde estaré más segura de su furor, que al lado de su hija? ¿Dónde conservaré mejor la vida de Félix que al lado de Irene? ¡Velaremos dia y noche, y la vida de esa niña nos responde de la vida de los mios!

Digitized by Google

Al hablar así la Condesa, brillaba en sus ojos una resolucion desesperada; parecia que el cielo la arrojaba siempre hácia su enemigo, como si fuera una víctima predestinada por la fatalidad, y ella, en medio de los delirios de su terror, queria combatir aquella fatalidad con el sólo medio que á su parecer estaba á su alcance, por desesperado que éste fuese.

Aquella noche toda la familia durmió ya en casa de la anciana Catalina, y la Condesa escribió á su esposo una larga carta, explicándole los motivos de su decision.

VII.

Algunos dias despues de aquella instalacion, Hortensia dió al mundo con toda felicidad un hermoso niño, al que se le puso el nombre de Víctor.

La honrada Catalina le tuvo en la pila bautismal, y luego le devolvió á su madre, que durante el tiempo que pasó fuera de casa su recien nacido, sufrió lo que no es decible, á pesar de haber ido escoltándolo Francisco y Juan.

Digitized by Google

Cuando volvió á entrar, Irene y Félix jugaban en la mejor armonía al pié de su lecho.

Era Irene una criatura grave, hermosa, hechicera por su bondad y su gracia, dulce y mesurada á la vez; el alma de Hortensia, tan bella, tan sensible, no podia ménos de interesarse por aquella niña extraordinaria, que parecia tener al mismo tiempo la conciencia de su valor y de su desdicha.

Siempre sujeta á los caprichos del pequeño Félix, oponia á ellos una paciencia, una sumision, un cariño admirables: ella le mecia por las noches en su cuna, y por la mañana, cuando el niño despertaba, su primera palabra era el nombre de Irene.

En vano la Condesa trataba de moderar las pruebas de afecto de la niña: cuando queria reemplazarla en el cuidado de mecer á Félix, Irene levantaba hácia ella sus grandes ojos y la preguntaba con su voz grave y dulce á un mismo tiempo:

—Qué, ¿no lo hago bien, señora?

—Sí, querida mia, le respondia la Condesa, abrazándola por un impulso irresistible; pero yo no quiero que te molestes tanto.

Digitized by Google

—Yo soy así dichosa, respondia la niña volviendo á su tarea: ¡si ahora soy muy feliz!

—¿No lo eras ántes de venir nosotros?

—¡Oh, no señora! respondia Irene con un gesto encantador de profunda conviccion; ántes lo era mucho ménos.

—¿Por qué razon?

—Por una sobre todo.

—¿No me la quieres decir?

—¡Oh, sí! Yo se lo diré á V. siempre todo: la razon de no ser yo ántes feliz, es la de que siempre estaba sola.

—¿Y te aburrias?

—Muchas veces; y otras me entristecia, y hubiera querido morir.

—¿Y ahora?

—¡Oh, ahora soy feliz! repetia Irene con un suspiro de felicidad. ¡Tengo alguno á quien amar!

Hortensia no podia defenderse del encanto penetrante de estas conversaciones; cada dia hallaba una gracia nueva en Irene.

Esta se apasionó tanto del segundo hijo de Miguel,

Digitized by Google

como del primero; horas enteras pasaba sentada delante de su cuna, expiando sus sonrisas, y divertiéndole con sus inocentes canciones.

La carta en que Hortensia habia avisado á su marido su resolucion de colocar á sus hijos en el mismo asilo donde se hallaba la hija de su enemigo, tardó algun tiempo en llegar á las manos de aquel: condenado á una vida errante y nómada, apénas se detenia en ninguna poblacion, y recibió al mismo tiempo la que le noticiaba el refugio que habia buscado, y el nacimiento de Víctor.

Una noche en que la condesa leia junto á las cunas de sus hijos, oyó llamar á la puerta de la casita.

Era invierno, y el agua caia á torrentes: el cierzo azotaba las maderas de las ventanas, y gemia sordamente.

En derredor de Hortensia, habia tres lechos infantiles; en el suyo de plata maciza, cerrada con cortinas de gasa blanca, reposaba Irene.

Estaba hermosa como el ángel de los amores cristianos; su oriental belleza, entre aquella riqueza, parecia mucho más deslumbradora; su téz, iluminada por

Digitized by Google

la luz vacilante de la lámpara, y vista á través de aquel delicado cendal, tenia mucho de fantástico; cruzábase con negligencia sobre su pecho una rica camisa guarnecida de encajes, y las mangas cortas dejaban descubiertos sus brazos morenos, redondos y llenos de oyuelos.

Esparcíanse sobre las almohadas sus espléndidos cabellos como una cascada de ébano, y una parte de ellos servia como de cabezal á su seductora cabeza; uno de sus piés salia por debajo de las ricas ropas, y contrastaba en su atezado color con la blancura de la batista y sus encajes.

A los dos lados de la de Irene estaban las cunas de los dos niños: hubiérase dicho que ella era el fiel guardian de los hijos de Hortensia, cuando ¡ay! en realidad sólo servia de rehenes á una madre desesperada por la amenaza vaga y silenciosa, de perder á sus hijos.

Las otras dos cunas eran mucho más pobres que la que Irene ocupaba, y los dos niños que en ellas dormian, eran tambien de una belleza muy inferior á la de la hija del brasileño.

Digitized by Google

Al golpe dado á la puerta, Félix y Víctor permanecieron dormidos: pero Irene, más sensible, ó más perceptible en su oido, despertó despavorida.

Incorporóse en la cuna y miró en su derredor.

En aquel instante, se oyó el paso tardo de Catalina que bajaba para abrir la puerta, y bien pronto resonó un grito de júbilo lanzado por la anciana.

—¡Ah señor!, exclamó: ¡Cuánto me alegro de ver á V.! Irene está dormida, pero la despertaremos.

Al oir á la anciana, un estremecimiento nervioso agitó el cuerpo de Hortensia: palideció como una muerta y se puso de pié, apoyándose con una mano en el velador que tenia á su lado.

¡Allí estaba su enemigo! ¡El enemigo de su hijo y el de su padre! ¡Y allí dormian tambien otros dos hijos suyos, y Miguel no estaba allí para defenderlos!

—¡Pero no importa! se dijo Hortensia dominando una espantosa decision todos sus temores: ¡aquí está su hija, que morirá á mis manos!

Y lanzándose hácia la mesa, que habia servido para su cena, tomó un chillo de afilada punta, y se colocó junto á la cuna de Irene.

Digitized by Google

Casi al instante, entró un hombre embozado y se detuvo á la puerta. En su alta estatura, en su apostura fiera y en sus largos cabellos negros, le hubiera reconocido la Condesa, á no avisárselo tambien el apresurado latir de su corazon.

Un antifáz de terciopelo cubria sus facciones, dejando sólo ver la mitad de una ancha frente cetrina y surcada de profundas y prematuras arrugas.

—¡Bárbaro! ¡Asesino! ¡No te acerques! gritó la Condesa que sentia huir su razon, en tanto que el incógnito permanecia inmóvil y como asombrado, ya dirigiendo su luminosa mirada á su hermosa hija, ya á Hortensia que blandia su cuchillo, y se asemejaba á una bella sacerdotisa druídica, inspirada por el dios Heso, de la antigua Gália.

—No temas que te mate, Hortensia, repuso el Marqués con voz sorda y oprimida, y sin avanzar un sólo paso: la muerte, no seria castigo alguno para los tormentos que me has causado, para el modo horrible con que has emponzoñado mi vida: ¡no! tu muerte ni la de tu marido no pueden satisfacerme, y no tomaré vuestras vidas, hasta despues que haya tomado todo aquello

Digitized by Google

que tengais de más precioso y más estimable en este mundo, que tú has convertido en un horroroso desierto para mí.

Detúvose aquí el extranjero, como oprimido por el peso de sus recuerdos: Hortensia calló tambien sobrecogida á pesar de toda la entereza que habia demostrado.

No era extraño: sólo la desesperacion del amor maternal, podia inspirar á aquella dulce y tierna criatura el feroz valor de que la hemos visto revestida: pero no estaba en su naturaleza, y sólo podia ostentarlo, á costa de un grande esfuerzo de su voluntad.

El Marqués continuó:

—Cuando te conocí, Hortensia, aún habia flores para mí en el camino de la vida: aún podia haber sido bueno, estimable, honrado esposo y padre excelente: tus repulsas, tus negativas á ser mi esposa, me hicieron perder toda esperanza de felicidad, y el hombre que pierde la esperanza de ser dichoso, es capaz de todos los excesos: mi rencor no se ensañó en tí, pues te amaba demasiado aún para eso: al que yo odiaba de muerte, al que deseaba aniquilar, pero no con una

Digitized by Google

muerte dulce y breve, sino á fuerza de dolor y pesadumbres, era á tu marido, al hombre que habias preferido á mí: por eso maté á su padre, seguro de que el dolor que aquella muerte podia causarte, mataria tambien á tu hijo. Murió, en efecto, y ahora vengo á buscar las vidas de los otros dos.

—¡No las podrás tomar! gritó Hortensia poniéndose de un salto junto á la cuna de Irene, que miraba á su padre con espantados ojos: ¡no tocarás á mis hijos, sin que tu hija perezca ántes á mismanos.

Un rugido del Marqués respondió á estas palabras: pero Hortensia apoyó su cuchillo en la garganta de Irene, que pálida, pero tranquila, ni se movió, ni hizo el más leve movimiento.

Su padre, olvidando todo su resentimiento á la vista del peligro que corria aquella niña, se lanzó hácia la Condesa, y la repelió tan violentamente, que la desdichada fué á caer contra el sillon en que habia estado sentada, chocando con el pecho en uno de sus macizos brazos.

Hortensia dejó escapar un grito agudo de dolor, y cayó al suelo como una masa inerte: escapóse el cu-

Digitized by Google

chillo de su mano, y una espuma sangrienta coloreó sus pálidos lábios.

Pero vió á Rio-Santo abalanzarse hácia las cunas de sus hijos, y el amor maternal pudo en su alma más que toda otra consideracion, y dominó á todos los dolores de su cuerpo.

Volvió á ponerse en pié, y, apoyándose en los muebles, se dirigió á la puerta.

Era imposible abrirla, porque Rio-Santo habia cerrado y se habia guardado la llave en el pecho.

—¡Socorro! gritó la Condesa golpeando la dura madera con su delicado puño. ¡Socorro, Juan, Francisco, socorro, que matan á mis hijos!

El llanto de los tres niños se mezcló á aquellos gritos desesperados, y un instante despues, se oyeron, trás de la puerta, las voces de los criados, que prometian á su señora un pronto socorro.

—¡Allá vamos, gritó la voz de Juan: señora, ahora caerá esa puerta hecha pedazos! ¡ánimo, señora, ánimo!

La triste Hortensia se volvió hácia las cunas de sus hijos: los dos estaban ya en los brazos del verdugo de su familia.

Digitized by Google

Entónces volvió á recoger el cuchillo que el dolor de su terrible caida habia arrancado de su mano; y trémula, jadeante, desmelenada, corrió de nuevo al lado de Irene.

—¡Devuélveme á mis hijos, ó perece tu hija delante de tus ojos! gritó con voz sofocada.

—¡Quieres pagarme tu desgracia con un inmenso beneficio! respondió el brasileño, con una risa amarga que se adivinaba áun á través de su antifaz; si yo hubiera tenido valor para matar á esa criatura, no estaria ya en el mundo: mátala tú y á ella y á mí, nos harás un inestimable favor.

Hortensia dejó escapar un largo gemido: todo lo esperaba del amor paternal, y vió que aquel no existia en el corazon de su enemigo.

—Mi hija, continuó Rio-Santo, perdió su madre al nacer: su madre, con la cual me casé á los tres dias de haberte casado tú con Miguel; ha vivido despues de cuidados mercenarios, y dentro de poco no será quizá otra cosa, que la hija de un hombre castigado por la ley, porque yo sacrificaré mi vida á mi venganza: ¿oyes? prosiguió aquel hombre implacable al-

Digitized by Google

zando más la voz, porque los golpes que recibia la puerta eran cada vez más fuertes: ¿oyes cómo trabajan tus criados? ¿Oyes sus gritos de júbilo y de triunfo? Ellos van á entrar... son dos... lo sé, y hombres fornidos, atrevidos, leales, que se dejarán matar para defenderte: pues bien, á pesar de todo, no podrán salvar á tus hijos; ¡no! ¡Yo pasaré por en medio de ellos, como el Dios de la venganza, llevándome á tus hijos, y veinte que te concediera el cielo, perecerán á mis manos!

El brasileño, dichas estas palabras, estrechó ferozmente, contra el pecho, los delicados cuerpos de los dos inocentes niños, que lloraban á gritos al ver la triste y angustiosa situacion de su madre, hácia la cual tendian sus bracitos.

El corazon de Hortensia pareció deshacerse ante aquel espectáculo desgarrador: un raudal de llanto subió á sus ojos, y su furiosa cólera dejó paso á un dolor profundo, más propio del temple de su alma, que los arrebatos de la venganza.

Vencida por tantas emociones, por tantos temores, falta de fuerzas, se dejó caer de rodillas á los piés del

Digitized by Google

Marqués, y elevó hácia él sus manos unidas y suplicantes.

—¡Oh, señor! exclamó: ¡si ha tenido V. madre: si amaba á la mujer que le dió su hija, por su memoria, le pido que me devuelva á mis pobres é inocentes hijos! ¡Yo no quiero matar á Irene, no! ¡Yo la he cuidado, yo la amo, casi lo mismo, que si fuera tambien hija mia! ¡Ella será la hermana de mis niños! ¡Jamás se separará de mi lado, y Miguel y yo la serviremos de padres!

Calló la Condesa ahogada por el llanto.

Sus dos hijos, comprendiendo en medio de su tierna edad lo angustioso de aquella situacion, suspendieron tambien el llanto y los gritos, y el pequeño Félix unió sus manos, y dijo mirando á Rio-Santo:

—¡No hagas llorar á mamá!

Entretanto la puerta crugia é iba ya á ceder: Lucía y Catalina, unian sus gritos á los golpes que descargaban los criados, y la perdicion del Marqués parecia inminente.

Todo se debia esperar del valor de la decision de Juan y de Francisco, y era seguro, que sólo hollando

Digitized by Google

los cadáveres de los dos, seria como podria llevarse el Marqués á los hijos de sus señores.

Pero ¡ay! ¡demasiado conocia la Condesa el temple de aquella alma feroz! Ella se dijo que aquel hombre no vacilaria un instante en sacrificar á su venganza la vida de cuantos hubiera en la casa, y se dijo, que sólo el amor paternal podria salvar á sus inocentes hijos.

Inspirada por este pensamiento, se acercó á la cuna donde Irene se hallaba casi desmayada de terror, la tomó en sus brazos, y la hizo arrodillar delante de su padre:

—¡Hija mia! la dijo: ¡ruega á tu padre que tenga piedad de mí!

La niña levantó su peregrina cabeza, abatida por un poofundo pesar como el lirio se abate ante la tempestad: fijó en su padre sus grandes ojos oscuros, con una expresion en que entraba por mucho el terror, y le dijo con voz oprimida.

—¡Señor, vuélvame V. á mis hermanos!

—¿Por qué no le dices padre, hija mia? exclamó la Condesa, que sólo confiaba en aquella niña.

Digitized by Google

—¡No es mi padre, respondió Irene: no es mi padre, porque te maltrata y te hizo caer, y te hace llorar!

El furor iluminó la mirada sombría de Rio-Santo; y Hortensia, perdida ya su última esperanza, no pudo articular una sola palabra, y sostúvo á Irene, que se estrechaba contra ella.

—Mata á esta niña, Hortensia, dijo el Marqués: más dichosa seria ahora su muerte, que será la amarga vida que la espera.

Rio-Santo no pudo decir más, porque la puerta cayó hecha pedazos, y los dos criados aparecieron armados de dos palancas: no habia sido menester ménos para violentar la barra de hierro, que el Marqués habia corrido por dentro, y que á imitacion de todos los pueblos de Andalucía, sujetaba la puerta.

Rio-Santo dejó caer su capa, y estrechó á los dos niños, contra su robusto pecho, con uno sólo de sus brazos: con la otra mano, sacó dos pistolas: sostuvo la una con la mano perteneciente al brazo, en que sujetaba á los niños, y amartilló la otra con la derecha, que le quedaba libre, preparándose á vender muy cara su vida.

Digitized by Google

—¡Señor, por Dios! exclamó la anciana Catalina, precipitándose despavorida en la estancia: ¡Que va usted á comprometér mi casa! ¡que va V. á perderme! ¡Salga al momento de aquí!

—¡Ahora mismo! respondió el Marqués: haga V. que me dejen paso, buena mujer: no busco de modo alguno comprometer á V.

—Este es un francés, dijo Juan á Francisco, al oir el acento extranjero del Marqués.

—Sin duda, contestó el otro criado.

—Duro, pues, en él.

—¡Eso es, duro! Ya que el señor no nos ha dejado ir con él á la guerra, aprovechemos la ocasion en ese extranjero.

—Vayamos por los fusiles.

—¡Eso, y entretanto se los lleva! ¡Sin contar con que podremos herir á los niños!

—Es verdad: cualquier cosa es buena para esos perros, con que démosle firme con éstas.

Y los dos criados enarbolaron las palancas, en tanto que Catalina y Lucía levantaban á su señora casi exánime, y la colocaban en un sillon.

Digitized by Google

Al ver la actitud amenazadora de Juan y de Francisco, Rio-Santo pareció recojerse y replegarse sobre sí mismo, como hace un tigre cuando se vá arrojar sobre su presa: luego bajó la cabeza, encogió tambien su robusta espalda, y pasó por en medio de sus dos criados, tratando de sorprenderlos con aquel brusco movimiento, y de abrirse paso á viva fuerza.

Pero no era esta empresa muy fácil: las dos azadas, ó palancas, cayeron á un tiempo sobre él con una fuerza inaudita, la una sobre su espalda, y la otra sobre su brazo derecho: no obstante, ni uno, ni otro golpe le hirieron: sólo un ruido metálico se dejó oir, y los dos criados, que eran soldados endurecidos en la guerra, y en todas sus ardides, comprendieron fácilmente que llevaba una cota de finísimas mallas debajo de su vestido.

Entónces los dos miraron, por un movimiento simultáneo, á la cabeza del Marqués, y volvieron á levantar sus terribles armas; pero Rio-Santo, más furioso que el toro acosado por sus perseguidores, se revolvió, y descerrajó un pistolotazo, que fué á dar en el pecho de Juan.

Digitized by Google

El pobre muchacho no llevaba cota, y cayó al suelo sin exhalar un gemido.

Lucía se arrojó sobre su moribundo esposo, y Francisco, al querer vengar á su compañero con un hachazo, hábilmente dirigido á la cabeza, recibió una puñalada en el costado derecho.

Rio-Santo llevaba el arma oculta en la manga de su brazo derecho.

Vaciló Francisco; y el brasileño tomó en la mano derecha la pistola que áun le quedaba de reserva, oprimió á los dos niños, que no dejaban de llorar entre sus robustos brazos, y aprovechando aquel instante de estupor, se lanzó á la escalera.

¡Hijos mios! ¡hijos de mi alma! gritó la Condesa, arrojándose en pós del robador.

—¡Aquí estoy, Hortensia! dijo, al pié de la escalera, una voz muy conocida de todos.

—¡Miguel! exclamó la Condesa con un grito del alma. ¡Miguel! ¡ah! Dios te envía.

Y se precipitó al encuentro de su marido, el cual, fijo é inmóvil, al pié de la escalera, parecia la estátua de la venganza.

Digitized by Google

El Marqués empezó á bajarla entónces; pero su corazon, tan henchido de cólera, se oprimió, al ver delante de sí á la justicia paternal.

—¡Mis hijos! dijo el Conde con voz solemne y terrible.

El asesino permaneció inmóvil y silencioso; pero un terrible presentimiento dijo á Miguel que sus hijos iban á morir, si no acudia al instante á su socorro.

En efecto, Rio-Santo los ahogaba entre sus nervudos brazos.

Miguel se abalanzó á él, se inclinó, casi hasta tocar al suelo, cogió las piernas del Marqués, calzadas con altas botas inglesas de montar, y le derribó al suelo.

Ninguno de los dos niños se hizo daño alguno: Miguel apoyó su rodilla sobre el pecho de su enemigo, y trató de abrir aquellos brazos fuertemente apretados.

Pero, con gran sorpresa suya, aquellos brazos se abrieron por sí mismos, y los dos niños cayeron al suelo.

Miguel se arrojó hácia ellos, y Rio-Santó se puso en pié.

Digitized by Google

—¡Ahí tienes á tus hijos, Miguel! dijo con una carjada infernal, y se lanzó á la escalera, desapareciendo al instante en la oscuridad de la noche.

El Conde oyó el ruido de aquellos dos tiernos cuerpos al caer al suelo, y sin pensar ya en perseguir á su enemigo, se arrojó á recogerlos: en el mismo instante, Catalina y Lucía salieron con luces... Miguel levantó en alto á los dos niños... ¡Oh, espectáculo desolador! los dos estaban inmóviles, yertos, y al parecer sin vida.

El Conde los volvió en todas direcciones, los agitó en sus brazos, sentándose en uno de los peldaños de la escalera... por fin, trás algunos instantes de una ansiedad tan terrible, que los cabellos del desgraciado padre se pusieron blancos, sintió latir, bajo su mano, el corazon de Félix... el de Víctor permaneció yerto é inmóvil... ¡estaba muerto!

La pobre criatura no habia podido resistir á la terrible presion de los brazos del Marqués: cuando éste fué perseguido y alcanzado por Miguel, oprimió á las dos criaturas con intencion de ahogarlas: cuando fué derribado en la escalera por el Conde, oprimió con

Digitized by Google

una fuerza mayor aún, aquellos cuerpos débiles y delicados: luego abrió los brazos y los dejó caer, bien seguro de que habian dejado de existir.

Sin embargo, sólo el más pequeño habia muerto sofocado por aquella presion homicida: Félix vivia aún, ya por la mayor robustez de su temperamento y de su edad, ya tambien porque el cielo habia querido conservárselo á sus padres como un consuelo en medio de tantas desgracias.

VIII.

Miguel hizo un poderoso esfuerzo de voluntad, para resignarse á vivir despues de la terrible sacudida que habia sufrido.

Comprendió entónces, por la primera vez de su vida, la posibilidad del suicidio, y aunque sus ideas religiosas se oponian á que se quitara una vida, que sabia era de Dios, hubiera querido que Dios hubiera vuelto á tomarla, sacándole de este mundo de dolor para todos y de desesperacion para él.

Otras veces pensaba en lo preciso que era para su

Digitized by Google

desgraciada esposa y para aquel hijo, único que se habia salvado de la muerte de un modo casi providencial.

Madre é hijo se hallaban en el más deplorable estado.

Hortensia, delicada ya de suyo, se habia herido el pecho en la caida terrible que dió repelida por el brazo feroz de Rio-Santo; estaba flaca y pálida como una sombra: de cuando en cuando acudia á sus lábios una bocanada de sangre, y todas las tardes encendia su sangre una fiebre aguda.

No habia sido posible el ocultarle el estado de su hijo mayor, ni la muerte del otro; y la pobre madre no sabia más que pedir al cielo el castigode su enemigo.

Sólo de él esperaba ya la justicia de tantos crímenes, por que en vano se habia acudido á la de los hombres y á la del rey: ni las pesquisas más exactas, ni las más activas diligencias habian podido hallar á aquel hombre bandido, guerrero y asesino al mismo tiempo: la tierra era su patria, y él vagaba por toda su extension arrastrando el peso de sus crímenes ó el de sus remordimientos, y quizá el de su existencia.

Digitized by Google

Félix permaneció largo tiempo entre la vida y la muerte; y sentado entre el lecho de su esposa y la cuna de su hijo, pasaba el Conde los dias y las noches.

Algunas veces la madre y el hijo reposaban juntos, y entónces el Conde los contemplaba con dolorosa expresion, y lágrimas silenciosas y amargas corrian por sus mejillas.

¿Qué era en tanto de Irene?

La pobre niña vagaba como una sombra errante por la estancia, sin querer salir de ella más que para comer, en lo cual empleaba breves instantes.

El lecho de Hortensia parecia atraerla de una manera invencible: sentábase á su lado silenciosa y triste, y algunas veces, apoyando en el borde de la cuna su hermosa cabecita, quedaba dormida con profundo sueño.

Más de una vez, cuando esto sucedia, se habia levantado sobre ella una mano vengadora.

Más de una vez se habia preguntado Miguel por qué habia de vivir bajo su techo la hija del asesino de sus hijos y de su padre, con seguridad y reposo; pero sin

Digitized by Google

duda el ángel de su guarda despertaba á Irene, que en el momento de ir á caer sobre ella el brazo sañudo del Conde, abria los ojos y los fijaba con inefable dulzura en el semblante de Miguel.

Aquella mirada era tan elocuente, que el brazo volvia á caer desarmado, y dejaba caer el hierro que habia sostenido.

Irene se levantaba, tomaba el cuchillo, lo volvia á poner en las manos del Conde, y sentándose de nuevo apoyaba su cabeza como ántes lo estaba en el borde del lecho, y permanecia inmóvil.

El Conde traducia todos estos movimientos con estas palabras:

—¡Tienes razon para aborrecerme! ¡Hiere, que no me quejaré.

Entónces el alma de Miguel, que era ardiente, pero fuerte y altiva, se ablandaba hasta enviar el llanto á sus mejillas, y fijaba en Irene una mirada de conmiseracion profunda.

Cuando Hortensia estaba despierta, era necesario sacar de la habitacion á Irene: su sola vista la mataba; todo aquello que tenia relacion con su enemigo, to-

Digitized by Google

do lo que se lo recordaba, la producia una sensacion de dolor mortal; se deshacia en llanto, y acababa por ser acometida de violentos parasismos espasmódicos.

Cuando la hacian salir de la habitacion, Irene obedecia silenciosa, resignada y triste: iba á sentarse en un rincon del pátio, sepultaba su rostro entre sus manecitas, y allí permanecia horas enteras.

No bien el estado de Hortensia y de su hijo pudo dar alguna esperanza, dispuso Mignel su salida de aquel país; queria volver al suyo, pues aunque tambien encerraba recuerdos para él tristes y punzadores, él sabia que aquellas crueles memorias debian perseguirle á donde quiera que fuese.

A lo que se decidió fué á pedir su retiro, pues por ninguna consideracion hubiera ya consentido en separarse de su esposa y de su hijo.

Formuló, pues, su peticion al rey, fundándola en lo quebrantado de su salud y en lo quebrantado de la de su esposa, y le fué concedida al instante.

Hortensia pareció recobrar una parte de la salud que habia perdido para siempre, para ocuparse en los preparativos del viaje; ella deseaba salir de aque-

Digitized by Google

llos sitios aún más que su marido; y la pobre Irene, que desde que la Condesa habia dejado el lecho, habia sido desterrada de su habitacion, supo por Catalina que iban á partir.

—¿No lo sientes, querida mia? la preguntó Catalina al verla silenciosa é inmóvil.

—¡Sí! respondió la niña llevando sus dos manecitas al corazon: ¡sí que lo siento, y mucho!

—¿Cómo no lloras, pues?

—¿Para qué? No me han de ver llorar, y aunque me vieran, no por eso dejarian de marcharse.

—Pero tú, que por todo lloras, ¿cómo es que ahora estás tan callada?

—Yo no sé, madrina, respondió la pobre criatura; ¡quisiera llorar y no puedo! ¡Tengo aquí una cosa que me aprieta, y no me lo permite!

Irene, al decir estas palabras, llevó su mano al corazon con tan extremo é intenso sufrimiento, que la buena Catalina la abrazó llorando.

—¡Todos lloran aquí! exclamó la niña con acento quedo y triste: ¡allí, la señora llora por su hijo! ¡Lucía llora, vestida de negro, por Juan! ¡Tú, madrina, que

Digitized by Google

ántes reías tanto, lloras por mí! ¡Más quisiera morir que ver tantas lágrimas!

—¡Y entónces, hija mía, yo lloraria mucho más! exclamó Catalina.

El ruido de un carruaje, que se detenia á la puerta, cortó este dulce coloquio, tan lleno de ternura, de tristeza, de inocencia por una parte, y de lealtad por otra. Irene se extremeció en los brazos de Catalina: la amargura de su pena secó sus lágrimas, y quedó derecha é inmóvil, con el oido atento y la respiracion suspensa.

Catalina la puso en el suelo, y corrió á despedir á sus huespedes, quedando la pobre niña sola con su pena y abandonada por todos.

Vió bajar primero á Hortensia apoyada en el brazo de Miguel; luego á Félix en los brazos de Lucía, que vestia luto por la muerte de su marido y cuyas mejillas estaban llenas de lágrimas; por ultimo, vió tambien bajar á Francisco, ya restablecido de su herida, que era el que debia guiar el carruaje.

Miguel y su esposa subieron al coche, sin dedicar ni una sola mirada para buscar á Irene; estaban de-

Digitized by Google

masiado preocupados con la afliccion que les causaba la idea de dejar uno de sus hijos durmiendo el sueño eterno en el cementerio de la aldea.

Despues de los dos esposos, entraron en el coche Lucía y Félix: la podre viuda iba tambien absorta en su dolor; pero el niño se volvió á su madre y le preguntó con extrañeza.

—Qué! ¿no decimos adios á Irene?

Hortensia se extremeció como siempre que se le nombraba á aquella criatura, y respondió solamente:

—No sé donde está, hijo mio.

—Allí, allí la veo yo, gritó Félix extendiendo su manecita, hácia el lado del pátio donde se hallaba la niña clavando en los viajeros su mirada profunda y triste. Allí está Irene, mamá; yo quiero ir á darle un beso.

Hortensia separó su vista del sitio á donde la dirigia su hijo, y dijo á Lucía en voz baja.

—Lleva el niño á donde él dice.

—¡Yo acercarme á esa maldita criatura! exclamó la pobre con un movimiento de terror, ¡yo, señora, jamás!

Hortensia no pudo resolverse á reconvenir á su

Digitized by Google

criada; conocia demasiado todos los arcanos del dolor para no respetarlos en los demás; fijó, por el contrario, en ella una mirada de lástima, y Lucía, animada por ella, continuó:

—Si pudiera matar á esa criatura sólo con mirarla, señora, no viviria ya! ¡Cnando la veo, pienso en su maldito padre sin poderlo remediar! ¡No, no! ¡No puedo acercarme á ella sin horror! ¡Y si no fuera buena cristiana no la hubiera dejado con vida al salir de aquí!

—Pon á Félix en el suelo, y él mismo irá, mi pobre Lucía, dijo la Condesa.

—Pero, señora, repuso Lucía, ¿por qué deja V. acercarse al niño á esa criatura maldecida? ¿No será capáz de ahogarlo si puede?

—No lo creo así, respondió la Condesa con una triste sonrisa; esa desgraciada criatura me da lástima, y por otro lado no quiero dar ninguna pesadumbre á mi hijo.

Lucía obedeció, puso á Félix en el suelo, y el niño corrió hácia su compañera.

Ella permaneció inmóvil, y las lágrimas corrian por sus mejillas.

Digitized by Google

—¡Adios! dijo Félix abrazándola; adios, Irene, me voy con mis papás.

—¿A dónde te vas? preguntó la niña con voz oprimida y angustiosa.

—A San Sebastian.

—¡Qué! ¿Vive un santo donde tú vas?

—Yo no lo se, tal vez sí, porque así le llaman.

—Y, ¿será santo de los que están en el cielo?

—Sí.

—Pues entónces encárgale que me lleve pronto á donde esteis tu madre y tú, pues los santos pueden todo lo que quieren.

—Y, ¿por qué no te vienes ahora?

—Porque no quieren llevarme, respondió la niña que rompió de nuevo en sollozos.

—¿Quieres qué se lo diga yo á mamá?

—¡No! ¡Es inútil! murmuró Irene.

—¿Por qué?

—No querrán llevarme.

—¿Quién sabe? Ya sabes que mi madre me quiere mucho.

Y Félix hechó á correr hácia el carruaje.

Digitized by Google

Acercóse á él y empinándose sobre las puntas de los piés, gritó mirando á su madre.

—¡Mamá, mamá! ¡Yo quiero que venga Irene.

—¡Sube, hijo mio! dijo Miguel; sube y partamos.

—Pues que suba tambien Irene.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué? ¿Por qué no puede ser? ¡Yo no me voy sin Irene! ¡Ella tambien quiere venir!

Francisco, obedeciendo á una señal de su amo, tomó en sus brazos á Félix y lo pasó á los de Miguel.

El niño echó á llorar; la ira y el dolor vistieron su semblante de un arrebatado carmin, y llamó á Irene con gritos desgarradores.

La infeliz niña permaneció inmovil y petrificada; dejóse caer de rodillas, y extendió sus bracitos hácia el coche que arrancó al galope del brioso tronco.

El ruido del carruaje apagó los gritos de Félix, y ya habia desaparecido, cuando aún estaba Irene contemplando con ojos desolados la nube de polvo que habia levantado en su rápida carrera.

Catalina se acercó llorando á la desgraciada criatura.

Digitized by Google

—Ven, hija mia, le dijo, ven conmigo; yo te querré por todos: ¿qué culpa tienes tú de nada para que tanto padezcas?

—Mira, madrina, dijo Irene levantándose con trabajo y apoyando en la pared su manecita, enflaquecida, como si no pudiera sostenerse; mira, yo voy á morir bien pronto, y quiero decirte la verdad.

—¡Vamos, hija mia, dila, dila! ¡Desahógate! eso deseo... ¡Que llores! ¡Que grites! ¡Me horroriza el verte así!

—No puede ser... no puedo llorar, ¡y eso que yo tambien lo quisiera! Gracias que pueda decirte lo que necesito hablarte para que despues me acuestes, pues no me puedo tener de pié.

—¡Habla, habla, hija mia!

—Pues bien, oye, y prométeme que no te enfadarás por lo que te voy á decir.

—Te lo prometo.

—Yo estaba muy contenta, Catalina, al lado de esa señora, hermosa, dulce y jóven, que tenia las manos blancas y finas, los ojos brillantes y el cabello rizado y negro; tus cabellos blancos, tu cara arrugada,

Digitized by Google

me ponen triste; tú no te ríes, ni cantas, y ella sí: además, ese niño jugaba conmigo, me queria, era mi hermano, como son hermanos María y Antonio, los hijos de ese labrador de ahí al lado. Ahora todo eso bueno, dulce, hermoso, todo eso se ha ido; yo estoy sola contigo, y para siempre triste... vendrá mi padre... ese hombre que tiene la cara tapada siempre, y me matará tambien á mí, como mató al pobrecito Víctor...

—¡No te matará, pobrecita! exclamó la anciana, que lloraba á mares; pues qué, ¿no estoy yo aquí para defenderte?

—Tambien estabas tú aquí, cuando mató á Víctor, y estaba su madre y su padre, ¡y le mató! Por eso quiero morirme ahora de pena, que debe ser muerte más dulce que la que dan los cuchillos que lleva mi padre.

—¡Desecha, por Dios, esas ideas, hija de mi alma!

—¿No te acuerdas del pobre Juan? ¡Oh, yo jamás olvidaré aquella triste mirada que clavó en el cielo como quejándose de la maldad de mi padre, como pidiendo á Dios que le castigase! Madrina, yo no tengo aún siete años, ¿verdad?

Digitized by Google

—Aún no, vida mia.

—Pues bien, desde aquel dia yo discurro y lloro, como si tuviera veinte.

—Hija mia, yo confio en Dios que te consolarás.

—Yo confio en que Dios, que sabe que siempre he sido buena, y que ahora soy tan desgraciada, me llevará pronto al cielo.

Despues de estas palabras, Irene volvió á caer en la meditacion dolorosa que la era habitual, y no volvió á pronunciar ni una sola palabra.

En vano la buena Catalina probó á distraerla por todos los medios posibles: el dolor habia hecho su presa en aquella alma vehemente y apasionada, y no era posible hacérsela soltar.

IX.

Cuatro años pasaron el Conde, la Condesa y su hija en la hermosa ciudad que habia mecido su cuna, y que se ve constantemente acariciada por la blanca espuma del mar.

San Sebastian es una de las más lindas poblacio-

Digitized by Google

nes de España con sus casas tiradas á cordel, con su playa limpia y alegre, y con sus iglesias frescas y bonitas; la Condesa pareció renacer á una nueva vida, así que fijó en ella su residencia; á pesar de dormir el sueño eterno bajo aquel cielo su hijo y el padre de su marido, le parecia que era allí más dichosa de lo que podia serlo en ninguna otra parte del mundo, y que sus queridas sombras la protegerian contra todas las desgracias y dolores.

Su pobre hijo Víctor, tan bárbaramente asesinado por su enemigo, habia ido á reunirse con su hermano y con su abuelo, y dormia en el mismo sepulcro.

Hortensia disfrutaba, por fin, de tranquilidad; era tan dichosa como podia serlo despues de sus dolorosas pérdidas, y en medio de las inquietudes que cada dia la acosaban acerca de la suerte de su marido y de su hijo.

Rio-Santo no habia solamente envenenado su presente con su terrible venganza, sino que habia amargado tambien su porvenir; cada dia temblaba por los que amaba; cada aurora se decia: ¿Nos verá reunidos y vivos la noche?

Digitized by Google

Este temor, esta angustia de todos los instantes era insoportable; sin embargo, era forzoso soportarla, y la pobre Hortensia se contentaba con rogar á Dios cada dia que le conservase los objetos de su amor, y cada hora que los volviese pronto á su vista.

Tan constantes inquietudes empeoraron visiblemente su salud, que estaba en un estado deplorable desde la noche funesta en que, queriendo defender á sus hijos, ca yó empujada por la ruda mano de Rio-Santo y se hirió en el pecho; desde entónces una enfermedad mortal la iba demacrando poco á poco, y aquella dolencia, que hubiera podido aminorarse y áun desaparecer con una vida tranquila y dichosa, se exacerbó hasta hacerse mortal con sus dolorosos cuidados, con sus eternos sobresaltos.

Algunos meses despues de estar en San Sebastian, recibió una carta de Catalina, ó más bien del rector del pueblo, aunque dictada por la buena anciana, y que decia así:

«Señora:

»Irene se muere, y ya que es V. la única persona

Digitized by Google

»que se ha interesado por esta desgraciada criatura, »es mi deber ponerlo en su conocimiento; lo hago tam»bien por mandato del señor cura, que es el que me »escribe esta carta.

»La pobre criatura no ha podido sobrellevar la »ausencia de V. y de su hijo: no duerme ni toma nin»gun alimento hace ya muchos dias; pasa las noches »delirando, y llama á V. sin cesar.

»Señora: Dios aconseja el PERDONAR LAS INJURIAS, »y yo le pido por su amor que perdone, ó al ménos »olvide, las que le ha hecho el padre de Irene, para »salvar de la muerte á esta infeliz niña; yo le pido á »usted que me permita llevársela, para ver si vuelve »á la vida, porque se me parte el corazon de verla fa»llecer aquí como una flor, sin aire y sin sol; la he »criado yo, y me parece que es una alhaja que Dios »me confió y de la que debo darle cuenta.

»Mañana saldré de aquí con Irene, y dentro de »pocos dias ambas estaremos en la presencia de us»ted, que será nuestro juez.»

—¡Yo no quiero ver á esa criatura! exclamó Hor-

Digitized by Google

tensia así que acabó de leer la carta, y cubriéndose el semblante con un movimiento de profundo horror.

Pero cuando vió ante sus ojos á la desgraciada criatura, pálida, demacrada, casi moribunda, que se arrodillaba á sus piés con las manos unidas y elevando hácia ella sus grandes ojos, no tuvo el valor necesario para despedirla.

—¡Quédate aquí, pobre ángel, la dijo levantándola en sus brazos, y ruega todos los dias para que Dios separe á tu padre de la carrera del crímen!

Desde aquel dia Irene renació á la vida; pero en cambio las dolencias de la Condesa tomaron mayor incremento; parecia que aquellas dos criaturas sólo podian vivir la una á expensas de la otra, y que para que la una morase sobre la tierra, tenia la otra que subir al cielo.

Sin embargo, la Condesa se extinguia sin dolor y sin angustia, como se extingue el agua de una fuente en los áridos dias del estío; la sonrisa de los mártires moraba constantemente en sus lábios; pero jamás salian de ellos ni quejas ni gemidos; algunas veces la oia su esposo andar por su aposento á pasos desiguales,

Digitized by Google

y rezar en alta voz: entónces entraba, la abrazaba y la rogaba se volviese al lecho, pues siempre era por la noche cuando tenian lugar aquellas dolorosas crísis.

—Déjame rezar, y rezar en voz alta, le respondia la Condesa; la oracion me alivia, y me parece que así me hallo más cerca de Dios.

Fué preciso, por fin, acudir á los auxilios de la ciencia á pesar de la oposicion de la Condesa, que se empeñaba en que nada tenia, y en que todo aquello era sólo un poco de fiebre que se pasaria pronto; pero los facultativos hicieron un gesto tal de desaliento á su simple vista, que no dejaron al pobre Miguel ninguna esperanza de salvarla.

Una noche en que éste se hallaba sentado á su cabecera, y hablándola en voz baja y cariñosa para distraerla, se incorporó de súbito en el lecho la Condesa.

Aún era hermosa á pesar de sus penas, á pesar de sus dolencia; sus rasgados ojos azules eran mayores á causa de su extrema carencia de carnes; su rostro parecia de alabastro: caian sus largos cabellos negros en gruesas trenzas por su espalda, y en sus sienes y en su garganta se dibujaba el ténue tejido de sus azu-

Digitized by Google

ladas venas con una claridad y finura maravillosas.

Su marido la hablaba para distraerla de los hermosos dias de sus amores, y la hacia esperar para el porvenir una felicidad que él no tenia ninguna esperanza de que disfrutase.

—Miguel, repuso la Condesa tomándole la mano con una dulce sonrisa, no me des esperanzas que no hemos de ver ni uno ni otro realizadas; yo moriré muy pronto é iré á esperarte en el cielo.

De repente un golpe dado en la puerta de la calle cortó la palabra á la Condesa; Miguel sintió temblar con violencia la mano que tenia entre las suyas, y vió que una expresion de inmenso dolor se pintaba en las abatidas facciones de su esposa.

—Hortensia mia, no te asustes así, la dijo rodeándola con sus brazos, ¿por qué ese temor?

—¡Alguna desgracia te amenaza! murmuró la enferma con voz ahogada; he oido dar la una de la noche hace poco y á esta hora sólo pueden llamar para causarnos algun nuevo dolor.

La Condesa no pudo acabar; oyéronse en las escaleras pasos pesados, ruido de espuelas, y un ins-

Digitized by Google

tante despues se presentó un comisario y algunos agentes de justicia, y dijo á Miguel que habia salidó á su encuentro.

—¿El Sr. Conde de C.?

—Yo soy, respondió Miguel.

—Dése V. preso en nombre del Rey.

Miguel elevó al cielo una mirada de desesperacion. luego bajó sus ojos á la tierra, y dijo al Comisario.

—Mi esposa se muere... ¿no podria ir preso despues de haber recogido su último suspiro?

—Imposible, caballero, respondió el Magistrado; las órdenes que tenemos son terminantes.

—Pero, ¿de qué se me acusa?

—De traidor á la Pátria y al Rey.

—¡Yo traidor! exclamó el Conde con un arranque de generosa indignacion. ¡Yo envejecido á los cuarenta años en servicio del Monarca!

—Caballero, repuso el Magistrado, ahora que he visto á V., responderia con mi cabeza de su inocencia; pero debo cumplir con mi deber; abraze V. á su esposa... y vamos.

Miguel se acercó al lecho. Hortensia estaba senta-

Digitized by Google

da en él pálida, desmelenada, con los ojos extraviados.

A su lado, y en un lecho pequeño, dormia Félix; y algo más léjos estaba el que ocupaba Irene, pues la Condesa, temerosa de alguna traicion de parte del Marqués, no queria separar á su hijo de su lado, é Irene no queria separarse de ninguno de los dos.

Pero ninguno de los dos niños dormian; ambos se hallaban sentados tambien en sus respectivos lechos, mirando aquella espantosa escena de agonía y desolacion.

—¿Te vas, te vas? exclamó la Condesa echando sus yamoribundos brazos al cuello de su marido; ¿no te dejan ni áun hasta que muera al lado tuyo? pero si... prosiguió tras una pausa... Dios me llama ya á su seno... Dios no quiere que vuelva á quedarme sola...

La Condesa se desplomó sobre las almohadas, falta de color y de vida

Levantaba su pecho un extertor agonizante; sus ojos, ya casi sin luz, se clavaban con ánsia indescriptible en su marido, como si aquel inmenso amor que durante toda su vida le habia profesado, se hubiera aumentado aún en la hora suprema de su muerte.

Digitized by Google

—¿Mi hijo... mi hijo? murmuró la pobre mártir; ¡tráeme á Félix, Miguel!

El Conde puso al niño entre los brazos de su esposa; ésta le estrechó con pasion contra su pecho; elevó al cielo una mirada sublime como recomendándoselo, quiso hablar, dejó al niño entre los brazos de su marido... y espiró sin poder pronunciar una sola palabra.

Los representantes de la ley, permanecieron inmóviles y consternados; no sabian cómo llenar su terrible mision.

Durante algunos momentos sólo se oyeron los sollozos de Miguel. ¡Salia de este mundo la sola mujer á quien habia amado, y se llevaba con ella todo su corazon!

¡Cuántas dulces esperanzas volaban al cielo con el último suspiro de Hortensia! Aquel hombre fuerte, aquel héroe en la guerra, vió el mundo desierto ante sus ojos, y el porvenir se le presentó tempestuoso y sombrío, como se le presenta el mar al pobre náufrago en una noche de tempestad.

La voz del Comisario le sacó de aquel parasismo doloroso.

Digitized by Google

—Señor Conde, le dijo acercándose á él y con acento casi respetuoso; debo decir á V. que las órdenes que tengo acerca de su persona son terminantes, y que debemos salir en seguida: yo dejaré aquí una persona de toda confianza que dedique todos sus cuidados á los restos de la señora Condesa; además, yo me encargo de su hijo de V., á quien cuidaré lo mismo que al mio, hasta que luzcan para V. dias más dichosos.

Miguel se levantó, abrazó con íntima y tristísima ternura el cadaver, cerró sus párpados, la besó dos veces en la frente y en las manos, y luego tomó de la mano á Félix, y se lo presentó al Comisario.

—Lo entrego á la conmiseracion de V., caballero, le dijo; piense V que es ya mi sólo bien, y la única esperanza que me liga á la tierra.

El Magistrado tomó al niño en sus brazos.

—Venga tambien su hija de V., repuso con voz entrecortada por la emocion al ver llorar á Irene silenciosamente; ¡los dos lo serán mios hasta que su padre venga á buscarlos!

—¡Mi hija...! gritó el Conde con un acento arran-

Digitized by Google

cado á lo más íntimo de su alma; ¡mi hija esa criatura...! ¡la hija de mi enemigo...! del verdugo de mis hijos, de mi esposa...!

—¡Cómo! exclamó el Comisario; esa niña...

—¡Salgamos de aquí! interrumpió el Conde que se ahogaba de cólera y de dolor. ¡Salgamos! El más horrible calabozo, el cadalso mismo es preferible para mí á su vista!

El Conde se lanzó fuera del aposento, y todos le siguieron: sólo quedó Irene sentada en el borde de su pequeño lecho, y mirando con sus grandes y tristes ojos el cadáver de la Condesa.

De repente sintió abrirse silenciosamente la ventana del aposento que daba al jardin de la casa; apareció en ella una forma negra, y bien pronto un hombre, envuelto en una capa, y cuyo rostro estaba cubierto con una careta de terciopelo, se precipitó en el aposento.

Adelantóse hasta el lecho, sin que Irene diese un sólo grito; parecia tranquila, y hubiérase dicho que aguardaba lo que estaba sucediendo.

Adelantóse el incógnito hácia el lecho y cruzó sus

Digitized by Google

dos brazos sobre el pecho, mirando sombría y silenciosamente el cadáver.

—¡Ya has muerto! murmuró, y sin embargo, yo no queria matarte, ¡desgraciada criatura! ¡Oh, prosiguió llevando al corazon ambas manos. ¡Oh, cuanto te he amado! ¡Cuán bueno, cuán grande y generoso hubiera yo sido, amado por tí! ¡Mi corazon gigante no hubiera desconocido ninguna virtud, alentado con tu mirada y tu sonrisa! Aún al mirarte muerta, tan hermosa, tan santa, tan apacible, quisiera llevarte conmigo, é ir á apagar ante tu cadáver el furioso hervor de mi venganza. ¡No, yo no queria que tú murieses! ¡queria sólo matar á ese hombre que me preferiste! ¡á ese hijo que te queda, y que tú vivieras viuda y sola para verte yo alguna vez, aunque fuera sin que me vieras tú! ¡pero tú, débil caña, no has podido resistir las tempestades de mi rencor, y te has doblado sobre la tumba para no levantarte jamás!

Calló aquel hombre terrible; dejóse caer de rodillas ante el lecho, y apoyando sobre la blanca mano de la Condesa su culpable frente, derramó un torrente de lágrimas.

Digitized by Google

¡Era la primera vez de su vida que lloraba!

—¡Adios! dijo trás una larga pausa. ¡Duerme en paz el sueño de los ángeles y el de los mártires, que has sido las dos cosas sobre la tierra, y bendita seas por haber tenido á tu lado á mi hija, y por haberle dejado alguna cosa de tí!

Dichas estas palabras se acercó á Irene y quiso tomarla en sus brazos; pero la niña, ágil como una cervatilla saltó del lecho y huyó al otro extremo de la estancia.

—¡No, gritó, no quiero ir contigo! ¡Antes me dejaré matar, como mataste al pobre Juan y á mi hermano Victor!

—¡Irene! exclamó aquel hombre con dolorido acento; ¿no sabes que soy tu padre?

—¡No tengo más padre que el que ha salido ahora de aquí!

—¡Hija mia, hija mia! ¡si algun dia la sed de la venganza me hizo renegar de tí, hoy que el dolor ha ablandado mi corazon, vengo á buscarte! exclamó entre sollozos Rio-Santo.

—Hoy no tengo yo padre, repuso la niña, á quien la

Digitized by Google

precocidad de su inteligencia, y su hermosa y robusta figura aumentaban cuatro años á los diez que contaba.

Pero su terrible padre no tenia tiempo que perder; desistiendo de toda discusion con aquella criatura se acercó á ella y la tomó entre sus robustos brazos.

Irene comprendió que era inútil toda resistencia; cerró los ojos y se resignó.

Un instante despues, Rio-Santo, llevando entre los brazos á su hija, volvia á salir por la ventana que poco ántes le habia dado entrada.

X.

Seis meses despues, un coche de camino de colleras, y tan pesado como todos los que se usaban á principios del siglo, marchaba por el camino que lleva desde Madrid á Barcelona, al tardo paso de cuatro robustas mulas adornadas de cascabeles y plumeros de lana encarnada.

A través de las estrechas y altas ventanillas podia divisarse fácilmente á los viajeros, que eran dos.

Un hombre como de cuarenta y seis años, y una

Digitized by Google

niña que aparentaba catorce, pero que no obstante sólo habia visto florecer once primaveras.

Eran Rio-Santo y su hija.

¿A dónde iban?

Yo puedo decírselo á mis lectores.

El Marqués, que no era otra cosa que uno de esos extranjeros, expías ó emisarios del gobierno francés, asalariados por él, y que tanto contribuyeron á la encarnizada lucha que tanta sangre costó á España, pasaba á Francia: tenia en Marsella muchos asuntos que evacuar, y algunos tambien en Barcelona.

Hijo de una oscura familia del Brasil, habia emprendido desde muy jóven su aventurera y borrascosa vida: Marqués por su voluntad, la casualidad habia querido que adoptase unas armas casi iguales á las que el rey Fernando VII habia dado al conde de C., como premio de sus gloriosos servicios en la guerra.

Toda su vida se habia pasado en galanteos ruidosos, en hechos de armas y, sobre todo, en intrigas más ó ménos tenebrosas; cuando llegó á convencerse de que Hortensia jamás podria amarle, se casó con una jóven que hacia largo tiempo habia conocido

Digitized by Google

en París, y que estaba profundamente apasionada de él.

Pero la desgraciada tardó poco en perder todas sus ilusiones y en conocer al hombre á quien se habia unido para siempre; los largos y misteriosos viajes de su marido, sus salidas nocturnas, sus cambios de nombre y de domicilio, todo contribuyó á despertar en su alma sospechas crueles.

Indagó, siguió los pasos de Rio-Santo, y muy pronto se pudo convencer de toda la extension de su desgracia. Su marido era expía de Murat; era un aventurero asalariado, y que no retrocedia ante ningun crímen.

Para colmo de sus penas comprendió tambien que aquel hombre seguia alguna terrible empresa de venganza personal, y que nada tenia que ver con la política; algunas palabras escapadas en sueños de los lábios de Rio-Santo, se lo dijeron así, sin que le quedase el más ligero asomo de duda.

Tantos golpes acabaron con la salud de la pobre jóven, que amaba hasta la idolatría á aquel gran criminal.

Calló su dolor, sus amarguras; bebió sus lágrimas

Digitized by Google

y murió víctima de su desengaño, encargando su hija á aquel hombre duro y feroz.

Las súplicas de la infeliz mártir que se moria, hicieron vibrar una cuerda sensible en el alma de Rio-Santo; él mismo ignoraba que existiese aquella fibra en su alma petrificada por el abandono de Hortensia.

En el instante mismo en que lo encontramos en el camino de Cataluña, iba rico de dinero, pero enteramente exhausto de ilusiones, acompañado de su hija; habia perdido á Hortensia, su sólo amor en el mundo, ó por mejor decir, su primero y último amor de la tierra, y aquella muerte, que él habia causado, pesaba sobre su corazon como una montaña de piedra.

La guadaña, que sirve de cetro á esa deidad inflexible, le amenazaba todavía; allí, al lado suyo, estaba Irene, lángida, y tambien casi moribunda: la pobre niña, en la misma noche que su padre la sacó de la casa de Hortensia y de junto al lecho de muerte de aquella mujer tan amada, habia vuelto á la pobre casita de la anciana Catalina; puede calcularse el extrago que causaria en aquella voraz imaginacion la estancia de unos sitios tan llenos para ella de dulces y

Digitized by Google

desgarradoras memorias, y de los cuales habia salido casi moribunda.

Sin embargo, aún vivia cuando su padre fué á recogerla para pasar á Francia; como una corderilla se levantó del lecho en que descansaba, envuelta en una bata blanca, y siguió á aquel hombre terrible á quien llamaba padre.

Sentada á su lado en el carruaje, con la cabeza doblada sobre el pecho, parecia una flor tronchada por el huracan.

Era cerca del anochecer cuando llegaron á una pequeña aldea, en la que habia una posada; el estado de Irene era tan alarmante, que su padre quiso detenerse allí dos horas para conseguir se la proporcionase un poco de caldo caliente.

—Vamos, querida mia, la dijo al bajar, un poco más de ánimo, y todo acabará bien: vamos á París, que es una hermosa ciudad; ya no saldrás de allí, pues te pondré en el convento del Sagrado Corazon, en el que permanecerás hasta que salgas de él para casarte.

Irene sacudió tristemente la cabeza, y siguió á su

Digitized by Google

padre á un extremo del pátio de la posada, en el cual habia un banco de piedra.

De repente, y no bien se habia dejado caer Rio-Santo en el asiento, se oyó el rumor aún lejano del coche.

El brasileño se levantó, como si quisiera ocultarse; pero ántes de poner por obra su propósito, el coche, que venia rápidamente, se detuvo, y saltó de él un hombre de aspecto doliente, pero noble y simpático.

Aunque aún estaba en el vigor de su edad, aparecia agoviado por una vejez prematura; su cabello estaba del todo blanco; sus grandes òjos negros, que en más felices dias debieron ser hermosos y llenos de fuego, estaban hundidos y apagados; llevaba una levita de paño azul militarmente abrochada, y en uno de sus ojales diferentes cintas, que significaban otras tantas condecoraciones.

Detrás de él bajó del carruaje un oficial, que mandó detener á una partida de guerrilleros que rodeaba el carruaje, custodiándole con un cuidado que atestiguaba la importancia de aquel personaje.

Al verle, pareció quedar enclavado en su sitio el

Digitized by Google

brasileño: dilatáronse y brillaron ferozmente sus ojos; luego dió una vuelta y fué á buscar al oficial, que estaba pidiendo un refresco.

—Caballero, le dijo, ¿tiene V. la bondad de decirme el nombre de ese preso?

—Sí señor, respondió aquel: es el conde de C.

—¿A dónde va?

—Al castillo de Cardona.

—¿Puede saberse cuál es su delito?

—Ha sido acusado de connivencia con los españoles, ante el gobierno francés que hoy rige.

—¿Por quién?

—¿Quién puede saber eso, caballero? Lo que sí se puede asegurar es que tiene algun enemigo oculto y poderoso, y que es completamente inocente.

Rio-Santo dió gracias al oficial con una inclinacion de cabeza, y volvió sus ojos hácia el preso.

Era Miguel, en efecto; Miguel, pálido, abatido, envejecido; pero siempre noble, hermoso en su misma desventura y digno en su dolor.

Detúvose en la puerta de la posada, y tendió sus

Digitized by Google

ojos por la campiña, que ya empezaba á iluminar la luz de la luna.

—¿Vámos á dar una vuelta, Sr. Conde? dijo el oficial adivinando su pensamiento con ese instinto de las almas jóvenes y generosas.

—Vamos, y gracias, respondió Miguel.

Los dos se internaron en un bosquecillo de hayas que se extendia delante de la puerta, y dieron algunos pasos conversando amigablemente.

Miguel hablaba al jóven oficial con una calma suave y bondadosa.

El oficial, con un acento lleno de respetuosa deferencia.

Al volver para cruzar de nuevo la extension del bosque, el Conde hizo un gesto de repulsion y casi de espanto.

Tenia á dos pasos de él al Marqués de Rio-Santo que le contemplaba con una mirada chispeante de orgullo, satisfecho y con una sonrisa de triunfo.

La ira iluminó las severas facciones de Miguel: el dolor, el ódio se agitaron en su alma como fúnebres teas; acercóse al oficial, y le dijo con voz entera y firme.

Digitized by Google

—Caballero, ¿me estima V. en algo?

—Le estimo á V. y le respeto profundamente, señor Conde, respondió el jóven.

—¿Cree V. en mi probidad, en mi honradez?

—Lo mismo que creo en la de mi padre.

—Pues bien; es forzoso que me lo pruebe de un modo.

—No retrocederé ante ningun medio de probárselo á usted.

—Présteme V. su espada.

El oficial retrocedió dos pasos á pesar de sus promesas.

Se trataba de un reo de Estado, cuya suerte aún no estaba decidida y que podia ser condenado á muerte.

—Mire V. á ese hombre, caballero oficial, prosiguió el Conde señalando á Rio-Santo. Ese hombre ha sido el asesino de mi padre á quien clavó cobardemente un puñal en el corazon; el asesino de mis dos hijos, uno de los cuales ahogó entre sus brazos; el asesino de mi esposa á la que arrojó contra un mueble, hiriéndola de muerte: ¿qué merece este hombre?

—¡La muerte! respondió lacónicamente el jóven

Digitized by Google

oficial sacando del cinto su espada y alargándola al Conde. La muerte, porque yo creo á V. bajo su palabra, y estoy cierto de que le ha hecho todas esas ofensas.

Miguel asió la espada con mano frenética de impaciencia, al mismo tiempo que el Marqués desabrochando su gaban, sacaba la suya de la vaina.

—¡Es un duelo, dijo el oficial, tanto mejor! no merece V., Sr. Conde, mancharse con la sangre de un aseino.

—¡Si, es un duelo, repuso Rio-Santo; es un duelo, pero terrible, encarnizado, á muerte! ¡Si, todo lo que ese hombre ha dicho es verdad! ¡Yo he sido el verdugo de toda su familia, y á él le he dejado la vida porque me parecia la muerte muy dulce para el ódio que le tengo! !Muriendo hubiera acabado de padecer, y yo queria que padeciese mil muertes! ¡Pero ya que no hay remedio, luchemos, y que mi ódio anime y fortalezca mi brazo!

Al acabar estas palabras centellearon las espadas á los rayos de la luna que brillaba en el cénit; el oficial se retiró á un lado, mirando con los ojos impa-

Digitized by Google

sibles de la persona avezada á arrostrar todos los dias la muerte, aquella lucha que era mortal tambien.

Durante algunos instantes las espadas se chocaron con furor: por fin el Conde más diestro ó más feliz, tiró una estocada á Rio-Santo tan certera, que la levita del brasileño se tiñó de sangre.

El furor hirvió entónces en el fondo de aquella alma sombría; perdió ya la serenidad, y desde aquelinstante toda la ventaja fué de Miguel que tardó pocoen desarmar á su enemigo con un vigoroso quite.

Cayó Rio-Santo sobre una rodilla, y el Conde levantó su espada vencedora sobre aquella cabeza culpable.

—¡Dios nos manda *perdonar las injurias*, gritó una voz dulce y penetrante como el cántico de un serafin.

Volvióse el Conde, y halló á su lado de rodillas y con las manecitas cruzadas, la pálida y sublime figura de Irene.

—¡Señor, continuó la niña elevando hácia él sus plegadas manos; señor, aquella santa que me sirvió

Digitized by Google

de madre durante tanto tiempo, y que hoy vive en el cielo, me dijo que para ir allá, era preciso perdonar á nuestros enemigos! ¡Señor, tú que tanto la querias, no desoigas el ruego que te hace hoy por mi boca!

El brazo de Miguel permanecia inmóvil con la espada levantada, como San Miguel en su lucha con el dragon; pero su rodilla oprimia aún el pecho de su enemigo; Irene continuó.

—¡Señor! una noche ese desgraciado, ese gran criminal á quien yo llamo padre, entró en la habitacion en que dormian tus hijos y yo bajo el amparo de tu santa esposa; ésta vió la muerte sobre la cabeza de los dos niños... no halló más medio de separarla que amenazar mi vida... pero mi padre le dijo que le importaba poco de mi existencia, á trueque de llevar á cabo su venganza... Sin embargo, sus ojos y su semblante decian lo contrario... pero la madre de tus hijos no me tocó, y aunque se los robó á los dos, y te mató al uno... yo ocupé á su lado el lugar del que habia perdido... ¡Señor! yo debo subir muy pronto allá arriba! déjame que le pueda decir estas palabras: ¡Señora mia! para poderte pagar de algun modo tu abnegacion

Digitized by Google

y tu caridad, he evitado al hombre que tanto amaste, al padre de tus hijos, el que se cubra de sangre! y he alcanzado de él que *perdone las injurias* como tú me decias que se debe hacer.

Al acabar de pronunciar Irene estas palabras, ya habia caido la espada de las manos del Conde; separó al instante la rodilla del pecho de su enemigo y cayó de hinojos cerca de él.

—¡Señor, Dios mio! exclamó levantando su noble rostro hácia la bóveda celeste; ¡gracias te doy por haberme deparado un ángel sobre la tierra que me recuerda en medio de mis desgracias tu sublime precepto! Viejo estoy de corazon y de cuerpo; la esperanza terrestre ha muerto en mí; nada veo en derredor mio más que tinieblas y abandono. Pero aún me queda la esperanza de tu gloria y la palma de mi largo martirio. Sí; yo confio en que al ahogar en mi pecho todo rencor, tú me guardarás un asiento al lado de mi esposa y de mis hijos.

—¡Levántate! añadió volviéndose á Rio-Santo, y agradece, despues de Dios, á tu hija, el beneficio de la vida.

Digitized by Google

Nada respondió el brasileño: de hinojos en el suelo lloraba con el rostro oculto entre sus manos.

Las palabras de su hija, las sublimes frases de Miguel, la influencia de aquella bella y serena noche, y quizá más que todo, el dedo de Dios, ablandaron aquel corazon empedernido.

Volvió á Miguel su rostro lleno de lágrimas, y le miró con una admiracion que nada tenia de fingida.

—¿Es posible que me perdones mis iniquidades? exclamó juntando las manos.

—Sí, respondió Miguel, yo te perdono de todo corazon; y si algun dia te viera pobre y afligido, te daria consuelo, albergue y la mitad de mi pan.

—¡Oh, qué razon tenia ella en preferirte! murmuró Rio-Santo mirando al cielo, como si buscase en él la sombra errante de Hortensia.

Luego se levantó, y tomando á Irene de la mano, se volvió hácia el Conde:

—Te doy á mi hija, le dijo; nada más puedo darte que sea digno de tí; á mi lado seria muy desgraciada; al tuyo será feliz, porque yo soy indigno de poseerla, y ella no puede además mirarme sin horror.

Digitized by Google

—¡Ay, yo voy preso! murmuró el Conde, y mi propio hijo está depositado en extrañas manos.

—Dentro de ocho dias serás libre, repuso Rio-Santo; yo, que forjé tus hierros, sabré romperlos.

Irene tomó entónces la mano de Miguel, y le dijo con su dulce y argentada voz:

—Señor: yo he oido hablar alguna vez de unas casas donde hay muchas jóvenes que se emplean en rezar por los pecadores y en alabar á Dios; ¿es cierto que las hay?

—¡Sí, hija mia! respondio Rio-Santo, esas casas existen y se llaman conventos; ¿querrias tú ir á ver uno de ellos?

—Quiero vivir en uno de ellos en tanto dure mi vida; allí, padre mio, rogaré al cielo por que te vuelva á la senda del bien, y porque haga dichoso al hombre generoso que te ha perdonado. Déjame que ofrezca á Dios mi inocencia y mi vida, en satisfaccion de tus culpas.

—¡Sea! dijo el brasileño trás algunos instantes de doloroso silencio, y abrazando á Irene convulsivamente, desapareció con la velocidad del rayo.

Digitized by Google

Aquella alma tenebrosa habia sido iluminada con la luz del arrepentimiento; pero asombrada de sus fulgores iba á buscar la soledad para recogerse por algun tiempo en sí misma.

Ocho dias despues salia Miguel del castillo de Cardona, al cual sólo hacia algunas horas que acababa de llegar.

El jóven oficial que le habia escoltado le dió la noticia con los ojos humedecidos por lágrimas de alegría.

En la Real órden fechada en Cádiz, habia unido un diploma con un sello que decia así:

«Vengo en añadir á las armas que tengo concedi»das al conde de C., una corona de laurel atravesada »por este lema: «PERDONAR LAS INJURIAS,» pues no »hay victoria más gloriosa que la de vencerse á sí »mismo.

YO, EL REY.»

El Conde voló á San Sebastian en busca de su hijo, y ambos acompañaron á Irene al convento de religiosas Carmelitas de la misma ciudad.

Nada fué bastante á separarla de esta resolucion.

Digitized by Google

A todas las reflexiones, á todos los ruegos de Miguel y de su hijo, respondia:

—Tengo que rogar á Dios por mi padre.

Como un año habia pasado desde la entrada de Irene en aquella santa casa, cuando fué pasado por las armas un personaje misterioso, al que se le habian hallado papeles y documentos de inmenso valer para el Gobierno español.

Era un expía de Joaquin Murat.

Murió contrito y encargó se le enterrase en el cementerio de San Sebastian, é inmediato á una sepultura que tenia en su lápida este sencillo y poético nombre:

«HORTENSIA.»

El expía era el marqués de Rio-Santo.

FIN DE LA NOVELA.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

EL JARRON DE LA CHINA.

LEYENDAS DEL HOGAR.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL JARRON DE LA CHINA.

I.

¿Quién habita aquella suntuosa casa que ocupa una gran parte de una de las extensas y hermosas aceras de la calle de Alcalá, en la córte de España?

¿Quiénes serán sus dueños? ¿A qué clase de la sociedad pertenecen? ¿De dónde han habido la colosal fortuna que se necesita para soportar los inmensos gastos que debe ocasionarles su método de vida?

A mí me lo han dicho, lectores mios, y os diré de qué manera.

Digitized by Google

Una noche de las más frías del invierno de 185... pasaba yo por la calle de Alcalá, en Madrid, con otras varias personas.

Era ya muy tarde, pues los serenos hacia largo rato que habian cantado las dos de la madrugada.

A pesar de que por la crudeza de la noche caminábamos á prisa, no pudimos ménos de reparar en una casa grande y suntuosa, por cuyos cristales se escapaban torrentes de dorada luz.

Cruzando los mármoles de las escaleras y el anchuroso pátio, sostenido por delgadas y elegantes columnas de jaspe, resonaban en la calle con el silencio de la noche los acordes melodiosos de una numerosa orquesta, y por entre las colgaduras de seda, se veian pasar numerosas parejas, que se movian al compás cadencioso de una danza habanera, entónces muy poco generalizada aún.

No obstante el penetrante frio y la espesa niebla que envanecia la atmósfera de un modo muy desagradable, nos detuvimos todos ante aquella opulenta mansion.

Delante de ella habia estacionada una larga fila de

Digitized by Google

lujosos carruajes, cuyos criados, con librea, se habian agrupado para defenderse del frio en el gran pátio, adornado con hermosas estátuas, é iluminado con reverberos de gas.

—Aquí vive el banquero cubano Castelblanco, dijo uno de los que iban con nosotros, y esta noche da, sin duda, alguno de esos grandes bailes, á los que concurre lo mejor de Madrid, y cuantos extranjeros notables se encierran en él.

—He oido, en efecto, hablar de esos magníficos saraos, dijo otro de los que nos acompañaban; pero jamás he sido invitado á ninguno: es verdad tambien, que no soy amigo de la casa.

—Eso no importa nada para que V. vaya, si puede proporcionarse un billete de invitacion.

—Lo que es por este año, renuncio; está muy adelantado el invierno, y lo dejaré para el que viene, si es que me decido á ir.

—He oido hablar con mucha variedad de esa familia, dijo otro; unos dicen que el banquero es un tirano, de un carácter casi feroz; otros que él es bueno, pero que su mujer es intolerable por su vanidad

Digitized by Google

y su carácter soberbio; quien dice que la mejor de la casa es Laura, la hija mayor; quien prefiere á Humberto, el jóven más gastador y más expléndido de Madrid.

—¿No ha oido V. hablar de nadie más?

—No. ¡Ah! ahora recuerdo que hay tambien una hermana del banquero, solterona y muy fea.

—Justo; la señorita Ceferina; pero además de esa, aún hay otra persona en la familia.

—¿Otra?

—Sí, Melania: la hija menor del banquero.

—Pues de esa no he oido hablar nunca.

—Lo creo: hay muchas personas que ignoran hasta su existencia.

—Pero, ¿por qué?

—Por una razon muy sencilla: es muy fea, enfermiza y jorobada.

—¡Pobrecita!

—Sin duda á causa de esto no la dejan ver de nadie, y la pobre muchacha está, segun dicen, devorada por una profunda é incurable melancolía.

—¿Y no sale nunca de casa?

Digitized by Google

—Jamás.

—¿Ni á la iglesia?

—Segun se dice, ni áun á misa, lo cual no es extraño, porque no creo que su familia sea muy escrupulosa en materias de religion; esas gentes, que se ocupan constantemente del mundo, apénas tienen tiempo para pensar en Dios.

—¡Oh, eso sí que es bien cierto! murmuró una señora que nos acompañaba; el que vive siempre en medio del bullicio del mundo, no puede pensar en las cosas celestes, las más importantes para nosotros.

—Señores, hablando, hablando, nos olvidamos de que aquí hace un frio excesivo, y de que podemos coger una pulmonía.

—¡Es verdad! Vámonos á casa.

—Vamos.

Todos nos separamos de aquel sitio: yo con pesar, porque aquella fiesta, áun vista desde tan léjos, fascinaba mi imaginacion juvenil, y creo que muchos de los que venian conmigo pensaron mucho ménos en la pobre doliente y abandonada Melania, que en la brillante Laura.

Digitized by Google

Mucho tiempo pasó sin volver á oir hablar del banquero Castelblanco, como no fuera para oir celebrar sus festines, sus banquetes y sus bailes; pero como yo no he vivido jamás en ese mundo brillante que tantos dolores oculta bajo su manto de oro y flores, olvidaba aquel nombre así que le oia pronunciar.

De súbito desapareció de la escena del gran mundo la familia del banquero: hablóse durante algunos meses de un largo viaje hecho por aquella familia al extranjero, y luego volvió á aparecer más rica, más fastuosa que jamás lo habia estado.

Se hicieron brillantes innovaciones en el palacio; se colocaron estátuas, bronces y tapices en su interior; se renovaron las habitaciones; se cubrieron las paredes de ricos cuadros, y todo, en fin, pareció mucho más rico y opulento que ántes del viaje.

Otra innovacion causó mucha novedad á esas gentes que, no teniendo más ocupacion que la de averiguar lo que hacen los demás, tenian siempre su vista fija en el palacio de Castelblanco.

Parte de este palacio caia por el costado de la derecha sobre un callejon estrecho, que hoy lleva el

Digitized by Google

mismo nombre que llevaba, y que por cierto corresponde muy mal con su aspecto miserable, angosto y súcio.

Llámase *calle de la Rosa.*

En uno de los balcones del piso bajo de los que caian á esta calle, aparecia todas las mañanas de un estío una pálida y triste figura, mal vestida, con los cabellos en desórden y tristemente recostada en un viejo sillon.

Era Melania, la pobre jorobada, la hija menor del rico banquero, la hermana de la brillante Laura y del orgulloso Humberto.

Yo la ví allí una mañana al pasar para ir al Retiro á dar un paseo matutino, y agolpándose á mi memoria la conversacion que mucho tiempo ántes habia tenido con mis amigos, la reconocí al instante.

Habia en aquel rostro, pálido y enflaquecido, una especie de desesperacion impresa en él con una marca profunda; grandes masas de cabellos negros y desordenados caian sobre la frente de Melania, que era, más bien que hermosa, ancha é irregular; sus ojos, negros, estaban hundidos y eran duros y hura-

Digitized by Google

ños; su estatura debia ser muy pequeña á juzgar por la actitud que guardaba en su asiento, y contribuia á hacerla más la enorme joroba que se veia en su espalda.

Aquella aparicion me contristó mucho: contra mi costumbre, estuve triste todo el paseo, y á la vuelta quise pasar otra vez por delante del palacio del banquero, ó más bien, por delante del balcon de Melania.

Allí estaba aún, pálida y triste, pero no resignada; un rayo abrasador del sol de Julio caia sobre su cabeza, negra y grasienta; parecióme ver impreso sobre aquella faz el sello de una desesperacion profunda é incurable.

No sentia ni el calor de aquel rayo abrasador, ni ninguna de las molestias que trae consigo un abrumador dia de verano; su ropa era de lana, de cuadros abigarrados, súcia y casi destrozada; sus manos, flacas y amarillas, que tenia cruzadas sobre las rodillas con una actitud de amargo desaliento, estaban desaseadas y adornadas con algunas sortijas; sobre los hombros tenia un pañolon de la India de gran precio, pero ya arrugado, desteñido y viejo.

Digitized by Google

¿Qué edad podria tener aquella infeliz criatura?

No lo sé: esos pobres séres no tienen edad casi nunca.

Sin embargo, Laura era mayor que ella, y tenia sólo diez y ocho años; por esta razon calculé que Melania podria contar unos diez y seis.

Pero ¡ay! ¿dónde estaba el perfume de frescura y de pureza que parece inseparable de esta edad?

¿Dónde la alegría, la dulzura, la bondad de la primera juventud?

Allí no habia nada de eso: si acaso habia habido algun encanto, éste habia desaparecido sin dejar rastro alguno en pós de sí.

Fuerza me fué, por fin, dejar el sitio que ocupaba en frente del balcon de la pobre Melania. Retiréme á mi casa; pero todo el dia estuve muy pensativa, y por la noche no dormí.

Al amanecer del dia siguiente me despertaron algunos gemidos; asustada, me levanté y abrí la ventana de mi cuarto, que daba á un pátio interior, en el que dos alisos y una adelfa, rodeados de algunas ma-

Digitized by Google

tas de albahaca, sándalo y yerbabuena simulaban un jardinillo.

Aquel cuadrito de tierra que se regaba á mano, tenia un aspecto encantador, gracias al esmero del señor Pedro, anciano dorador en metales, que vivia en uno de los cuartos interiores de la casa inmediata á la mia.

Así que me asomé á la ventana, conocí la voz que daba los gemidos: era la de la señora Felipa, esposa del dorador, que se lamentaba de un modo desolado.

Otra dulce voz procuraba calmarla; tambien la conocí: era la de su hija Gertrudis, hermosa y simpática muchacha de diez y siete años.

—¡Hija mia, hija mia! decia la señora Felipa; ¿con que te vas á separar de nosotros? ¿Con que vas á dejar nuestro lado? ¡Ay, Dios mio! ¡Tú servir, hija mia! ¡Más quisiera comer sopas sólo, y que no te separaras de tu padre y de mí!

—Madre mia, repuso Gertrudis, aquí, en nuestra casa, gano muy poco, y tengo que comer, vestir y calzar; todo eso lo gano sirviendo.

Digitized by Google

—¡Sirviendo, Dios mío, es verdad; pero qué palabra tan cruel! ¡Servir, servir mi hija!

—¿Y qué mal hay en eso, madre mia? Todos servimos en el mundo, como dice el señor cura: la reina sirve á la nacion, porque se desvela por el bien de sus pueblos; los ministros sirven á la reina; los empleados sirven sus destinos; tú misma sirves á Dios, á mi padre y algunas veces á mí tambien, porque tengo la poca vergüenza de dejarme servir por tí.

Una pequeña carcajada acompañó á las últimas palabras de Gertrudis.

—¡Ay, Dios mio! ¡Tú echas á risa lo que tanto daño me causa! exclamó la anciana; más vale así, y supuesto que ha de ser quiero mejor verte contenta con tu suerte, infelíz.

—Vamos, mujer, no te desesperes, repuso el anciano Pedro, dirigiéndose á su mujer; no irá Gertrudis á servir, si tú te opones así á ello.

—¿Cómo que no iré? exclamó la muchacha; ¿y mi palabra, padre mio?

—Tu madre es ántes que todas las palabras del mundo, repuso severamente el viejo; ¿no estás viendo

Digitized by Google

cómo se desconsuela? Si no se conforma, yo mismo iré á dar una excusa, y no permitiré que salgas de nuestro lado.

—Padre mío, eso estaria mal hecho, repuso la jóven con entereza; cuentan conmigo... esa pobre señorita, enferma, triste y contrahecha, no halla quien la sirva, y se tendrá que estar sola quizá muchos dias.

—¿Y qué importa? Esa maldita jorobada debe tener un génio infernal.

—Así lo dicen, pero yo no lo creo.

—¿Que no lo crees?

—No, padre mio; hay en ella algo de suave, dulce y triste, que enamora los ojos y el corazon.

—La cancion de costumbre; no has de hallar jamás una persona mala. ¡Para tí todas son buenas, excelentes, generosas, sensatas!

—¿Qué importa, padre mio? ¡Así soy más feliz!

—Lo que eres así, más engañada.

—Tal vez tengas razon; mas por lo que toca á la señorita Melania, estoy segura de no engañarme.

Al oir el nombre de Melania, escuché con más atencion. Gertrudis continuó:

Digitized by Google

—¡Si vieras, padre mio, con qué voz tan dulce y afectuosa me pidió que no dejara de ir! ¡Ella!... ¡Una señorita tan rica, á mí, pobre muchacha, que debia irla á servir!

—Veo, hija, que estás empeñada en ir á esa casa, dijo la señora Felipa, y no seré yo quien me oponga más.

—No estoy empeñada, madre mia, repuso la jóven, y la prueba es que no iré si tú no quieres; ¡pero es una cosa tan hermosa el CONSOLAR AL TRISTE! ¡Y esa pobre señorita me parece que está muy triste, y me parece tambien que yo podria consolarla!

—¡Eso es! Y por consolar penas agenas y que quizá existen sólo en tu imaginacion, vas á dar un pesar á tu madre, ¿no es cierto? murmuró la madre casi vencida, pero esforzándose en aparentar un resto de mal humor.

—Ya he dicho, madre mia, que si no me dejas ir de buena gana, no iré.

—Vamos, ¿acaso sé yo negarte alguna cosa? Vete, y Dios te acompañe, como te acompañan las bendiciones de tus padres, porque eres una buena hija.

Digitized by Google

Ví á Gertrudis arrodillarse á los piés de los dos ancianos, que lloraban copiosamente; ambos pusieron sus manos sobre la hermosa cabeza de la jóven, y alzaron al cielo sus ojos bañados por el llanto.

—¡Dios te bendiga, hija mia! dijo el anciano; ¡Dios te haga dichosa y te conserve siempre á nuestro cariño!

La anciana madre repitió esta tierna fórmula, y la jóven, despues de haberlos abrazado, bajó corriendo la escalera, como temiendo que la vendiese su emocion.

Al mismo tiempo que ella salia á la calle, salí yo á un balcon, que daba sobre la puerta, y la llamé:

—¡Gertrudis!

Ella levantó la cabeza; su cara, tan linda, tan fresca y tan rosada, estaba cubierta de lágrimas.

Echó sobre el pequeño y humilde portalillo de su casa una última y dolorosa mirada, y subió á la mía, sollozando aún.

Digitized by Google

II.

—¿Qué tienes? pregunté á Gertrudis, á la que hacia mucho tiempo conocia: ¿por qué lloras así?

—¡Ay, Dios mio, señorita! respondió la muchacha: lloro porque me voy á servir para ayudar con el producto de mis salarios á mis ancianos padres, en vez de hacerles gasto como hasta aquí.

—Sin embargo, tú trabajabas dia y noche.

—Qué vale el trabajo de una mujer? Es verdad que yo me levantaba con el alba y cosia guantes hasta las doce de la noche; otras veces cosia camisas para las tiendas, ó bien bordaba pañuelos, pero ninguna de estas labores producia más de tres reales diarios, y el gasto que yo ocasiono á mis ancianos padres es mucho mayor.

Convencida de que debia tomar otro partido, me ocurrió la idea de ponerme á servir, porque á Dios gracias, sé lo bastante para servir de buena doncella;

Digitized by Google

di encargo en la vecindad, y ayer me hablaron de una casa, en la cual se busca una doncella de *poco coste* para una señorita enferma y contrahecha.

—Esa casa, ¿está en la calle de Alcalá?

—Precisamente, pero, ¿cómo sabe V...

—Esa señorita, ¿es jorobada?

—Si señora; y por esta causa no hace falta una camarera de grandes habilidades; la pobre señorita no sale, ni se da á ver nunca; así es que hay poca costura, ménos planchado, y de bordar ó componer encajes, nada absolutamente.

—¡Pero tú sabes más de lo que esa señorita necesita, y podias ganar más sueldo!

—Es cierto; pero en cambio tendria ménos libertad y tiempo para venir á ver á mis pobres padres á los que tanto quiero, y se me exigiria un trabajo más asíduo. Además...

—Gertrudis se detuvo como ruborizada y avergonzada de lo que iba á decir.

—Prosigue, dije yo como si no hubiera echado de ver su turbacion.

—Pues bien, señorita; ya sabe V. que hace cosa de

Digitized by Google

un mes tengo novio, prosiguió Gertrudis cuyas mejillas se cubrieron de un hermoso carmin.

—En efecto, recuerdo que me lo has dicho.

—Es el hijo del herrero de la esquina; un buen muchacho, que cuida y mantiene á su anciana madre, y á sus dos hermanitos pequeños.

—Ya me lo has dicho tú, repuse yo sonriendo, porque, en efecto, la entusiasta muchacha no se cansaba nunca de enumerar las buenas prendas de su novio desde que lo conocia.

—Pues bien, señorita, en esa casa hay un caballero jóven y con mucha fama de calavera, segun dicen; y como este inconveniente lo tendré casi en todas partes, me voy con esa pobre señorita que vive sola, y á quien acompañaré.

—Pues ¿qué temes tú de un caballero de esa clase, y que es muy probable que ni áun te mire?

—Yo no temo nada; pero la verdad, á Bautista no le gusta que en caso de servir, sirva más que á señoras.

—Sin embargo, es imposible, querida Gertrudis, que tú dejes de servir á todos en esa casa: ¿Cómo es

Digitized by Google

posible que esa jóven viva sola teniendo padres y hermanos?

—Pues nada es más cierto, sin embargo, señorita; vive sola en su cuarto; en él se la sirve la comida y jamás sale de su casa, porque hasta ahora no ha tenido doncella, y su madre que aún es una señora muy hermosa, y una hermana que tiene muy bella tambien, no quieren que vaya á su lado: ¡Vea V. si es desgraciada la pobrecita! ¡Yo voy contenta por eso á su lado, aunque la verdad, y á pesar de la entereza que he manifestado á mis padres, el corazon se me parte al dejarlos!

Las lágrimas sofocaron la voz de Gertrudis; pero haciendo un poderoso esfuerzo, pasó por sus ojos enrojecidos un pañuelo, se levantó de la silla donde yo la habia sentado, y añadió:

—Vaya señorita, ya es hora de que yo vaya á cumplir con mi deber; pida V. á Dios que me dé valor.

—Se lo pediré, querida Gertrudis, y él te lo dará porque vas á hacer una obra de caridad: vas á ¡CONSOLAR AL TRISTE!

Digitized by Google

—Eso no es ningun mérito, señorita, porque yo necesito servir.

—Bien, pero podrias servir en otra casa donde ganases más; podias buscar otra cosa que te ofreciera mayores distracciones.

—Prefiero ésta á todas.

—Ya lo veo, y por eso te digo que Dios te dará valor para poder llevar á cabo esa obra de misericordia.

—¡Hágalo Dios!

Gertrudis, al decir estas palabras, miro por última vez á la pobre y angosta ventanilla de la casa de sus padres, y luego me dijo, arreglando sobre su pecho los pliegues de su mantilla de seda.

—Adios, señorita.

—Adios, Gertrudis, repuse yo, y ven á verme alguna vez, pues ya sabes cuánto me intereso por tu suerte.

La jóven bajó la escalera, y yo me coloqué en mi ventana para verla salir.

Lo primero que hizo al pisar la calle, fué mirar á su casa; sus padres, faltos sin duda de valor para ver-

Digitized by Google

la partir, no habian querido asomarse á la ventana, y se oia el confuso rumor de los sollozos de su madre, dentro de la habitacion.

Gertrudis, absorta en su pena, caminaba lentamente y con la cabeza baja; al llegar á la esquina de la calle se detuvo, pues en el umbral de la herrería de Bautista estaba su anciana madre.

—¿Con qué ya te vas, hija mia? la preguntó afectuosamente la anciana.

—Si, señora, respondio Gertrudis, á cuyos ojos volvieron á acudir las lágrimas.

—Vamos, vamos, buen ánimo; ven acá Bautista para que digas adios á esta pobre desconsolada.

Y la buena madre se alejó riendo, entrando en la tienda.

Pronto apareció en el umbral el herrero: era un guapo muchacho, alto, moreno, de rasgados ojos negros y abundantes cabellos del mismo color; llevaba un pantalon de paño, color de bronce, y una blusa azul, ennegrecida con el humo de la frágua.

—Vamos, ¿á qué viene llorar así, mi querida Gertrudis? le preguntó tomándola afectuosamente la mano;

Digitized by Google

¿no sabes que nos hemos de casar dentro de dos años? además, ¿no te dá valor el pensar que haces un sacrificio por tus padres?

—No puedo evitar el afligirme al dejarlos, contestó la jóven.

—Eso es muy justo; pero vamos, enjúgate los ojos y vete, que es tarde; ya nos veremos el primer rato que tengas permiso para venir á ver á los que tanto te queremos.

Bautista dijo estas palabras con entereza, y estrechando de nuevo la mano de su novia, que soltó en seguida, ésta le dirigió una última mirada, y se marchó con paso apresurado.

Ya trasponia ella la otra esquina de la calle, cuando volvió á aparecer en la puerta de la herrería la madre de Bautista; ésta seguia aún con los ojos la figura esbelta y graciosa de Gertrudis.

Cuando traspuso la esquina, el herrero dejó escapar un doloroso suspiro; ella le habia hecho con su blanco pañuelo una última señal de despedida.

—Vamos, dijo la madre de Bautista, no he querido salir ántes, hijo mio, por no estorbaros; pero, ¡que veo!

Digitized by Google

¡estás triste! ¡lloras! ¡ea, ánimo! que Dios ayuda siempre á los buenos hijos, y á los jóvenes laboriosos, modestos y virtuosos como Gertrudis y como tú; ahora voy á ver á los padres de esa pobre niña, pues Dios quiere que *consolemos al triste:* dichas estas palabras, cruzó la buena anciana la calle y subio á casa de los padres de Gertrudis.

III.

Durante tres años, perdí de vista á Gertrudis, á sus padres, á la familia del herrero, y hasta á la casa en que habia entrado para servir á la pobre Melania.

Una sucesiva encadenacion de sucesos, tan imposible de remediar como de preveer, habia embargado todas las horas, todos los instantes de mi vida, un viaje, muy pocas alegrias y muchos pesares, habian ocupado todo mi tiempo; un dia en que con el espíritu contristado me paseaba por un paraje solitario, oí cerca de mí una voz dulce y femenina que creia reconocer;

Digitized by Google

me volví y por un sendero que se extendia á mi izquierda, ví dos jóvenes de distinto sexo que se paseaban, hablando y riendo alegremente.

Ella era de estatura mediana y esbelta y de formas llenas de armonía y de gracia; llevaba un traje de lanilla oscura, un pañolon de lana de cuadros, y una mantilla de raso con guarniciones de tul dorado.

El vestia el modesto traje de artesano; chaqueta y pantalon negro, camisa blanca como la nieve, corbata de seda, y gorra de paño negro con visera; era alto, moreno y tenia hermosos y rizados cabellos brillantes como el ébano.

Acerquéme á ellos y dije á media voz:

—¡Gertrudis!

Volvióse la jóven, me miró un instante, y luego corrió hácia mí, exclamando con júbilo.

—¡Señorita! ¡Mi querida señorita!

—No quiero preguntarte si eres felíz, mi querida Gertrudis, dije yo despues de haberla contemplado algunos instantes con un secreto placer; la dicha está escrita en tu semblante con imborrables caractéres.

Digitized by Google

—¡Sí! respondió la jóven, dejando escapar de sus lábios una placentera sonrisa; ¡sí, señorita! ¡Gracias á Dios soy dichosa, completamente dichosa! Me he casado hace tres meses con Bautista; lo pasamos con holgura, gracias á su trabajo, y estamos rodeados de una numerosa familia, que nos ama y nos bendice.

—¿De una larga familia?

—Sí, señorita; viven con nosotros su madre, sus dos hermanitos, mis padres, y además, mi buena señorita Melania.

—¡Cómo! ¡Melania, la hija del rico banquero vive con vosotros! exclamé yo en el colmo de la admiracion.

—Sí, señora.

—¿Ha perdido acaso á sus padres?

—Los dos han muerto.

—¿Y sus hermanos tambien?

—Esos viven los dos, pero para nada se acuerdan de la pobre jorobada; y á no ser por una renta muy mediana que la dejó asegurada su padre, á quien sin duda tocó Dios en el alma á la hora de su muerte,

Digitized by Google

la pobre señorita dependeria absolutamente de nosotros.

—Y casi desearia yo que así fuera, dijo Bautista; es tan buena, que debe considerarse como una felicidad el poder hacer algo por ella.

—Y, sin embargo, la desgraciada niña ha estado muy cerca de matarse, dijo Gertrudis sin poder contener un extremecimiento en todo su cuerpo.

—¡Será posible! exclamé yo.

—Nada hay más cierto, señorita; cuando yo fuí á su casa, tenia el empeño decidido de quitarse la vida.

—Pero, ¿por qué?

—Porque era muy desgraciada y estaba dominada por una profunda tristeza; pero esta es una triste historia, y además un poco larga.

—Que, sin embargo, tendria yo un gran gusto en oir.

—¿De veras?

—Sí por cierto.

—Pues tiene poco de particular, sobre todo para usted, que tan lindas las inventa para los libros que escribe.

Digitized by Google

—¿Quién sabe si esa valdrá tambien para ponerla en algun libro!

—¡Bah!... ¡Imposible!

—Sin embargo, mujer, cuéntasela á la señorita, pues debes complacerla ya que tiene la bondad de interesarse tanto por nosotros, dijo Bautista con aquella mezcla de gravedad y de cortesía, de candor y austeridad tan propia de su carácter.

—Lo haré así, si la complazco de ese modo, dijo Gertrudis; pero eso ha de ser con una condicion.

—¿Cómo, querida mia, me pones condiciones?

—¡Ya se vé que sí!

—Veámoslas.

—Es una sóla, como ya he dicho, y ésta es que venga V. mañana á pasar un par de horas en nuestra pobre casita, para que vea lo dichosos que vivimos.

—Aceptada la condicion, porque me gusta mucho ver la dicha agena, y más la tuya.

—Pues está dicho; luego, otra tarde, que será la primera que yo pueda, iré á ver á V. á mi vez, y le contaré cuanto ha sucedido; pero para que admire mi narracion quiero que vea ántes la trasformacion que,

Digitized by Google

segun la señorita Melania y el señor cura, mi confesor, he sabido yo obrar.

—¿Sabes, Gertrudis, que me parece te has hecho algo vanidosilla?

—Tal vez es eso verdad, y no hay que extrañarlo, señorita; porque como todos me adulan y me miman... pero, en fin, V. verá y juzgará.

—Ya se vé que veré, y mañana mismo; pero, ahora, ¡adios!...

—¡Adios, señorita, y hasta mañana!

El jóven matrimonio se separó de mí, y yo quedé muy llena de curiosidad, pues deseaba mucho ver de cerca á la pobre jorobada, que tanto me habia interesado de léjos.

IV.

A las tres de la tarde del siguiente dia, entraba yo en la modesta casa de Gertrudis.

Esta, y toda su familia, ó más bien las dos familias, habitaban ahora la casa de la herrería; pero á la

Digitized by Google

pequeña habitacion que ántes ocupaba el herrero, su madre y sus hermanas, se habia añadido otra contígua, que hacia una muy grande.

Lo primero que se hallaba al subir la escalera, era un descanso pequeño, cuyas dos ventanas—que daban á un pátio—tenian por adorno dos grandes macetas.

Pero, ¡qué macetas tan extraordinarias, y cuánto llamaban la atencion de cuantos las miraban!

Para explicar á mis lectores lo que acabo de decir, que quizá les parecerá incomprensible, debo darles una explicacion, y ésta la empezaré asegurándoles que formaban entre sí el más extraño contraste.

La una era de rica y costosa porcelana del Japon, esmaltada, como saben hacerlo los chinos, de pájaros azules, arbustos de oro y pálidas rosas, entre las cuales se destacaban delicados racimos de nevadas y casi aéreas flores.

Era aquel recipiente—que parecia robado al gabinete de Luis XIV de Francia—grande, cóncavo y alto, asemejándose á un jarron colosal y de dibujo puro romano y de antigua forma; tenia á cada lado un asa,

Digitized by Google

figuradas por negros racimos de uvas, con ramaje verde de esmeralda, que bajaban hasta la mitad de su altura.

Aquella preciosa joya—pues era en verdad una joya artística—estaba llena de tierra oscura y sustentaba, en su cavidad, un arbusto casi tan precioso como ella.

Era un árbol de camelias, mitad blancas como la nieve, y mitad encendidas y puras como el coral-rosa, signo seguro de haber sido ingertado por una mano maestra en el difícil arte de la floricultura.

Las camelias eran grandes, hermosísimas, frescas; sus apretadas hojas parecian de terciopelo rosado, ó bien de cera batida, agrupadas con el cuidado más exquisito.

El pomposo verdor de su ramaje ostentaba, como otras tantas suaves y abrillantadas estrellas, ocho ó diez camelias, cada una de las cuales bien podria valer en aquel frio dia de Marzo una moneda de oro de cien reales.

Pero léjos de ser estimadas en lo que valian aquellas preciosas flores, no eran ni áun admiradas por

Digitized by Google

nadie, y se abrian, vivian y morian sin más testigos de su belleza que el aire del pequeño pátio, sobre el cual se abria la ventana, que les servia de aposento.

Aquella maceta, ó mejor aquel jarron, parecia allí una reina destronada y encerrada en un calabozo, bien que ostentando aún en las sienes su corona de oro, y en sus hombros el manto real.

En la otra ventana habia un pobre tiesto de barro, húmedo, fresco y encarnado, que parecia un esclavo suyo; era tambien grande y parecia nuevo, ó cuidado al ménos con esmero sumo: ningun adorno tenia, y sólo en uno de sus costados veíase grabado este nombre con letras negras, que empezaban á borrarse á impulsos sin duda de la humedad:

MELANIA.

Abrigábanse en el seno de aquella humilde maceta las robustas raíces de una colosal mata de albahaca, tan verde, tan pomposa, tan robusta, tan llena, en fin, de sávia y de lozanía, que su aroma bastaba á perfumar toda la casa.

Era aquella planta de hojas anchas, lustrosas y ater-

Digitized by Google

ciopeladas en su parte superior, que formaba un hermoso plumero; las guías inferiores eran de hojitas más pequeñas y más finas, pero numerosas ó más bien innumerables.

El olor que anunciaba la existencia de aquella planta, aquel olor humilde y grato á la vez, y á la vez penetrante y suave, embalsamaba la atmósfera desde que se entraba en el pequeño pátio, corria por la escalera y se difundia por todo el resto de la casa hasta las más elevadas é interiores habitaciones.

En cambio, para adivinar la existencia magnífica de aquel suntuoso nido de camelias, que no hubiera desdeñado para formar su *bouquet* una hermosa y jóven reina, habia que pasar por su lado, pues aquellas flores inodoras, ninguna sensacion agradable ó consoladora dejaban en pós de sí; su belleza era fria y helada, como su cáliz inanimado y mudo.

Desde la pequeña antesala, cuyo principal y único adorno eran las dos macetas que acabo de describir tan minuciosamente, y que estaban colocadas en el antepecho de la ventana, se pasaba á una salita pequeña y cuadrada, pero aseada y alegre. Esta pequeña sala

Digitized by Google

tenia dos alcobas; en la una habia un gran lécho matrimonial de remota fecha, ocupado á la sazon por la madre de Bautista, viuda ya desde hacia muchos años; aquella cama era limpia, buena, y estaba mullidá con sumo esmero; un grueso jergon y dos colchones, que no eran más delgados, cubiertos con excelentes sábanas de hilo, una buena manta de pelo largo y afelpado, y con una colcha de percal rameado, componian su admirable volúmen; sobre las blancas almohadas, con festoneadas guarniciones que le coronaban, se veia fija en la pared una cruz de madera negra, de tres cuartas de alta, con remates de hueso blanco, que sostenia un cruzifijo, tambien de hueso, amarillento por la influencia de los tiempos.

Bajo esta imágen sagrada se cruzaban, sujetas al pié de la cruz, un ramito de palma bendita y otro de siempre vivas.

Más abajo de la cruz habia una pililla de loza azul y blanca, que contenia agua bendita.

A los piés, se veia un gran armario de pino pintado de color oscuro, y al lado izquierdo del lecho, en el hueco que quedaba entre la cama y la pared, un

Digitized by Google

arcon de encina oscura, ó más bien negra, uno de esos arcones del siglo pasado, y que aunque los usaban nuestros abuelos, eran propios más bien de las gentes artesanas.

A la derecha del lecho habia una mesita de noche, muy vieja ya, y muy desbarnizada, pero conservada con cuidado y que atestiguaba los hábitos de pulcritud y decencia de la habitadora del dormitorio que, como ya he dicho, era la madre del jóven herrero Bautista.

La otra alcoba estaba ocupada por sus dos hijas Carlota y Lucía; estas dos niñas contaban, doce años la una, y la otra, catorce. Carlota, la mayor, era esbelta, algo morena, y tenia, como su hermano, negros los ojos y los cabellos.

Habia en su cara algo de retozon vivo y espiritual que llamaba mucho la atencion y que impresionaba agradablemente á los que la miraban.

Su estatura prometia ya ser alta; llevaba un humilde vestido de indiana azul, un pañuelo de seda al cuello y un delantalillo de tafetan negro muy usado ya, y que sin duda habia sido cortado de algun viejo vestido

Digitized by Google

Lucía hubiera podido pasar por una hija de Albion, áun dentro de los confines de aquel nebuloso reino; dos masas de cabellos rúbios y sedosos se partian sobre una frente admirable por su nobleza y su tersura; tenia grandes ojos celestes que brillaban bajo dos cejas color de castaña y entre largas pestañas más oscuras que el cabello.

Era blanca y rosada, advirtiéndose en el satinado de su tez, toda la frescura inocente de la infancia.

Las facciones de Lucía, móviles y delicadas, reflejaban todas sus sensaciones; no podia oir contar una accion generosa sin ponerse alternativamente pálida y encendida, y sin que sus ojos se llenasen de lágrimas; era más dulce, más risueña que su hermana; pero, en cambio, Carlota tenia más energía, más actividad, más valor, más decision.

La señora Felipa adoraba á sus dos hijas, y su hijo Bautista idolatraba tanto, por lo ménos, como su madre, á sus hermanitas; pero las niñas jamás se habian envanecido ni abusado de aquel extremado cacariño, y jamás se han podido imaginar criaturas más sumisas y cariñosas.

Digitized by Google

Las dos ganaban ya, segun la expresion de las pobres gentes obreras *el pan que comian*, y áun algo más, porque las dos comian como dos pajaritos; así es que ganaban tambien sus humildes vestidos de indiana, sus pañolitos de seda y el traje de lanilla que usaban los domingos.

Carlota trabajaba en un lujoso almacen de calzado, en el cual ribeteaba, desde las seis de la mañana á las ocho de la noche, elegantes brodequines, cuya ímproba tarea la producia tres reales diarios.

Lucía estaba haciendo su aprendizaje con una florista francesa, y ganaba el mismo jornal por cortar las hojas de las flores, que luego adornaban en los saráos los cabellos de las grandes señoras.

Lucía ganaba tres reales solamente, pues la francesa, tan avara como todas la de su nacion, sacaba todo el partido posible de la pobre y hermosa niña española, ponderando despues la habilidad y gracia de sus oficialas compatriotas.

Pero la índole de Lucía era tan suave, tan dulce, tan angelical, que aquella arpía no tenia poder para alterarla.

Digitized by Google

Era la primera que iba al taller, la que trabajaba con más asiduidad y la última que se retiraba.

Jamás se quejaba de las rudas tareas que la imponian; y si alguna vez una reconvencion injusta la arrancaban lágrimas, presto una dulce sonrisa se mezclaba á su lloro, y decia para sí:

—¡Suframos, que al llegar á casa me abrazará mi madre!

La señora Felipa ponia los jornales de las dos niñas en una caja con llave, que luego colocaba en un rincon de su grande arca de encina; aquel dinero, ganado por las manos de sus inocentes hijas, era para ella lo más sagrado que existia en el mundo.

En aquella caja entraban tambien otras muchas monedas. Felipa hacia calcetas y cosia lo que permitia su vista cansada; y cada sábado por la noche, Bautista ponia en la mano de su madre treinta hermosas pesetas, y le decia:

—Madre, ahí va para la olla.

Antes de casarse Bautista le daba á su madre cuanto ganaba; pero lo que ganaba era muy poco más,

Digitized by Google

y aquello poco lo guardaba Gertrudis para vestirse ambos.

Bautista contaba para la manutencion á peseta por estómago, que aunque separadas eran poco, reunidas formaban una suma regular; la madre, el matrimonio y las dos niñas reunian al cabo de la semana treinta pesetas.

El primer sábado que despues de casado entregó el herrero á su madre la suma antedicha, la buena Felipa le miró atónita.

—¡Cómo! dijo: ¿No gobernará ahora Gertrudis?

—¿Para que hemos de cambiar de gobernadora, siendo tan buena la que hay? preguntó sonriendo la jóven.

—Sin embargo, hija mia, tú eres el ama de todo.

—Miéntras V. viva, madre mia, no hay más ama que V.

—Pero, ¿qué dirá tu madre, hija, viviendo con nosotros, y gobernando yo, y ella no?

—¿Qué ha de decir? Yo pienso que se alegrará porque así estará más descansada; pero si vemos que lo toma á mal, se puede hacer otra cosa.

Digitized by Google

—¿Qué cosa?

—Llevarán ustedes el gobierno una semana cada una.

—¡Eso es lo mejor! ¡gritó la buena Felipa dando palmadas; sí, una semana cada una! No quisiera ofender por nada del mundo á tu buena madre, que hace veinticinco años es mi mejor amiga.

El arreglo quedó hecho por entónces; pero aún se suscitaron nuevas cuestiones.

Felipa miró el dinero que le habia dado su hijo, lo contó con gesto de asombro, y tomando doce pesetas las devolvió á Bautista.

—¿Qué es esto? preguntó el jóven.

—¿Qué ha de ser? que me pagas el alimento de las niñas, y eso no es justo.

—¿Cómo, que no es justo?

—¡Como, que no lo es! ¡No faltaba más sino que ahora que te has casado, siguieras con los mismos cargos!

—Pero, madre mia...

—¡Nada, Nada! Las dos niñas ganan ya para ellas.

Digitized by Google

—Madre mia, respondió Bautista separando suavemente la mano en que la anciana le alargaba las monedas; madre, lo que ganan las niñas quiero yo que se lo guarden para ellas; bastante siento el no poderles dar además un buen dote el dia que se casen.

—¡Pero hijo, tú tienes tu mujer; un hombre casado no es como un muchacho soltero!

—A Dios gracias, madre mia, tengo aún buena sasalud y buen ánimo para mantener á todos; está dicho; quiero mantener á las niñas, y además cuidado con que las deje V. carecer, por no pedir dinero, de la ropa que necesiten; cuando hay urgencias se toman tres ó cuatro horas del sueño, y todo se remedia.

Así se quedaron las cosas.

Además de las treinta pesetas que recibia de su hijo, cada semana le daba á Felipa el dorador, padre de Gertrudis, diez y ocho más; el honrado anciano pagaba seis reales por él y seis por su mujer, y vivian todos en familia.

De este modo, cada sábado reunia la señora Felipa nueve duros y tres pesetas sólo para comer, pues el

Digitized by Google

alquiler de la casa lo pagaban mitad Bautista, y otra mitad el tio Pedro el dorador.

La niñas se vestian de sus jornales; y de cuando en cuando, Gertrudis, que cosia y bordaba para una tienda de lujo, ponia una pieza de veinte reales en la mano de su suegra y le decia:

Esto para ayuda de un vestido de las niñas.

Era de ver la paz octaviana, la admirable ármonía de aquella honrada y numerosa familia; cada uno atendia á su deber, y todos estaban contentos y satisfechos.

Al anochecer, salia la señora Felipa, despues de dejar hecha su cena, á buscar sus hijas.

Las dos niñas eran los últimos frutos de su matrimonio, y las amaba como al encanto de su vejéz, como á dos preciosas flores que Dios le habia enviado para consolar su viudez y embalsamar su ancianidad.

Cuando salia de su casa, pasaba por el almacen de calzado y recogia á Carlota; luego se iba con ella á buscar á Lucía á casa de la florista.

Cuando llegaban, dejaba Gertrudis su bordado, el señor Pedro sus dorados, Bautista su frágua, y la se-

Digitized by Google

ñora Felipa salia con la cena, que colocaba sobre la mesa, cubierta con un blanco mantel.

Cuando la señora Felipa estaba *de semana*, era la señora Nicolasa la que iba en busca de las niñas, á las que amaba como si tambien fueran hijas suyas.

Algunas tardes, en que la laboriosa Gertrudis concluia su tarea más pronto de lo que pensaba, queria ir ella á recoger las niñas; pero las dos ancianas se echaban á reir y la decian:

—¡Vaya un aya respetable! ¿Sabes, hija, que tú necesitas más compañía que ellas?

—¿Yo?... ¿Por qué?

—Porque tú eres una hermosa muchacha, y ellas son sólo dos lindas chiquillas; cuando te quieras pasear vete con tu marido.

Pero volvamos á la descripcion de la casa, que he olvidado hace algun tiempo, para ocuparme en pintar los delicados tipos y el tranquilo bienestar de aquella familia, ó más bien, de aquellas dos familias.

En la otra alcoba de la sala, ocupada por la madre de Bautista, dormian Carlota y Lucía en dos cami-

Digitized by Google

tas de tijera, limpias é iguales, vestidas, como la de su madre, de blanco lienzo, y colchas azúles con rayas color de naranja.

Dentro de aquella salita habia otra que tenia una alcoba sóla, ocupada por Bautista y su esposa, y más adentro otra algo mayor y con alcoba tambien, donde dormian el Sr. Pedro y su mujer.

En frente de la alcoba de aquel aposento habia una pequeña puerta, cubierta con una espesa cortina de lana, que llevaba á la habitacion de Melania.

Al levantar aquel tapíz, al abrir aquella puerta, sentí una grata impresion de plácido bienestar.

Era una habitacion lindísima, de regulares dimensiones, y adornada y preparada sin duda alguna por una mano cariñosa é inteligente.

En vez de papel cubria las paredes una tela de lana y seda grís claro, con lunarcitos color de rosa.

Cortinas de seda rosa y muselina blanca caian delante de la ventana y de la puerta por su parte interior; la sillería era de limonero con tapicería de raso color de rosa.

Todo el frontis de la puerta estaba ocupado por

Digitized by Google

cinco delgadas columnas, cerradas entre sí por cortinas de seda rosa.

Tres daban paso á la alcoba.

Dos al gabinete de tocador.

En la alcoba habia un pequeño lecho, de acero y bronce, con colgaduras de muselina blanca, sujetas con cinta rosa, cogida en grandes lazos; un reclinatorio, coronado por un crucifijo, y una cómoda antigua.

En el gabinete de tocador se veia un pequeño ropero con puerta de espejo; un lavabo, de mármol y caoba; una mesa de tocador, con colgaduras de muselina, y algunas sillas ligeras, con más, un sillon con asiento de cerda oscuro delante de la mesa de peinar.

Cuando yo entré, estaba Melania sentada inmediata á la ventana, y leia en un libro devoto, único que podia convenir á aquella alma triste y melancólica.

La hallé mucho más bella que lo que me habia parecido el dia que la divisé en su balcon, bien fuese que hubiera mejorado, bien que la mayor tranquilidad

Digitized by Google

de su alma reflejase cierto encanto apacible en sus facciones.

Siempre estaba muy pálida; siempre se veia una tristeza profunda é incurable grabada sobre su frente; pero sus hermosos cabellos negros estaban recogidos en gruesas y bruñidas trenzas, prendidas con extrema sencillez, pero tambien con extrema gracia.

Tenia puesto un traje grís de lana dulce, y un cuello de tul bordado; por debajo de los pliegues de su vestido salian sus piececitos calzados con botines de saten negro.

Al verme entrar se levantó con finura y cortesía.

—Pido á V. perdon, señorita, la dije, si indiscretamente vengo á incomodarla. Gertrudis ha querido enseñarme toda la casa, y yo ignoraba que se hallase usted en ella.

—Gertrudis entra aquí siempre que quiere, me respondió Melania con una voz dulce y armoniosa; y usted, señora, muy léjos de incomodarme, me hace sumo favor en venir á mi cuarto.

Dichas estas palabras me ofreció su propio asiento,

Digitized by Google

que era un silloncito elegante y guarnecido de flecos y borlas.

Entónces pude verla mejor, y contemplar la deformidad de su figura que, á la verdad, tenia más de triste que de repugnante; porque lo que es antipático, nace más bien de los malos instintos del carácter, que de los defectos físicos.

No hay ninguna persona que, siendo buena parezca desagrable, por muy desfavorecida que la haya hecho la naturaleza, porque la bondad del alma se refleja en el cuerpo como una hermosa y plácida luz.

Durante algunos minutos permanecí al lado de Melania de Castelblanco: habia en su lenguaje y en sus maneras algo de la indolencia y de la gracia americana; pensaba y sentia con viveza; pero aún quedaba en ella, de sus pasados dolores, una como timidez dolorosa, melancólica y desconfiada.

Temiendo ser importuna, y comprendiendo que aquella primera visita no podia prolongarse, la dejé en breve; me ofreció su casa, y que vendria á verme, con frases del mejor tono.

Digitized by Google

En efecto, algunos dias despues me cumplió su palabra, y tres meses habian pasado apénas, cuando ya nos unia una íntima y tierna amistad.

Una apacible tarde de primavera, en que nos hallábamos sentadas junto á la ventana de su cuarto, que caia al jardinillo de los alisos, del que hablé al principio de esta narracion, me pareció Melania más melancólica y más pensativa que de costumbre.

Las dos habíamos estado bordando desde hacia largo rato; mas al desaparecer el sol tras de las altas tápias del jardinillo, Melania dejó caer su tapicería sobre las rodillas; elevó al cielo sus grandes ojos negros con una ternura infinita, y murmuró á media voz:

—¡Dios mio, es una ofensa á tu bondad el que yo me queje, cuando soy tan felíz!

Al decir estas palabras, rodó una ancha lágrima por su mejilla.

—¿Qué es eso, amiga mia, la pregunté; qué tristes pensamientos te hacen sufrir?

—¡Ay! me respondió, bajando sus ojos del cielo para fijarlos en los dolores de la tierra; ¡ay, tengo re-

Digitized by Google

cuerdos bien dolorosos y momentos de amarga tristeza! ¡Mis padres, que no se acuerdan de mí! ¡Mi hermana, que se ha olvidado de que existo! ¡Mi hermano, que lleva en tierra extranjera una vida de disipacion y de lujo, en tanto que yo vivo, ó más bien vejeto, como me ha sucedido toda mi vida, en una medianía tan cercana á la pobreza! Todo esto, amiga mia, ¿no son motivos bastantes para que yo sufra y pase muchas horas entregada al llanto?

—Pero esta buena familia que tanto te quiere, ¿no basta para consolarte?

—Algunas veces, no; me respondió la pobre jóven con desaliento; sus ideas, sus costumbres, su educacion no son las mias.

Aquí he vejetado muchos meses, pero no he vivido; y si la bondad de Dios no me hubiera concedido tu afecto y tu amistad, quizá, ó más bien seguramente, hubiera muerto.

—Esta no te faltará nunca, la dije abrazándola; pero, añadí, ¿por qué esa indiferencia de parte de tu familia? ¿Qué has hecho tú á tus padres y á tus hermanos, pobre Melania?

Digitized by Google

—¿Qué he hecho? En primer lugar, costar la vida á mi madre.

—¡Cómo!... ¿Pues no la tienes?

—¡No! Murió al darme á luz, y esta fué mi primera desgracia, que nació conmigo.

—Pero, ¿y esa señora, tan bella aún, tan lujosa?...

—Es la segunda esposa de mi padre; para éste era sobrado delito el haberle robado una esposa á quien adoraba, y tenia además el de ser fea y contrahecha, lo que tambien me robó el afecto y las simpatías de mis hermanos; es una historia muy dolorosa, pero que voy á referirte; escucha.

Melania se recogió durante algunos momentos; en tanto que estaba así, como replegada en sí misma, leia yo en su semblante lo doloroso de sus recuerdos; despues de un breve rato, cruzó las dos manos sobre las rodillas con una actitud llena de modestia decente y cándida, que la era peculiar, y me habló de esta suerte:

Digitized by Google

V.

—«Voy á cumplir veinte años dentro de dos meses, y durante este largo período puedo contar sólo trece meses, si no de dicha, al ménos de tranquilidad: estos trece meses son los que hace me refugié al lado de esta buena familia.

»Mi padre era ya rico cuando casó con una señorita pobre, pero de una familia distinguida, y distinguida ella misma por su esmerada educacion y por su mucho talento.

»No era muy bella, segun dicen, pero en cambio poseia esa gracia exquisita y perfecta que no se aprende ni se adquiere, porque es como un dote que Dios concede á algunas criaturas privilegiadas, cuyo número es siempre muy reducido.

»Todo en mi madre era, segun aseguran, noble, atractivo, agradable; y Laura salió agraciada con todas las perfecciones que brillaban en ella, y al mismo tiempo con la belleza verdaderamente notable de mi padre.

Digitized by Google

»Es verdad que en vez de la angelical suavidad de aquella que nos llevó en su seno, fué dotada tambien con el carácter duro, violento é inflexible de nuestro padre; pero estos defectos, ó se ocultan bajo el velo de la niñez, ó aunque se descubran, es siempre, durante los primeros años, de una manera muy ligera é imperfecta.

»No creas que es una acusacion injusta la que formulo contra mi padre al hablar de la dureza de su carácter; sólo estando dotado tan funestamente, pudiera haberme conservado tan profunda é inalterable aversion por una desgracia de que fuí la causa inocente.»

Los ojos de Melania se arrasaron de lágrimas al llegar á esta parte de su narracion; dejéla yo algunos instantes para que recobrase alguna tranquilidad, y luego prosiguió:

—«Humberto fué el primer hijo que nació de aquel matrimonio, tan feliz como podia serlo, atendido el carácter brusco y dominante de mi padre, y la suavidad angelical de su esposa; pero cuando he hablado de felicidad, he dicho mal: en aquella union no habia más

Digitized by Google

que paz, y ésta se conquistaba por una abnegacion profunda, constante y silenciosa de parte de mi pobre madre: eran, el huracan que azotaba, y la caña flexible que se doblegaba siempre; sin embargo, mi padre amaba con pasion á aquella esposa dócil, sumisa, tierna y hermosa: á aquella compañera amante, previsora, que sufria sus arranques, prevenia sus deseos y derramaba sobre su casa los encantos de su poético carácter.

»Naturalmente intolerante, tenia pocas simpatías; sólo gustaba de su mujer y de su hijo; sólo al lado de éstos hallaba encantos y bienestar.

»Cuando nació Laura se sintió más felíz, porque se presentó á sus ojos hermosa como una estrella; púsosela este nombre por ser tambien el de mi madre, y el cielo de las Antillas reflejó todos sus encantos sobre la frente de mi bella hermana.

»Ya contaba ésta dos años cuando un dia, asistiendo mis padres al teatro, ocupó un sillon situado bajo su palco, un jorobado horriblemente feo; aquel hombre clavó osadamente sus ojos en el gracioso y suave semblante de mi madre, y ésta, al separar sus ojos de la

Digitized by Google

escena, los fijó casualmente en la monstruosa figura del hombre del sillon.

»Sobrecogióla un terror mortal, y sintió dentro de sí misma un extremecimiento terrible; pero el jorobado contestó con una risa insultante y sarcástica á aquel ademan de repulsion y de susto.

—»Amigo mio, retirémonos, dijo mi madre á su esposo: me siento mal.

—»¡Bah!... ¡Niñerías! ¿Quieres privarme de lo mejor del drama? ¡Parece que te has propuesto contrariarme en todos mis gustos!

»Mi madre calló, segun su costumbre, y separó sus ojos del terrible jorobado; pero los ojos de aquel sér informe la perseguian sin cesar. Despues me ha contado aquella escena mi nodriza, á quien mi madre se la habia referido á su vez, y á pesar de ser yo aún muy niña, temblaba de frio y de emocion.

»Dejaron, por fin, el teatro al terminarse la funcion, y mi madre, que se hallaba ya en los últimos dias de su embarazo, me dió á luz al siguiente entre terribles dolores.

»Sus impresiones en aquella noche funesta fueron

Digitized by Google

tan fuertes, que nací deforme, y ella murió seis horas despues de darme la vida.

»La desesperacion de mi padre fué inmensa, y se expresó de un modo tan violento como su carácter: me han contado, ¡y ojalá me lo hubieran dejado ignorar! que me tomó de mi cuna y quiso matarme, arrojándome contra la pared, porque me acusaba de la muerte de mi madre; pero uno de los amigos que le acompañaban me arrebató á sus manos, y mandó que me sacaran de la presencia de mi padre.

»No volví yo á ella hasta pasado mucho tiempo; vivia en la habitacion de mi nodriza, y sólo á ella veia, porque mis hermanos eran pequeños y ni siquiera me habian visto una sola vez.

»Ya tenia yo cinco años cuando mi nodriza, pobre mújer que al verme tan abandonada de todos lloraba de pena, probó á llevarme al cuarto de mi padre. ¡Toda mi vida recordaré con terror aquella escena!

»Mi padre trabajaba sentado á su bufete: escribia rápidamente en una hoja de papel, cuando la puerta se abrió haciendo un poco de ruido.

Digitized by Google

»Alzó la cabeza y nos vió en el marco de la puerta á mi nodriza y á mí.

»A mi nodriza, pobre mujer ya viéjá, pues nadie se habia cuidado de buscar en la que me diera el primer alimento las condiciones necesarias de juventud y de frescura.

»A mí, desgraciada y deforme criatura, que á la edad de cinco años apénas aparentaba tres.

»Mi padre levantó, como digo, la cabeza; fijó sobre nosotras una mirada de irritado asombro, y preguntó duramente:

—»¿Qué hay?

—»Señor, respondió la pobre Casilda con acento balbuciente, he traido á la niña, y...

—»¡Ya lo veo! ¿Y qué?

—»¡Ella queria ver á V.!

—»Ya me ha visto, pues; puede V. volvérsela á llevar.

»Y mi padre, que no me habia mirado aún, volvió á inclinarse sobre su trabajo.

»Casilda permaneció inmóvil: despues de algunos instantes volvió mi padre á levantar la cabeza;

Digitized by Google

fijó una mirada terrible sobre la nodriza, y exclamó:

—»¿Aún está V. aquí?

—»Es que, querido señor, se atrevió á decir Casilda, yo queria decir á V. que...

—»¿Vamos, qué?

—»Que... ¡válgame Dios, si no me atrevo!

»Mi padre hirió el suelo con su pié lleno de impaciencia.

—»Pues bien, señor, prosiguió Casilda amedrentada, venia á decir á V. que esta pobrecita niña no tiene ropa.

—»¿Y á mí que me dice V. de eso?

—»¡Ay, Dios! ¿Pues á quién lo debo decir?

—»A mi administrador que le dé á V. para hacerla un vestido: uno sólo, ¿estamos?

—»Pero, señor, ¡uno sólo es muy poco!

—»Pues no doy para más; para este mónstruo basta con eso.

—»¡Pero, señor!...

—»¡Ea, basta! ¡Salga V. de aquí! No puedo soportar por más tiempo su charla insufrible.

—»¡Pero, señor, esta niña es de V. como los otros!

Digitized by Google

gritó Casilda que habia llegado al último grado de la exasperacion. ¡Es una inhumanidad el dejarla en semejante abandono, sólo porque no es hermosa como los otros!

—»¡Salga V. al instante de mi casa! exclamó mi padre, ¡al instante!

—»¡Santo Dios! ¿Será posible que V. me despida, señor? dijo Casilda.

—»Es muy posible, puesto que la despido á V.

—»¡Perdon, señor; me he propasado demasiado; lo conozco, y le pido que me perdone!

—»¡Y yo le digo á V. que salga al momento de aquí!

—»¡Hija mia, mi pobre niña! exclamó Casilda abrazándome con desesperacion; ¡yo separarte de mí! ¡Yo abandonarte!... ¡Jamás! Si me despiden me echaré como un perro en el umbral de la casa, y de ahí no me separaré.

»Mi padre tiró del cordon de la campanilla, y la nodriza, adivinando lo que iba á hacer, se dejó caer á sus piés y abrazó sus rodillas.

—»¡Ah, señor, perdon, perdon! exclamó; ¡soy una

Digitized by Google

insolente, ya lo sé; me he propasado; merezco que usted me arroje á la calle! Pero, por el amor de Dios, ¡no lo haga V.! ¡No lo haga, y yo ofreceré ser más prudente en adelante! ¿Qué será de mi niña sin mí, ó más bien, añadió corrigiéndose, qué será de mí sin mi niña?...

»En tanto que la pobre mujer sollozaba de esta suerte, habia acudido al llamamiento de mi padre su ayuda de cámara; volvióse á él su amo, y le dijo lacónicamente:

—»Echa de aquí á esta mujer.

—»¡Señor, por el amor de Dios! exclamó Casilda puestas las manos en actitud suplicante; ¡piedad para mí! ¿A dónde he de ir, vieja ya, como soy? ¡Mi marido ha muerto; mis hijas se han casado! ¿Qué haré? ¿Dónde iré?

—»Echa de aquí á esa mujer, repitió mi padre con frialdad.

»El doméstico, conociendo el carácter fiero de su amo, obedeció; cogió por un brazo á la pobre mujer, que se resistia desesperadamente asiéndose á mí, y la hizo salir de un empujon del aposento.

Digitized by Google

»Desde donde yo estaba enclavada por el asombro y el terror, oia yo sus gritos penetrantes, sus dolorosos lamentos; luego se perdieron en la distancia, y nada se volvió á escuchar.

—»Llévate á esa niña, dijo mi padre á su ayuda de cámara cuando aquel volvió á entrar.

—»¿Y á quién se la entrego, señor? preguntó aquel.

—»¿Qué se yo? A las criadas: ¡salid y dejadme en paz!

»Salimos, en efecto; yo no pensé, ni por un instante, en oponer la más leve resistencia; al contrario, temblaba ante la mirada ardiente de mi padre, que expresaba el ódio y el hastío, y anhelaba salir de su presencia, en la cual temblaba de pavor.

—»Ahí va ese muñeco, dijo brutalmente el criado al entrar en la antesala y empujándome con toda su fuerza hácia la cocinera y el ama de llaves, que se habian salido allí para charlar con los criados.

—»¿Y para qué queremos esto? preguntó una de ellas.

—»¡Toma!... ¿Qué se yo? El amo os lo envía.

Digitized by Google

—»¿El amo?

—»Sí, el amo dice que os la entregue á vosotras.

—»Pues eso no es incumbencia mia, dijo la cocinera.

—»Y mia, ménos, añadió el ama de llaves.

—»Ménos no será, dijo ágriamente la cocinera; en caso le tocará á V. lo mismo que á mí.

—»No hemos de regañar por tal cosa, repuso la otra, me basta con que no me ataña para nada este pequeño mónstruo.

—»Pero al ménos hay que poner una cama á esta criatura en vuestro cuarto, dijo el ayuda de cámara compadecido.

—»¿En nuestro cuarto? exclamaron las dos criadas á un tiempo, no por cierto; que duerma en el que ha dormido siempre.

—»Pero si el señor me ha mandado poner á la nodriza en la calle.

—»Pues que duerma sola.

»Esta opinion fué la que más prevaleció, sin duda porque era la más cruel; me acosté, pues, sola en una inmensa y húmeda sala, la peor de la casa, y que

Digitized by Google

ántes habia ocupado con mi pobre y cariñosa Casilda.

»Mi padre, agoviado cada dia más con el pesar que le causó la muerte de su esposa, quiso dejar á Cuba; vivíamos en una ciudad del interior, donde él habia duplicado en pocos años sus capitales; pero siéndole imposible habitar por más tiempo en aquellos sitios donde la soledad de su corazon le abrumaba, resolvió venirse á España, y á Madrid.

»No sé cuales fueron los preparativos de viaje, porque á mí me tenian siempre confinada en la sala oscura, segun la llamaban todos en casa: mi padre no queria verme á ninguna hora, ni áun que se me nombrase delante de él.

»Algunas veces oia yo desde mi pobre cuarto los gritos alegres y los juegos de mis hermanos. Láura cantaba todos los dias al piano algunas canciones francesas, y yo me recreaba mucho oyéndola durante algun rato, y despues acababa por derramar lágrimas de pena y de envidia.

»Yo tambien hubiera deseado tener habilidades, y ya empezaba á brotar en mí el deseo de hacerme

Digitized by Google

agradable por alguna cosa; sí, porque la tendencia natural de nuestro sexo es agradar, y agradar es lo que más deseamos, áun cuando estemos en los dias de la infancia.

»Otras veces veia yo correr, desde la ventanilla de mi cuarto, situado en el tercer piso, á Láura y Humberto por el jardin; ambos eran hermosos, pero á mi hermana se la podia llamar una maravilla; era alta y esbelta; la hermosa madeja de sus cabellos castaños caia sobre su espalda con una gracia infinita; su tez era blanca y rosada; sus ojos negros; su boca hermosa y pequeña; no tenia ninguna imperfeccion.

»Vestia siempre de blanco, á no ser en la estacion de más frio que llevaba trajes de seda, ricos y flexibles; en todo tiempo rodeaban su cuello y sus manos ricos y vaporosos encajes. Láura tenia para su sólo servicio una camarera francesa, y una crecida suma para los gastos de su tocador.

»El lujo, la ostentacion, la belleza de mi hermana y su felicidad, me mortificaban más que las mismas ventajas en Humberto: por qué, no lo sé yo

Digitized by Google

misma, pero me sucedia así; una envidia amarga se despertó en mi alma, y hubo noches en que soñando que Laura habia muerto, me desperté llena de alegria.

»¡Oh, cuanto debia llorar mi madre en el cielo, al ver la desventura de su hija!

»Un dia de otoño, vino el ama de llaves á mi cuarto, me envolvió en un pañolon suyo, el más viejo que tenia, y me llevó á un coche donde ya estaban otras dos criadas; el carruaje partió y llegamos al muelle.

»Una hora despues, nos dabamos á la vela para España.

»Yo sufrí mucho durante la travesía; todo el tiempo que duró. la pasé acostada en un camarote, casi sin comer, y volviendo al instante lo poco que tomaba. Cuando llegamos á Cádiz, estaba tan estenuada, que causaba pena á todos los que me miraban.

»Mi padre fué el primero que tomó el correo para Madrid, á fin de buscar casa, y plantear sus oficinas de banquero.

Digitized by Google

»Instalóse desde luego en la calle de Alcalá y luego nos mandó venir á reunirnos con él.

»Durante los dias que permanecimos en Cádiz, ví más á mis hermanos de lo que nunca los habia visto; podia yo salir de mi prision alguna vez, ó por mejor decir, allí no tenia prision; ellos entraban tambien en el cuarto de las sirvientas que era donde yo dormia, y si bien hacian alarde conmigo de una gran superioridad, al ménos les veia y hablaba con ellos.

»En estas entrevistas, les oia exclamar por lo ménos tres veces en cada dia.

—»¡Pobre Melania! ¡que fea es!

—»Y no creas, amiga mia, que estas palabras, aunque tan repetidas, dejaron una sola vez de hacerme sufrir.

Por desgracia, habia sido dotada por el cielo de una extrema sensibilidad, y además de un carácter altivo y orgulloso; las injuriosas muestras de la compasion de mis hermanos, me hacian llorar siempre y á cada instante.

»Entónces ellos se burlaban de mis lágrimas, y

Digitized by Google

me llamaban *señorita delicada y presumida*; luego se marchaban riéndose á carcajadas.

»Llegué por fin á aborrecerlos; sólo tenia yo diez años, doce Laura y catorce Humberto; pero ellos, ya por su físico desarrollado, y ya tambien por su educacion y su trato con las gentes, tenian de todo ideas más exactas, y habian adelantado mucho más que yo en el camino de la vida.

»Cuando llegamos á Madrid, mis hermanos tenian ya preparadas dos bonitas habitaciones; á mí me alojaron en la pequeña y modesta habitacion en que tú me conociste, y la cual no he abandonado hasta que vine aquí.

»Aquel aposento, comparado con los que yo habia ocupado hasta entónces, era hasta suntuoso y estaba amueblado con magnificencia.

»Era una salita cuadrada con una alcoba y gabinete dentro.

»Mi lecho no era tan malo como los que habia tenido durante mi desgraciada infancia: se reducia á un catre de tijera con ropas gruesas pero limpias, sobre dos colchones delgados.

Digitized by Google

»Algunas sillas de bajo precio, una mesita con un tocador encima y una papelera antigua, que yo estimaba en mucho porque habia pertenecido á mi madre, componian el mueblaje de mi habitacion, que caia sobre aquel oscuro y angosto callejon, que tú conoces muy bien por haber pasado por él muchas veces por el gusto de verme, segun me has dicho.

»Allí me hallé yo feliz durante algun tiempo; pero ¡ay! que la ociosidad arrebata del alma todos los pensamientos agradables! Yo no sabia hacer nada más que leer y escribir, para lo cual habia tenido un maestro, y coser algo, á merced de algunas lecciones que me habia dado el ama de llaves, mujer brusca pero buena y compasiva en el fondo, y que se lastimaba de mi suerte.

»Yo no tenia medios de emplear mis escasos conocimientos: no tenia telas, ni libros, ni papel, ni á quien escribir siquiera: todo el dia permamanecia en la más completa inaccion, y en la más grande inmovilidad; estaba siempre sola y durante muchas horas he permanecido sentada ó recostada en mi lecho, durmiendo parte del tiempo, y otra parte con los ojos

Digitized by Google

cerrados, pero despierta mi alma, y sumergida en una profunda desesperacion.»

VI.

«Un dia llegaron hasta mí voces estrañas; el aposento que ocupaban el ama de llaves y la doncella de mi hermana, estaba cercano al mio, y allí hablaban del próximo casamiento de mi padre.

—»¡Vaya una ocurrencia ahora! Decia el ama de gobierno: ¡casarse á su edad!

—»¡Darnos ahora quien nos mande!

—»Si yo hubiera podido sospechar esto, no le hubiera sufrido tantos años!

—»¡Ni yo!

—»La señorita Láura está furiosa y con sobrada razon: á los catorce años darla una madrastra, es cosa poco divertida!

—»Y el señorito, ¿qué dice?

—»¿Qué dice? ¡Que se irá á viajar!

—»¡Buena va á ir la cosa!

Digitized by Google

»Las dos mujeres se alejaron, y se perdió en la distancia el eco de sus voces. En la absoluta soledad en que vivia yo, casi me alegró aquella nueva: cualesquiera mudanza me parecia preferible á aquella vida silenciosa como un sepulcro, y abandonada de todos.

»Sumergida estaba en estas reflexiones, cuando se abrió la puerta con violencia, y entró mi hermana en mi aposento.

»Parecia poseida de una gran cólera; pero su magnífica belleza parecia más deslumbrante con el carmin que teñia sus mejillas que lo que jamás la habia visto yo.

»Traia las mejillas encarnadas y los ojos brillantes de ira; su pequeña nariz, dilatada por la cólera, respiraba con fuerza el aliento que no podia salir de entre sus dientes, apretados por una especie de parasismo nervioso.

»Acercóse á mí con violencia, y levantó sobre mi cabeza su puño crispado.

»Yo bajé la mia llena de terror, y retrocedí dos pasos casi maquinalmente. Temblaba sin saber por

Digitized by Google

qué, ó más bien temblaba ante aquella cólera, que no sabia ni lo que quería de mí, ni por qué me castigaba.

»El brazo amenazador de Láura no cayó, sin embargo, sobre mí. Al ver mi exígua figura, triste, amarillenta, miserable, su enojo se apagó instantáneamente; sus brazos cayeron á lo largo de su cuerpo; contemplóme durante algunos instantes con extrañeza, y luego se pintó en sus ojos una conmiseracion profunda.

—»¡Pobre Melania! murmuró; ¡pobre hermana mia!

»Yo no respondí nada, y seguia mirándola; bien pronto ví correr dos lágrimas por sus mejillas.

»Ella tomó una silla, se sentó á mi lado, y tomándome una mano, exclamó:

—»He entrado aquí rabiosa contra tí, me dijo; nuestro padre va á casarse, ¿lo oyes? va á traernos á casa madrastra; es decir, una mujer que nos mande, que nos mortifique, que nos haga sufrir, que nos castigue si le da la gana.

»Yo me encogí de hombros melancólicamente.

Digitized by Google

—»Por lo que hace á tí, muy indiferente debe serte todo esto, ya lo sé, continuó mi hermana; tu suerte no puede empeorar por nada de este mundo; pero la mia... ¡oh, la mia puede empeorar mucho! Por eso al saber que nuestro querido padre se casaba, te eché á tí, pobre Melania, toda la culpa de esta desgracia.

—»¿A mí? pregunté yo asombrada.

—»Sí, á tí; ¿no has sido tú la que diste muerte á nuestra madre?

—»¡Yo!... exclamé horrorizada ante esta terrible acusacion.

—»Tú, sí. Papá, Humberto, nuestros criados antiguos, todos lo dicen.

—»Pero, ¿cómo? ¿cuándo? Yo no he visto jamás á nuestra madre.

—»¡Yo lo creo; como que la mataste cuando naciste!

—»No te comprendo.

—»Quiero decir que mamá murió cuando naciste tú; y como por la muerte de mamá nos traen ahora á casa á una extraña, que nos hará sufrir y coartará

Digitized by Google

nuestros gustos y caprichos, Humberto y yo estábamos furiosos contra tí.

—»¿Qué culpa tengo yo de la muerte de nuestra madre? exclamé sollozando; ¡yo no deseaba el nacer!

»Esta respuesta, que mi indignacion dolorosa me hizo formular, enterneció mucho á mi hermana, porque volvieron á desprenderse lágrimas de sus ojos.

—»¡Ya lo sé, pobrecita! dijo abrazándome; ¡sí, ya sé que tú no tienes la culpa, y que ántes bien, eres tú la que más sufre á consecuencia de esa desgracia! ¡Dios mio, aquí sóla, abandonada y pobre; con ese vestido tan roto; en este cuarto miserable! Y todo, ¿por qué? ¡Porque eres fea y no tienes madre!

»Láura lloró algun rato, y luego, enjugando sus hermosos ojos negros, continuó:

—»Vamos, yo quiero hacer algo para distraerte... te daré lo que más te guste de lo que haya en mi habitacion: ven conmigo.

»Asióme, dicho esto, de la mano con suma ama-

Digitized by Google

bilidad, y haciéndome salir del aposento con ella, atravesamos muchas habitaciones lujosamente amuebladas.

»Nada, absolutamente nada de aquello conocia yo: habia entrado desde el carruaje á mi pobre, oscuro y triste cuarto; así aquella suntuosidad deslumbró mis ojos, causándome un vértigo y una confusion inexplicables.

»A través de aquel velo columbraba soberbios tapices, alfombras de Pérsia, sillones dorados, grandes espejos de Venecia y cuanto de bello y magnífico hay en el lujo; por todas partes cuadros soberbios, porcelanas, copas de plata, mesas de mármol, y al fin de aquel laberinto encantado, la habitacion de Láura.

»Era una salita cuadrada, encantadora, en cuyo testero principal se abria un arco, prodigio de arte y de elegancia, y se veia un lecho cubierto de blanco y cerrado con cortinas de muselina bordada, guarnecidas de bellotitas azules de seda.

»A los piés del lecho se abrian las dos hojas de cristales de una puerta, y dejaban ver un gabinete oc-

Digitized by Google

tógono bellísimo, y que hubiera podido tomarse por el templo de la adolescencia.

»Yo no puedo áun hoy explicarme lo que pasó ante mis ojos deslumbrados: un piano, obra maestra del arte; estátuas de pórfido, juguetes preciosísimos de loza y de plata; en medio del gabinete habia un soberbio jarron de la China, lleno de tierra oscura, que contenia un hermosísimo ingerto de camelias blancas y rosadas.»

—¡Ah! exclamé yo interrumpiendo á la narradora con una exclamacion involuntaria; seria igual al que hay en la ventana de allá dentro, ¿no es verdad?

Melania se sonrió con tristeza; me hizo una señal afectuosa, pero no me respondió, y continuó de esta manera:

—«Mi hermana miraba en su derredor, como si buscase con ánsia alguna cosa; acercóse á las mesas, á las rinconeras, y fué tomando los objetos más preciosos, que luego volvia á dejar con una expresion muy marcada de disgusto y mal humor; evidentemente buscaba alguna cosa buena que no hallaba allí, ó á

Digitized by Google

lo ménos la deseaba mejor que todo lo que allí habia.

—»Mira, me dijo por fin tomándome la mano, yo queria darte algunas cosas buenas... lo mejor que tuviese, ya que durante tanto tiempo has estado privada de todo, mi pobre Melania; pero nada de esto me parece bastante rico y hermoso para tí, querida hermana, vale más que tú escojas, si te gusta alguna cosa de estas...

»Yo era una niña de doce años; pero mi inteligencia, quizá á causa de la soledad en que siempre vivia, ó ya tambien por esa precoz madurez que se atribuye á los pobres séres señalados por la deformidad corporal, mi inteligencia, digo, estaba más desarrollada que la de una jóven de veinte.

»La compasion de mi hermana me pareció humillante: aquel modo de querer compensar la desgracia de toda mi vida, me pareció ofensivo; no me brindaba su amistad ó su afecto, no; no me prometía para en adelante su compañía, sus consuelos; me daba, ó buscaba para darme el objeto más rico y que más dinero podia valer de todo cuanto la rodeaba.

Digitized by Google

»Y sin embargo, al dejar cada objeto que pensaba darme, notaba yo en su semblante la expresion de la contrariedad; sin duda le daba lástima el desprenderse de ninguno de aquellos hermosos objetos en favor mio.

»Entretanto que ella pasaba revista á todas aquellas cosas, yo permanecia inmóvil ante la maceta de la China.

»Jamás habia yo visto camelias, ni tenia la más leve idea de esta hermosa flor; á la primera ojeada me parecieron de cera sus hojas verdes y sus flores rosadas y blancas; no creia que la naturaleza pudiera producir aquellas maravillas, y me confirmó en esta persuasion el ver que eran completamente inodoras; en una palabra, las creí artificiales.

»Láura advirtió mi extrema admiracion y corrió hácia mí; un rayo de alegría brilló en sus ojos; habia descubierto, sin duda, el medio mejor de salir de aquella situacion tan apurada para ella.

—»¿Te gusta esa maceta? me preguntó; pues bien, te la regalo; ella te divertirá en la soledad de tu cuarto.

Digitized by Google

—»¿Pero te vas tú á quedar sin ella? la pregunté asombrada.

—»Sí, por cierto... me gusta... me parece muy hermosa... pero el cuidarla me molestaria demasiado; me la ha regalado la marquesa de B..., que me la envió esta mañana con un criado suyo... la que dicen que se casa con nuestro padre.

—»Qué, ¿es una marquesa?

—»Sí, y esas flores, tanto por venir de ella, cuanto porque dan trabajo para cuidarlas, como ántes te dije, no me son gratas de modo alguno; te las regalo á tí que, como más desocupada, las regarás todos los dias.

»Dicho esto, tiró del cordon de seda azul de la campanilla, y entró un criado.

—»Lleva esto al cuarto de Melania, le dijo señalando al jarron.

»El criado tomó la magnífica maceta, y salió con ella.

—»Ahora, ¡adios querida mia! me dijo Láura despidiéndome; me voy á vestir porque á las seis vendrá á buscarme la carretela para ir á paseo... ¡ah, esto

Digitized by Google

de ir á paseo cada dia, es fastidioso! Pero, ¿qué remedio? Todas lo hacen, y hay que hacerlo tambien.

»Láura me volvió la espalda: abrió un soberbio ropero de sándalo, y se puso á mirar una larga fila de riquísimos vestidos, reflexionando el que deberia ponerse.

»Yo salí enjugándome las lágrimas.

»El rayo de esperanza que habia penetrado en mi alma, habia huido dejando en ella más tristeza y soledad que ántes de aparecer.

»Volví á mi cuarto con el corazon partido de dolor, y desde aquel dia hasta el en que salí de la casa que habitaba mi padre, ya no ha habido más variantes en mi vida.

»Efectuóse el casamiento con la marquesa de B..., que ni áun preguntó por mí; pero esta dama, jóven y hermosa, se dedicó á ganarse la voluntad, no sólo de mi padre, sino tambien de mis hermanos.

»Láura tuvo en lo sucesivo más lujo, más trajes, más ostentacion en todo; nada le negaba la marquesa, y parecia, al contrario, que adulaba todos sus caprichos.

Digitized by Google

»Humberto queria viajar, y la marquesa consiguió para él el permiso que mi padre le negaba; y tanto se interesó por ellos, que aquella parte de público que no nos trataba ó no nos conocia con intimidad, llegaron á creerla madre de mis hermanos, que habia estado ausente por alguna razon de intereses ó de famlia.

»Dos años más pasaron: yo habia quedado casi baldada de la falta absoluta de ejercicio; se embotó mi inteligencia, de suerte que habia en mí alguna cosa de idiotismo, y casi olvidé completamente el hablar.

»Servíanme en mi cuarto dos ó tres platos de los que á los criados les parecian ó les gustaban ménos, y yo estaba reducida á comer los manjares que ellos querian darme.

»Un dia, al darme el almuerzo, no vino la cocinera, segun acostumbraba, sino la anciana ama de llaves: la cocinera puso dos cubiertos, y la buena mujer comió conmigo.

—»Esta mesa está súcia, abandonada, dijo con enojo; la señorita come con cubierto de estaño, ¿cómo es esto?

Digitized by Google

—»Yo no sé, respondió la muchacha, hace, como usted sabe bien, sólo cuatro dias que estoy aquí, y éstos son los únicos que me han entregado.

»Eustaquia, que así se llamaba la anciana, fué al comedor, lo registró, é hizo tambien registrar la cocina, pero nada pareció; la criada que habia salido habia robado los tres cubiertos que habia para mi servicio, y nadie se habia apercibido de ello.

»Eustáquia, que en el fondo era buena mujer, aunque algo regañona, se incomodó mucho, y se acusó á sí misma de poco cuidado, de poca caridad y de mal corazon.

—»¡Yo, yo tengo la culpa de esto, dijo, yo que no me cuido de nada! ¡Pero en adelante será otra cosa!

»En efecto: desde el dia siguiente empezó á hacerme algunos ratos de compañía; cuidó de que se limpiase bien mi cuarto, y almorzaba y comia conmigo.

»El arreglo y método en las comidas y en los alimentos—pues ántes se pasaban algunas veces muchas horas sin que nadie pensase en mí—alcanzaron un

Digitized by Google

cambio muy favorable en mi salud; perdí algo de mi palidez y demacracion, y el cuerpo se mejoró á beneficio de un método más saludable.

—»Es preciso que V. haga un poco de ejercicio, señorita; me dijo un dia Eustáquia, saldremos cada tarde un rato.

—»No tengo otro vestido que este que llevo, y está muy roto, respondí yo.

—»¡Cómo! ¡Será posible! Pero yo se lo diré á la señora marquesa que sin duda no sabe lo que está sucediendo.

»En efecto; la anciana debió hablar de ésto á mi madrastra, porque al dia siguiente entró triunfante con dos trajes completos.

»Era el uno de seda, y el otro de una tela más modesta; traia tambien una manteleta, y una mantilla de bastante precio.

»Desde el dia siguiente salimos al campo por las tardes; yo me sentia renacer; el aspecto de las flores, del sol, de la luna, el ambiente puro, el aire libre obraban en mí una reaccion saludable: me creia ménos desgraciada, y el cansancio de las tarde traia á

Digitized by Google

mis párpados el sueño bienhechor que hacia largo tiempo habia huido de ellos.

»A la buena Eustáquia debia yo, sin duda, el no morir de tristeza, ó el no volverme loca.

»Algunas veces, cuando me veia triste, me preguntaba:

—»Y bien, señorita, ¿no le gustan á V. sus camelias?

—»Sí, respondia yo con frialdad, porque aquellas flores no me recreaban el ánimo con su belleza é inodora.

—»¿Pues cómo no las mira V. nunca?

—»¡Qué sé yo! ¡Como no huelen! Las riego porque no se mueran, y nada más.

»En efecto: la camelia ha sido destinada por la naturaleza para brillar en los festines. y no para consolar á los que padecen; su belleza fria y soberbia se hermana mejor con la alegría que con los dolores; y aquella ostentosa planta me parecia que se mofaba de mis pesares y de mi deformidad.

»Casi habian pasado siete meses desde el matrimonio de mi padre, cuando un dia á las tres de la tar-

Digitized by Google

de, entró mi madrastra para hacerme la visita oficial.

»Al verla me sorprendí profundamente; aunque viuda, al casarse con mi padre, se hallaba en toda la flor de su juventud y de su belleza.

»Era alta y de tez algo trigueña, con hermosos cabellos negros y ojos del mismo color, llenos de fuego y de dulzura al mismo tiempo.

»Todas sus facciones eran perfectas, y sin embargo, aquella belleza no hablaba nada al alma, y en su estrecha frente, habia algo que acusaba la poca extension y nobleza de su inteligencia.

»Llevaba un traje negro de seda con volantes de encaje, cuello y mangas de blonda blanca y fina, y traia puestos guantes, del mismo modo que si hubiera ido á hacer una visita de gran ceremonia.

»Se llamaba Amelia, y su doctrina era que nunca debe suprimirse lo que se *debe* hacer.

—»Señorita, me dijo con un tono grave y ceremonioso, hubiera querido venir á ver á V. ántes, pero no me ha sido posible; las visitas de boda, los regalos, los convites, me han ocupado; pero al fin he tenido un

Digitized by Google

momento libre y he venido: ahora sólo me resta decir á V. que acuda á mí para todo lo que necesite, pues tendré mucho gusto en complacerla; entretanto, acepte V. como memoria esta cruz de brillantes, y... ¡adios!... Sé que le gusta la vida retirada, y no seré yo quien la violente para que cambie sus hábitos y sus costumbres.

»Dicho esto de una vez y sin respirar, salió la bella Amelia, dejándome estupefacta y con la cruz de brillantes entre los dedos.

»¿Para que queria yo aquello? Era, en verdad, una hermosísima alhaja; pero á mí de nada podia servirme, ni en mi vida me la habia de poner.

—»¡Soberbia joya! dijo Eustáquia mirándola con ojos de codicia.

—»Tómela V., la dije alargándola el estuche, que aún tenia abierto.

—»¿Dónde la guardo, señorita?

—»Donde V. quiera: es para V.

—»¿Cómo? ¿Qué escucho? exclamó atónita la anciana.

—»Digo que es para V.

Digitized by Google

—»¿Que me la regala V., señorita?

—»Sí, por cierto.

—»¿Pero se priva V. de esta joya tan riquísima?

—»¿Para qué la quiero?

—»¿Con que es mia, mia sólo?

—»Antes de ahora nada podia darle: para manifestarle á V. cuánto agradezco los cuidados que se toma, lo primero que tengo se lo doy.

—»¡Ah, señorita, muchas gracias! ¡Ya puede usted mandarme rodar, que todo lo haré contenta!

»Volví la cabeza: aquella gratitud, expresada de un modo tan venal y grosero, me repugnaba.

»El ama de llaves cumplió, sin embargo, lo que en su codicioso arranque habia prometido.

»Desde aquel dia tuve mejor cama, mejor mesa; estuve, en una palabra, mejor cuidada.

»Pero ¡ay! ¿qué podian halagarme aquellas atenciones, que debia sólo á unos pocos diamantes? ¿Qué valen las atenciones compradas y mercenarias, para un corazon sediento de ternura y de cariño? Nada podia mitigar la tristeza que me agoviaba; nada podia hacerme amar la vida que iba aborreciendo.

Digitized by Google

»¿Y qué tenia de extraño? Ningun lazo me hacia amarla; ningun interés me ligaba á la tierra; en vano buscaba á quien amar, ¡en vano!... ¡No habia en derredor mio más que soledad y abandono!

»Segun las noticias de Eustáquia, cuyo mayor placer era saber lo que sucedia en casa para venir á contármelo despues bajo el pretesto de distraerme, mi madrastra, en vez de luchar con la altivez de mi hermana, habia resuelto, como mujer de talento, contemporizar con ella.

»Halagábala comprándola trajes nuevos, rodeándola de fáusto y, en una palabra, haciendo todo lo posible para complacerla.

»Bien pronto la severidad de mi padre hubo de ceder ante aquellas dos jóvenes voluntades coaligadas.

»Se dieron banquetes, bailes magníficos y expléndidas cenas. Amelia tomo abono en dos de los principales teatros, á los que asistia con mis hermanos, y el lujo y la explendidez reinaron en nuestra casa.

»Pero todo aquello servia sólo para hacer más

Digitized by Google

amarga y aflictiva mi soledad; desde mi pobre y mísera habitacion oia yo el rumor del baile y de la música, las joviales risas y el bullicio de los convidados.

»Las noches de concierto no podia dormir, y sentada en mi lecho oia las deliciosas melodías de las obras maestras de Meyerbeer y Bellini, derramando lágrimas de entusiasmo y palpitando mi corazon bajo el peso de una emocion deliciosa y desconocida.

»Sin embargo, no me quejaba yo de mi abandono, á pesar de la mortal soledad en que vejetaba: jamás tuve la pretension de querer penetrar en aquel mundo que admiraba á través de las negras paredes de mi aposento: ¿qué hubiera yo podido hacer en el? Cada dia, al mirarme en el espejillo que se veia sobre la vieja y humilde mesita de mi cuarto, una amarga y desolada sonrisa entreabria mis lábios, y me decia á mí misma:

—»¡Bien estoy aquí! ¡Aquí nadie se mofará de mi fealdad, y allí se me reirian todos!

»Luego volvia á sentarme, y caia de nuevo en mi forzosa inamovilidad.

Digitized by Google

»No tenia ni áun el recurso de entretenerme con alguna labor de mi sexo, pues ninguna sabia hacer; nada me habian enseñado, y la decadencia de mi espíritu me habia impedido siempre el desear ninguna ocupacion.

»Dos años pasaron en esta vida dolorosa, muerta, por decirlo así: ninguna variacion habia en mis dias; habia mucho desvelo en mis noches, pero ni unos ni otras eran alegres, ni áun tranquilos.

»Tres veces en el trascurso de este tiempo, estuvieron á verme mi madrastra y hermana; mi padre y mi hermano no venian jamás.

»La última vez me preguntó Láura que quién me servia.

—»Eustáquia, la respondí.

—»¿Sólo? Repuso Láura muy admirada.

—»Sólo, la contesté yo.

»Mi hermana miró á Amelia: en su lindo semblante se reflejaba una expresion de lástima.

—»¡Pobre Melania! dijo, fuerza será buscarte una camarera jóven que te acompañe y distraiga.

—»En efecto, repuso Amelia, fiel á su sistema de

Digitized by Google

no contrariar absolutamente en nada á mi hermana; se la buscaremos.

»Yo me encogí de hombros; me era indiferente aquella mudanza en mi situacion.

»Amelia y Láura se despidieron muy pronto, segun hacian en todas sus visitas; á mi lado no sabian de qué hablar, porque yo no vivia en el mundo que ellas, y se hacian la cuenta de que para hablarse la una á la otra estaban mucho mejor, más cómodas y distraidas en la habitacion de cualquiera de las dos que en la mia.

»Dos ó tres dias despues me entregó Eustáquia un billete de mi hermana, cerrado con lácre, cosa que desesperó al ama de llaves, pues ella hubiera querido saber su contenido ántes que yo.

»El defecto dominante de aquella mujer era una extrema, y casi pudiera decir voráz, curiosidad: pesaba sobre todos mis actos y sobre mis acciones más indiferentes su activa jurisdiccion, y aquella carta que se la recataba, la enojó sobremanera.

»Púsola en mis manos regañando entre dientes, aunque sin articular una palabra entera, y yo me

Digitized by Google

apresuré á abrirla, deseosa de saber por qué me escribia Láura, que jamás lo habia hecho.

»Eustáquia me miraba con una curiosidad febril: tenia las mejillas rojas y los ojos chispeantes; yo la estaba observando con disimulo, y por la primera vez de mi vida me divertia un poco en hacer padecer á alguno.

»Acabé de leer, y doblando el billete, le guardé en el bolsillo.

—»¡Veamos! ¿Sabré yo al fin lo que dice? Preguntó con imperio el ama de llaves.

—»¿Para qué? repuse yo mirándola friamente, á usted no le interesa para nada el contenido de esta carta.

—»¿Cómo que no me interesa? repuso furiosa; ¡me gusta la salida! ¡Quién es, pues, aquí la responsable de las acciones y actos de usted?

—»¡Nadie! respondí con un suspiro que no pude reprimir á pesar de lo ridículo de la situacion de Eustáquia; nadie, continué, es aquí responsable de lo que yo hago más que yo misma!

—»¡Pues yo le digo á V. lo contrario! replicó

Digitized by Google

Eustáquia. Le digo á usted que debo ver esa carta, y la veré.

—»Y yo le aseguro á V. lo contrario.

—»¿Quiere decir, que rehusa V. enseñármela? insistió de nuevo.

—»Rehuso.

—»¡Piénselo V. bien! exclamó Eustáquia con una especie de cómica cólera, y poniendo un gesto que ella juzgó muy dramático.

»Yo le volví la espalda sin querer responder nada á sus sandeces.

»Entónces cambió de táctica: echóse á llorar, y se dejó caer sobre una silla, sofocada, al parecer, por la emoción, pero en realidad por una gran cólera.

—»¡Yo me tengo la culpa! gritó con acento entrecortado por los sollozos; ¡sí, yo sola me tengo la culpa! ¿Quién me mandaba interesarme por semejante fenómeno? ¡Si estos lisiados de la mano de Dios jamás son buenos! ¡Si todos me lo decian! ¡Qué ingratitud, santo cielo; qué horrible ingratitud, despues de lo que yo he hecho; despues de lo que me he sacrificado en

Digitized by Google

cuidar y mimar lo que todos aborrecen con mucha razon!

»¡Pero ya basta! añadió levantándose con toda la majestad de su cólera; ¡sí, basta ya; no quiero nada de comun con V.; viva V. como hasta aquí, sola, sin ver á nadie, sin que nadie se acuerde de V.; lo que es de mí, no se tiene V. que volver á acordar tampoco!

»Al acabar de pronunciar estas palabras se levantó con ímpetu, y salió dando un portazo; yo quedé admirada y sorprendida al mismo tiempo; luego una negra afliccion invadió mi alma, y empecé á llorar copiosa y desconsoladamente.

»Parecíame que abandonada de aquella anciana, quedaba de nuevo sola sobre la tierra; ya no recordaba su carácter imperioso y desapacible, sus modales groseros, ni la implacable jurisdiccion que ejercia sobre mí; lloraba su ausencia y me acusaba de haber provocado su cólera no queriendo enseñarle la carta de Láura.

»Una vez fijo mi pensamiento en el billete, le saqué de mi bolsillo y leí de nuevo su contenido.

Digitized by Google

»Decia así:

«El tener que probarme un vestido para el baile »de esta noche, me impide el pasar á tu cuarto, que»rida mia; pero te aviso por medio de este billete, de »que esta tarde, á las tres, irá á que la veas, una jo»vencita, hija de un dorador de metales, y oficiala de »costura de mi guantero, que desea ponerse á servir y »que, segun creo, te servirá de muy buena compañía, »porque tiene una educacion muy superior á su clase »y está adornada del más bello natural.

»Ya ves que se interesa por tu bienestar tu herma»na, que te quiere,

Láura.»

»La segunda lectura de este billete trajo alguna calma á mi espíritu.

»Ya no iba á vivir sola, y lo que era aún más grato para mí, iba á vivir con una jóven de mi edad.

»Mi corazon oprimido se ensanchó en mi pecho, como se esponja la flor al beso de las auras de la tarde; ¡cuánto anhelaba la llegada de la hora en que debia ver á la jóven que queria compartir mi soledad!

Digitized by Google

»¡Pero apénas eran las once de la mañana, y no debia llegar hasta las tres!

»Anhelando que llegase pronto, me acosté sobre la cama para pasar el tiempo que quedaba más de prisa; pero como todas las noches me acostaba muy temprano, y me levantaba tambien algo tarde por huir en lo posible de mi abrumadora soledad, no me fué posible conciliar el sueño.

»No pudiendo dormirme, contaba las horas con ansiedad en el gran relój del comedor, cuya campana se oia, aunque sordamente, en mi cuarto.

»Cuando dieron las dos y media, oí el rumor de un paso ligero y una dulce voz que preguntaba:

—»¿Se puede ver á la señorita Melania?

—»¿Quién es V.? pregunto á su vez la gruesa voz de un lacayo.

—»Soy Gertrudis.

—»¿Y quién es Gertrudis?

—»La doncella de la señorita.

»Una carcajada contestó á estas palabras, pronunciadas con una voz que ya empezaba á ser angustiada y llorosa.

Digitized by Google

—»¡Cómo! ¿Va á tener doncella la señorita Melania? preguntó burlonamente el lacayo; ¿quién te ha engañado así, muchacha?

»No pudiendo tener más paciencia, me levanté y me asomé á la puerta, queriendo, á pesar de mi timidez, contener la insolencia brutal del lacayo; pero no fué necesaria mi intervencion. Al mismo tiempo que yo llegaba á la puerta de mi cuarto, apareció en el umbral del salon la bella figura de mi madrastra, que dijo con imperio:

—»Introduzca V. á esa jóven en la habitacion de la señorita Melania.»

VII.

«El lacayo no tuvo necesidad de obedecer aquella órden, que habia escuchado con la más profunda sumision, á pesar de lo que mortificaba su vanidad.

»Gertrudis me vió, y advertida, sin duda, de antemano de mi figura, se acercó á mí sin vacilar. Yo la

Digitized by Google

hice señas de que me siguiese, y entramos en mi cuarto.

»A su vista las lindas facciones de mi futura camarera retrataron una sensacion penosa; yo, por el contrario, sentí una delicia inexplicable al ver su bonita figura, tan graciosa y tan aseada. Gracias á Dios nunca he conocido la envidia, esa cruel enfermedad del alma que hubiera arrancado todos los buenos instintos de la mia.

»Mi corazon, amante por naturaleza de todo lo bello, de todo lo bueno, ha gozado siempre una sensacion de dicha á la vista de un objeto agradable; y las tinieblas de mi pobre estancia, tan húmeda, tan insalubre, tan triste, me parecieron aclaradas con la sonrisa de Gertrudis.

»No me cansaba de mirar su humilde y gracioso vestidillo de guinga azúl, su pañuelo de cuadros de colores vivos, y su airosa mantilla de seda, guarnecida de puntilla y terciopelo.

—»Señorita, me dijo ella, el fabricante de guantes para cuya tienda trabajo yo, me ha dicho que su señora hermana buscaba una doncella para V. Yo gasto

Digitized by Google

más de lo que gano, y perjudico á mis pobres padres, que son ya bastante ancianos, porque la costura se vale muy poco en el dia; por esta razon he pensado que quizá yo podria ocupar ese sitio al lado de V., y vengo á ver si seria V. gustosa en que yo la sirviese.

—»Sin duda, la respondí yo confusa en extremo ante aquellas pruebas de deferencia, ante aquel lenguaje respetuoso que oia por la primera vez de mi vida; sí, sin duda estaré muy contenta de que me sirvas tú.

—»Entónces, señorita, ya no hay más que hablar: usted me dirá cuándo quiere que vuelva.

—»Pero y del salario y demás condiciones, ¿nada hay que decir? ¿Estás ya convenida con mi familia?

—»¿Para qué hemos de hablar de eso? Yo estaré contenta con lo que me dén.

—»¿Y si te dan poco?

—»No importa: siempre ganaré más que cosiendo.

—»¿Quién sabe?

—»¡Ay señorita! ¡Si V. supiera lo que es el coser para las tiendas! ¡Si V. pudiera figurarse qué horrible esclavitud impone! Figúrese V. que las pobres mucha-

Digitized by Google

chas, obreras como yo, no tenemos un sólo instante para pensar en otra cosa que no sea:—¡cuánto me darán! ¿Cuánto me pagarán? ¿Cuánto más podré coser hoy que ayer, y mañana más que hoy?—¡Y esto aniquila y mata! ¡Esto la hace á una avara, interesada, miserable! ¡Apenas hay tiempo para peinarse, para comer, ni áun para dormir! ¿Qué más? ¡Algunas veces ni áun rezar se puede, porque el pensamiento, apartándose de la labor paraliza la mano, y la labor es ántes que nada en esa vida de angustia!

»Yo escuchaba á Gertrudis absorta, y un rayo de consuelo se deslizaba en mi pobre alma abatida.

—»Luego, dije sin poder disfrazar mi pensamiento, ¿luego esa existencia es aún más dura y amarga que la mia?

—»¡Pues quién lo duda! Exclamó la pobre costurera: ¡usted, señorita, por muy solitaria que viva, es dueña de su cuerpo, de su alma, de su pensamiento! ¡La infeliz obrera todo lo sacrifica en la aras de su duro trabajo! ¡Para ella no hay nunca soláz ni descanso! No puede coser ni ponerse un vestido nuevo, porque le falta el tiempo; no puede ir á misa muchas

Digitized by Google

veces, porque el fabricante necesita de su obra con premura: no se pertenece, en una palabra.

—»Entónces, Gertrudis, tal vez serás dichosa viniéndote á mi lado, porque te sobrará el tiempo para todo.

—»Yo le aseguro á V., señorita, que seré muy dichosa.

—»Pero ¿no ves qué habitacion tan triste? ¿No te dará pena estar en ella?

—»No, señora, y además la pondremos más bonita.

—»Mira que yo no salgo de casa.

—»Eso era ántes: ahora saldrá V. alguna vez conmigo, y veremos los campos y las flores; cuando usted no quiera salir nos estaremos en casa; sólo la pido que me deje cada domingo ir dos horas por la tarde á casa de mis padres.

—»Te lo prometo.

—»Pues nada más exijo, ni he de pedir; y ahora, señorita, si V. no me manda nada, me voy, y volveré mañana; esta tarde la emplearé en coser y arreglar alguna ropa blanca de mis padres.

Digitized by Google

—»Hasta mañana, pues. .

—»Hasta mañana.

»Gertrudis salió, y yo me consideré dichosa con tan buena compañía.

»Aquella noche dormí mejor; y por la mañana, apenas me habia levantado, llegó Gertrudis.

»Quitóse su mantilla, que dobló, y luego me dijo:

—»¿Ha almorzado V. ya, señorita?

—»Aun no, la respondí.

»Ella no respondió nada: salió, y poco despues entró de nuevo con una taza de chocolote y un vaso de leche en una bandeja.

»Acercó la vieja mesilla en la que yo hacia de ordinario mis comidas; la limpió, colocó sobre ella un paño en extremo blanco, y encima mi desayuno, que me pareció opíparo.

—»¿Quién te ha dado ésto? La pregunté sorprendida.

—»Lo he tomado yo, me respondió alegremente: pedí chocolate para V., y el cocinero me señaló algunas tazas llenas sobre la mesa, que olia á pegado de una legua.

Digitized by Google

—»Ese no vale para mí, dije yo, quiero chocolate bueno.

—»La señorita Melania toma siempre lo que no vale para nadie, me respondió.

—»Ya se acabó eso: ahora comerá tambien como los demás, y vá á ser la primera prueba: dicho ésto tomé chocolate nuevo, que habia visto sobre la mesa, y lo hice yo misma: busqué todo lo necesario y llené este vaso de leche de un gran jarro que ví sobre la mesa: señorita, no es que su familia de V. no quiera que V. tenga lo que necesita: es que por su método de vida no puede cuidarse de que la sirvan, y los bribones de los criados se aprovechan de eso; pero ahora yo la serviré á V. y cuando no haya, tomaré.

—»¿Pero no temes que te aborrezcan ellos?

—»No, señora: Dios ayuda á los que cumplen con su deber.

»Dichas estas palabras, Gertrudis se sentó enfrente de mí, y empezó tambien á tomar su chocolate, pero con pan moreno, y en actitud humilde y respetuosa.

»Luego que terminó mi desayuno y que me hubo

Digitized by Google

obligado cariñosamente á beber toda la leche que me habia servido, salió con el servicio; cuando volvió limpió con esmero la habitacion y la alcoba; mulló mi lecho, y puso en órden perfecto mis pocos y viejos muebles.

»Bien pronto la antigua cómoda brilló de limpieza: brillaron tambien las sillas: sonrió un rayo de sol á través de los emplomados vidrios, y todo se puso risueño en mi pobre estancia.

»Acabada la limpieza, Gertrudis quiso proceder al aseo de mi persona: buscó en vano un peinador blanco y no le halló; entónces tomó la tohalla qne me servia para lavarme la cara, la echó sobre mis hombros, y desató mis cabellos.

»Más de tres horas pasó en desenredar la enmarañada madeja que sostenia mi cabeza, con una paciencia admirable; á cada instante, y léjos de quejarse de cansancio, murmuraba:

—»¡Qué hermosa cabellera! Esto es magnífico, y vale toda una belleza.

»Recogidos por fin en primorosas trenzas, que prendió con un cuidado esquisito con largas horquillas

Digitized by Google

que sacó de su faltriquera, arregló lo mejor que pudo los utensilios del tocador, y despues buscó en el fondo de mi alcoba un traje que ponerme.

»Ninguno pudo hallar: todos mis vestidos, ó más bien, los pocos y viejos que poseia, estaban descompuestos y en el estado más deplorable. Gertrudis tomó el que le pareció ménos malo, lo acepilló con esmero, salió luego á comprar seda y agujas, y cuando volvió se sentó á componer el vestido cerca de mí.

»Para la hora del almuerzo ya estaba yo aseada, es decir, desconocida: algo de alegría, de dicha, de bienestar, sentia yo, porque el aseo del cuerpo da al alma una sensacion infinita é inexplicable de felicidad.

»Despues del almuerzo, sano y abundante que me sirvió Gertrudis, me dijo con dulzura y con aquella especie de persuasion juguetona que la era peculiar:

—»Señorita, ¿por qué no va V. á hacer una visita á la señora?

—¿A mi madrastra?

—»Precisamente.

—»¡Pero si apénas la conozco!

—»Pues eso es lo malo: V. deberia tratarla, visitar-

Digitized by Google

la; no es bueno meterse en un rincon, porque suele quedar uno olvidado.

—»¡Más olvidada de lo que estoy!

—»Es necesario que V. ponga algo de su parte para estarlo ménos: V. no ocupa su sitio, no lo ha ocupado jamás, y es necesario que piense en recobrarlo.

»Yo hice un gesto de desaliento.

»Poco me importaba este sitio ó el otro. Los horizontes de la vida se me presentaban nebulosos y sombríos do quiera volviese á ellos mis ojos.

»El talento natural y penetrante de Gertrudis me pasmaba, pero no me convencia: casi diré más bien que me asustaba, porque mi pensamiento y mi voluntad estaban reducidos á un círculo tan ruin, que habia perdido hasta la facultad del cálculo y de la reflexion.

—»No quiero ir á ver á mi madrastra, dije con la triste obstinacion que formaba ya la base de mi carácter: ella y mi hermaña me miran con desprecio: se burlan de mí.

—»Sin embargo, señorita, el verlas, y el que la vean á V. es el único y sólo medio de que piensen en

Digitized by Google

lo que necesita, de que la atiendan más..... Usted necesita renovar su equipaje, sus muebles, su ropa blanca..... ¿Es esto verdad?

—»Lo será, pero prefiero pasarme sin ello á pedir nada.

»Gertrudis reflexionó durante algunos instantes: una expresion de afligido asombro se pintó en sus lindas facciones; pero luego levantó la cabeza con resolucion, me dirigió una mirada tierna y compasiva, que penetró hasta lo más profundo de mi alma, y me dijo:

—»Señorita, yo he venido aquí á consolar á V., y no á hacerla padecer: así, pues, no quiero aconsejarla ni persuadirla lo contrario de lo que desea hacer; si usted no quiere ver á su familia, enhorabuena; pero no por eso carecerá de lo que necesite, porque yo lo pediré para usted.

—»¡Cómo! exclamé yo admirada, tu pedirás para mí.....

—»Cuanto V. necesite: ropa, muebles, servicio de mesa..... todo, en fin, y eso va á ser ahora mismo.

Digitized by Google

—»¡Ah, qué buena eres, querida Gertrudis! exclamé yo juntando las manos.

—»No soy mala, repuso ella, y sobre todo, estoy muy contenta de poder hacer una obra de misericordia; sí, señora, prosiguió con una expresion muy graciosa de inocente orgullo: la obra de misericordia CONSOLAR AL TRISTE; porque V., señorita, está y ha estado muy triste toda su vida.

»Escuché con profunda gratitud las frases de Gertrudis, y sin que me creyese rebajada por ellas en lo más mínimo; porque hay en los sentimientos emanados de la bondad del corazon, algo de grato y de hermoso, que cautiva á los demás corazones que son buenos.

»Gertrudis salió, en efecto, y poco despues volvió con una gran bandeja en las manos.

»Habia en ella ropa blanca, dos cortes de vestidos muy sencillos, y que se conocia eran desechos de mi hermana, pero que podian pasar por galas para mi desnudez, y debajo de todos estos objetos habia un bolsillo de seda, á través de cuyos calados brillaban algunas monedas de oro.

Digitized by Google

»Gertrudis lo fué sacando todo de la bandeja con un gozo tierno y alegre á la par; todo me lo fué mostrando, ponderándome el mérito de cada cosa.

—»Parte de esto, me dijo, es regalo de la señora; y parte me lo ha dado para V. la señorita Láura.

»La señora me ha parecido que estaba algo triste; no obstante, he notado tambien que disimulaba en lo posible, y me ha dicho, poniéndome en la mano este bolsillo:

—»Esto para que se lo des á Melania: hay poco, pues sólo contiene media onza; pero no puedo más. Dile que todos los meses la remitiré otra suma igual, para su guardaropa. Yo me vine muy contenta para enseñar á V. todo esto, señorita; pero ahora me marcho, porque voy á regalarla una cosa que me parece la gustará mucho.

»Dicho esto, y sin esperar mi contestacion, salió Gertrudis, y yo quedé contemplando con placer los objetos que me habia traido.

»Aún estaba ocupada así, cuando volvió á entrar; venia cargada con una maceta pequeña de malvarosa; esa planta delicada, de tan fino perfume; detrás de

Digitized by Google

ella venian dos chicos de los que se ocupan generalmente en hacer mandados: el uno traia una maceta de sándalo, y el otro otra maceta enorme de albahaca.»

—Es la que está tambien en el recibimiento, prosiguió Melania interrumpiendo aquí su larga narracion; tenia grabadas, lo mismo que hoy en su parte principal, las letras que componen mi nombre y que Gertrudis habia mandado poner por una atencion generosa suya, y para que constase que era ella quien me hacia aquel humilde pero agradable regalo.

«Separó con desden la gran maceta de camelias; aquella maceta soberbia con la cual mi hermana habia querido consolar mi aislamiento, sin poder lograrlo, y puso en medio la gran albahaca, y á sus dos costados la malvarósa y el sándalo.

»Pronto se difundió por toda la estancia un delicioso y penetrante aroma; si tú, amiga mia, que eres tan nerviosa y delicada, no comprendieras la influencia que ejercen los perfumes en los organismos como el tuyo y el mio, en vano seria que yo pretendiera explicártelo; es una cosa que se siente pero que no se ex-

Digitized by Google

presa; es una sensacion grata y dulce que embellece cuanto hay en derredor. Yo me sentí de pronto feliz, animada, contenta; sentí mi ser regenerado, y Gertrudis en pié, delante de mí, contemplaba gozosa la mutacion de mi semblante, y se alegraba con ella como obra suya.

»Comí bien al anochecer, y luego me sirvió un excelente thé con una delicadeza á la que yo no estaba acostumbrada; despues se sentó á coser á mi lado, y me entretuvo con su alegre charla.

»A las once me levanté del viejo sillon que ocupaba, y Gertrudis acudió á desnudarme.

—»Hoy se ha pasado el dia sin salir, me dijo; pero mañana no ha de ser así: iremos á paseo, señorita, y por la noche leerá V. un rato.

»En efecto; al dia siguiente, y apénas hube almorzado, Gertrudis me hizo salir con ella á dar un largo paseo.

»Fuimos cruzando algunos campos solitarios, y aquel bello dia de otoño parecia regenerar mi sangre y todo mi sér; los rayos del sol derramaban en mi alma una alegría infinita; el canto de los pajarillos me

Digitized by Google

hechizaba; aquel aire tibio, perfumado, dilataba mi pecho con una sensacion dulce y desconocida.

»Gertrudis me miraba complacida; cuando hubimos paseado una hora, me rogó que me sentara, y ella se colocó á mi lado.

—»¡Qué distinta está hoy, señorita! exclamó; ¡qué buen color se le ha puesto; qué animacion en los ojos! ¡Me parece V. hasta bonita! Pero vamos á hablar un poco del porvenir, añadió, y permítame V. que la dé mi parecer, ¿no se enojará?

»Mi sonrisa la aseguró de que no, y ella continuó de este modo:

—»Pues bien, si V. trabajase algunos ratitos con la aguja, se entretendria mucho y se hallaria mejor. ¿Por qué no hace V. la prueba?

—»Pero, ¿en qué he de trabajar?

—»En cualquiera cosa: en bordar, por ejemplo; ¿no sabe V. bordar?

—»Me enseñaron cuando niña; pero seguramente lo habré olvidado ya.

—»No importa, es forzoso recordarlo; no tiene usted una idea de lo que divierte esa labor; ade-

Digitized by Google

más quelas jóvenes parecen mejor ocupadas, que ociosas.

»Yo me encogí tristemente de hombros, con un aire que queria decir:

—»¡Jamás puedo yo parecer bien!

»Gertrudis leyó en mi pensamiento con su admirable penetracion, y me dijo, sin dar tiempo á que se arraigase mi triste desaliento:

—»Señorita, no hay que pensar en que V. no podria parecer bien: todo lo que parece mal, puede parecer mejor; y, sobre todo, la labor ahuyentará el tédio de su lado de V., y se hallará mucho mejor y más contenta; conque así que volvamos á casa, yo la arreglaré á V. un bordado... un cuello para V.

»En efecto, Gertrudis hizo lo que me habia dicho, y aquella tarde bordé yo, si bien muy lentamente, pues ya no recordaba más que las reglas más comunes del arte encantador de bordar, y áun éstas con mucha dificultad.

»Poco á poco, sin embargó, me fué interesando la labor, y por la noche no hallaba la hora de dejarla para acostarme.

Digitized by Google

»¿Qué más diré? Desde aquel dia empieza mi vida tranquila y dichosa en cuanto puede serlo; la ternura, ó más bien, la admirable caridad de esa jóven, redimió mi alma de las tinieblas de la desesperacion, y sacudió el idiotismo que se apoderaba de mi entendimiento.

»Dos meses despues de estar á mi ladó Gertrudis, no me reconocia yo misma; me hallaba fuerte y dichosa, veia el porvenir alegre, y la fé y la religion habian brotado en mi alma con la lectura de los buenos libros que me habia dado mi confesor, santo y sábio sacerdote.

»Porque la ternura, el celo de Gertrudis, no se habian limitado sólo á proporcionarme el bienestar material: ántes de conocerla me habia yo confesado sólo una vez al año, acompañada de Eustáquia, que no era por cierto muy cristiana; pero la sincera piedad de aquella jóven angelical, no podia contentarse con tan poco: ella iba á la iglesia con frecuencia y me rogaba con tanta eficacia que la acompañase, que no podia negarme á ello.

»Nada consuela tanto al triste como las prácticas

Digitized by Google

de la religion; yo deseaba oir aquellas dulces palabras, aquellos consejos que resonaban en mi alma como un eco celeste y bendito, y mi razon, iluminada con la sagrada luz de la fé, me hizo esperar resignada una vida mejor.

»Algunas veces iba con Gertrudis á casa de sus ancianos padres; allí aprendí la resignacion en medio de la desgracia y de la indigencia: allí comprendí las dulzuras de una vida laboriosa y constantemente ocupada, y cada dia, al despertar, bendecia al Todopoderoso, cuya benéfica mano habia traido á mi lado el el doble ejemplo de la juventud buena, dulce y cristiana, y de la ancianidad religiosa y respetable.

»Sin embargo, el desamor, ó más bien la profunda indiferencia de mi familia, no cambiaba para mí en sentimientos más tiernos ó afectuosos; con la misma indiferencia de siempre era tratada: apénas veia á nadie; pero sabia qne el método de vida de mi madrastra y de mi hermana, era más retirado que lo habia sido otras veces.

»Humberto habia ya vuelto de sus viajes, y hacia la vida de los jóvenes del gran tono; pero en más de

Digitized by Google

una ocasion llegó hasta mi retiro la voz severa de mi padre que altercaba con él, y el acento irritado de mi hermano, que no titubeaba en desafiar su cólera.»

VIII.

«Una mañana entró Láura en mi cuarto: hacia ya cerca de un mes que no nos habiamos visto, y su aspecto me sorprendió mucho.

»Estaba muy delgada, pálida y ojerosa: en su frente habia una expresion de agudo sufrimiento, que procuró disimular á mis ojos, bajo una sonrisa tranquila.

»Hizo con la mano una señal á Gertrudis, para que se retirase, y luégo me dijo con acento alterado:

—¡Melania, nuestro padre ha experimentado grandes pérdidas. Humberto ha ayudado tambien á su ruina con sus dispendiosos gastos, con sus locuras en el extranjero, que continuan aquí: estas razones le obligan á cambiar de residencia y marchamos á Alemania

Digitized by Google

esta misma noche. Tiene amigos en Franckfort que le ofrecen su ayuda, pero ha de ser estableciéndose allí: dime tú ahora: ¿qué quieres hacer? eres árbitra de tu suerte.

»Yo miré á mi hermana con una afliccion profunda.

—»No sé que responderte, la dije con voz ahogada; á mi edad, ¿puedo decidir por mí sola? ¿No ha pensado nuestro padre en mí?

—»No, Melania, me respondió Láura: fuerza es decirte que no: la mayor parte de sus deudas proceden del desórden, de la aficion al lujo de su esposa....yo tambien he gastado.... nadie me ponia tasa, y he gastado sin ella... por eso, pues, nuestro padre está ahora más irritado que nunca contra tí.

—»¿Es decir, que me acusa de vuestras culpas? pregunté con una amarga sonrisa.

—»Te acusa de la muerte de nuestra madre, con la cual era tan dichoso, y la que mantenia tan admirable órden en todas las cosas.

—»¡Ay! ¡y no soy yo la que más debe lamentar su pérdida! exclamé sin poder reprimir los sollozos.

Digitized by Google

—»¡Es cierto! repuso Láura, de cuyos hermosos ojos brotaron algunas lágrimas: sí! todos nosotros somos muy culpables contigo, pobre hermana mia, y nuestra desgracia actual, es quizá un castigo de Dios: pero á pesar de todo, te aconsejo que no te espongas á la cólera de nuestro padre.,.. aquí vives tranquila, ya que no feliz.... no quieras ir á desafiar la tempestad.

»Iba á responder que no queria abandonar á mi familia en la desgracia: pero un sentimiento de orgullo doloroso, me detuvo: ¿no era yo rechazada por aquella misma familia que no queria abandonar? esta cruel idea selló mis lábios.

»Láura me rogó que llamase á Gertrudis de nuevo, y la dijo:

—¿Podrás encargarte de mi hermana? vamos á partir para un largo viaje, y ella se queda aquí.

—»¡Oh, señorita! ¿no he de poder? exclamó llena de alegria la muchacha: la señorita vivirá con mis padres y conmigo, y nada la faltará.

—»No te pido para ella más que compañía material, y que la sirvas tan bien como hasta aquí, contestó Láura con altivez: mi padre la señala veinticinco

Digitized by Google

duros mensuales, y yo la daré diez más, para sus gastos particulares: esto hasta que llegue á la mayor edad, que se la entregará su dote.

—»Voy á buscar á mi madre, dijo Gertrudis, y V. hablará con ella de estos asuntos, pues yo por mí no entiendo ni una palabra.

En tanto que ella iba en busca de la anciana, yo lloraba silenciosa pero amargamente. Láura guardaba un triste silencio.

»Llegó en breve Gertrudis con su madre, que se puso contentísima de poder tenerme en su compañía: se convino en que Gertrudis se casaria al momento con su novio, y que viviriamos en familia, aunque conservando yo una completa independencia.

»La anciana Felipa, no solamente respondió del asentimiento de su esposo, el Sr. Pedro, sino tambien del del jóven Bautista, que era el honrado herrero novio de su hija Gertrudis: y convenidos todos estos puntos, Láura se levantó, y despues de dejar un bolsillo en mi falda y un beso en mi frente, salió del aposento.

»Aquella noche entraron á despedirse de mí mi

Digitized by Google

madrastra, Láura y Humberto: los tres estaban ya en traje de camino.

»¡Oh! ¡no puedo, áun ahora, recordar sin extremecerme la sensacion de angustia que experimenté al verlos! ¡Aquello era la despedida de toda mi familia! ¡De la familia dura y cruel que renegaba de mí, que me abandonaba quizá para siempre!»

Melania detuvo aquí su narracion, porque las lágrimas ahogaban su voz y los sollozos oprimian su pecho; yo la contemplé con muda tristeza, y sólo pude estrechar su mano silenciosamente.

Hay dolores para los cuales no ha inventado aún frases el lenguaje humano, y que no tienen más consuelo que Dios.

Cuando aquella afliccion se hùbo calmado algun tanto, Melánia enjugó sus ojos, y prosiguió:

—«Poco tengo ya que decirte: mi familia sigue en Alemania, pero la fortuna de mi padre no ha recobrado su explendor; he recibido alguuas cartas de Láura, y en la última, que llegó á mis manos hará dos meses, me anunciaba su casamiento con el jóven marqués de Walpole.

Digitized by Google

»Tambien Humberto me ha escrito dos veces; pero mi padre no se acuerda de que existo, y así como no me dió su adios ni su bendicion al alejarse de mí, tampoco me ha dirigido ni una palabra que me signifique su recuerdo.

»Jamás podré pagar á esta familia lo que hace por mí: todos me adoran: las niñas me hacen compañía y me divierten todos los ratos que pueden: los dos ancianos se disputan el favor de sonreirme y de cuidarme; Gertrudis no ha dejado de ser mi camarera, y Bautista ó el señor Pedro son mis acompnñantes por la noche, cuando voy á pasar un rato á casa de alguna amiga.

»Conservo la magnífica camelia que me ha dado mi hermana como recuerdo suyo, y tambien como una imágen de la exterilidad de la riqueza, cuando sólo se emplea para deslumbrar á los demás, y mi hermosa y humilde albahaca, como una imágen de lo que puede embellecer la existencia, la caridad y el amor.

»¡Sí! ese hermoso arbusto, es el emblema de la misericordia de Gertrudis: ella perfuma mi habitacion como esa benéfica jóven ha perfumado mi pobre alma triste, con el aroma de sus virtudes.

Digitized by Google

»He aprendido, además, que todos los dolores de la vida se hacen menores sóbrellevados con resignacion, porque aquí se cobijan al lado de la escasez, la ancianidad, la infancia y la juventud, y ninguna de las tres edades ha perdido sus matices de calma, de alegría y de felicidad.»

Calló Melania; la historia de su vida estaba terminada; era sencilla, pero dulce y bella como su alma.

Durante algun rato guardamos silencio; las dos estábamos profundamente conmovidas: ella por las memorias que habia evocado: yo escuchando su narracion.

Yo la abracé, y la dejé para que se retirase a descansar, pues nos hubiera ya sido imposible por aquel dia el entablar ninguna conversacion.

Pocos dias despues tuve yo que salir para un largo viaje, que duró algunos meses; un amigo mio que llegó de Madrid, y á quien yo pregunté con vivo interés, me dió noticias de Melania; hé aquí lo que me refirió:

Digitized by Google

IX.

Pocos dias despues de haber yo emprendido mi viaje, volvia Melania á su casa acompañada de la anciana Nicolasa y de las dos niñas.

Era un domingo, y la luz del crepúsculo se confundia ya con las primeras sombras de la noche; hacia ya frio, pues eran los últimos dias de Octubre, y apresuraban el paso para volver á casa.

Una mujer, alta, esbelta, y que en su aire demostraba juventud y belleza, se destacó de un portal cercano á la humilde casita que ocupaban Melania con sus amigos, y se acercó á las dos mujeres.

Lucía y Carlota iban delante asidas del brazo, y hablando con la mejor armonía del mundo.

La primera ponderaba el primor de un ramo que habia armado aquel dia; la segunda se alababa de haber ribeteado muchos zapatos de baile en extremo lindos.

No obstante, aquella figura negra que pasó rozan-

Digitized by Google

do con sus hombros, las sobresaltó; y Lucía, que era la más tímida y débil, dejó escapar un pequeño grito.

Aquel grito pareció sobrecoger á su vez á la mujer que iba á acercarse, porque retrocedió de nuevo.

—¿Qué desea V., buena señora? la preguntó Melania acercándose con bondad: ¿está V. necesitada? en ese caso sólo siento que podré socorrerla con muy pequeña cantidad.

Ninguna respuesta obtuvieron estas palabras; la mujer permanecia callada é imóvil: parecia que se queria acercar y que no se atrevia.

Melania, no atreviéndose por una parte á dar una limosna que no se la habia solicitado, y deseando por otra poner fin á aquella situacion extraña, que ya se prolongaba demasiado, dió un paso para retirarse, pero la enlutada figura, adivinando sin duda su pensamiento, se lanzó hácia ella, asió el extremo de su manteleta, y exclamó con voz baja y triste:

—¡Melania!

—¡Cielos! exclamó la jóven: ¡esa voz!...

Digitized by Google

—¿No la reconoces! prosiguió la incógnita; ¡quizá te sucederá otro tanto con el semblante!

Diciendo estas palabras levantó el tupido velo de su mantilla, y asiendo la mano de Melania, la condujo cerca de un reverbero.

—¡Amelia! exclamó la jóven extremeciéndose; ¡señora, V. aquí!

—¡Sí, yo soy! repuso con amargura la esposa del banquero; ¡yo pobre, desgraciada, casi en la miseria, y que he venido á esperarte para pedirte algun socorro que salve á tu padre moribundo!

—¡Señora! ¡Qué es lo que oigo! exclamó Melania con terror; ¿mi padre está enfermo?

—¡Moribundo!

—¿Y mi hermana?

—Casada, y olvidándonos en medio de su opulencia y de su felicidad.

—¿Y mi hermano?

—¡Ah! exclamó Amelia con un grito de desesperacion; ¡Humberto, el infame Humberto es la causa de nuestra ruina!

—¡Humberto!

Digitized by Google

—¡El sólo, sí! Hacia ya largo tiempo que su padre se negaba á darle dinero para sus locos gastos; cada dia tenian un violento altercado, en el cual uno y otro se amenazaban sordamente: el hijo puso por obra sus planes y violentó la caja de su padre, robándole todo cuanto poseia.

El terror paralizó la voz de Melania, que nada pudo responder á tan formidable acusacion.

—Vamos á ver á mi padre, dijo así que las palabras hallaron paso á través de su oprimida garganta; y V., señora Felipa, añadió volviéndose á la anciana, y alargándola una llave que sacó de su bolsillo; usted vaya al instante á casa, abra el cajon de arriba de mi cómoda, y traigame un bolsillo que hallará en ella.

Despues de dada esta órden, Melania se apoyó en el brazo de la esposa de su padre y se dispuso á alejarse con ella, cuando la voz de la anciana la detuvo preguntándola:

—¿A dónde he de llevar el bolsillo, señorita?

La jóven miró indecisa á su madrastra.

Esta dió las señas, y se alejó rápidamente llevando consigo á Melania.

Digitized by Google

Cruzaron muchas calles apresurando el paso cada vez más, y guardando el más profundo silencio.

Sólo se oia la respiracion entrecortada de Amelia, que andaba con una rapidéz extrema, y los frecuentes suspiros que se escapaban del pecho de Melania.

Llegaron por fin á uno de los más solitarios barrios de Madrid. Amelia sacó una llave de su bolsillo, y abrió una pequeña puerta, situada en un callejon húmedo y estrecho.

El corazon de la jóven jorobada se extremeció dolorosamente ¿Qué se habia hecho el lujo, la opulencia de su padre? ¿Qué se habia hecho aquel fausto que ella habia envidiado tantas veces y con tanta amargura?

¡Juicios impenetrables, pero siempre justos, de Dios! Todo se habia convertido en humo! Allí estaban los que tanto habian brillado por su fausto y su opulencia, hundidos en la miseria! ¡Melania, la pobre y abandonada Melania, era ahora la más rica y feliz!

El enfermo se hallaba en una salita angosta y triste, alumbrada por una sóla ventana que dejaba pasar una escasa luz á través de unos vidrios emplomados;

Digitized by Google

la jóven que hacia ya muchos años que no habia visto á su padre, miraba con un asombro doloroso y como á una cosa desconocida, aquel semblante pálido y desfigurado, guarnecido de cabellos entrecanos.

¿Dónde estaba la belleza, la energía de aquel hombre? ¡Ay! ¡Habian tambien desaparecido del mismo modo que su fortuna!

Algunos muebles viejos y muy antiguos eran todo el adorno de la estancia; al entrar Amelia se dejó caer abrumada de fatiga en una silla: la infeliz hacia dos dias que no habia tomado alimento, para poder comprar á su marido las medicinas que el médico le habia ordenado. Melania se dejó caer de rodillas junto al lecho, y tomó una mano de su padre, que besó, bañándola con sus lágrimas.

Al sentir aquella impresion el antiguo banquero, abrió los ojos con pesadez, pero como si le hiriese la poca luz que allí habia los volvió á cerrar casi al momento.

—¡Oh! murmuró con voz débil; ¡qué ingratos son mis hijos! ¡Humberto y Láura, á los que tanto amé,

Digitized by Google

son los que me matan ahora! ¡Quizá Melania, á la que yo abandoné, hubiera sido mejor para su padre!

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos del enfermo, y bajaron á perderse en su pecho; lanzó luego un hondo suspiro, y murmuró:

—¡Pobre Melania! nació desgraciada, y yo la hice más!.... ¡Mis males de hoy, son sin duda un castigo del cielo!

La voz del enfermo fué interrumpida por la llegada de la señora Felipa, que venia á todo correr con el bolsillo; en el semblante de la buena mujer habia impreso en aquel instante una expresion de inquietud y de profunda pena.

—Me marcho al instante, señorita, la dijo; Lucía ha llegado á casa enferma, y ha tenido que acostarse.

La buena mujer salió, y Melania puso el bolsillo en las manos de su madrastra.

Pero las facciones de ésta, léjos de alegrarse, conservaron su expresion fria y triste; hubiérase dicho que la desesperacion se habia aposentado en su alma.

Digitized by Google

—¡Ay! exclamó con desconsuelo; ¡con esto no hay ni áun lo bastante para contentar á uno de los acreedores de tu padre!

Vació el bolsillo en el hueco de su mano, y cayeron algunas monedas de oro, pero eran en tan corto número, que bien se podia asegurar no llegaban á 400 reales.

La pobre Melania habia sido siempre la que contaba con ménos recursos de toda su familia, y no podia en aquel dia supremo ser su apoyo.

Amelia dejó sobre la mesa aquella suma, y se recostó en su asiento, dejando escapar un ahogado sollozo.

Al oirle, sacudió el cuerpo del enfermo un temblor nervioso; agitó las manos débilmente, y pronunció el nombre de Melania,

La jóven se acercó al lecho, haciendo un esfuerzo supremo para reprimir sus lágrimas.

—¡Valor, padre mio! exclamó; ¡valor, señora! ¡Yo rogaré á Dios que me inspire algun medio para remediar nuestra situacion!

La pobre muchacha no sabia lo que se decia; si la

Digitized by Google

hubieran instado para que dijese qué era lo que pensaba hacer, no hubiera podido contestar; la noche habia cerrado lluviosa y fria; ningun rumor se oia en la solitaria calle; dentro de la habitacion angustiaban el alma, por un lado los gemidos de Amelia, y por otro, el extertor del moribundo.

La infeliz jorobada fué diez veces hacia la puerta, y otras tantas retrocedió asustada; ¿á dónde ir? ¿Qué hacer?

Ella no conocia las calles de Madrid, y aunque las hubiera sabido, no conocia más que á dos ó tres familias de fortunas muy mediadas.

La noche siguió su curso lento, frio y triste; aquella noche fué un siglo para Melania.

Apénas la luz de la aurora tendió su primer resplandor por el horizonte, salió la pobre jóven con la cabeza volcanizada y el semblante pálido; no sabia á dónde ir, pero su pensamiento se volvió á Dios como al supremo consolador de los afligidos

Allí cerca habia una iglesia. Melania entró en ella casi sin saber lo que hacia, pero á la vista de las luces y del sacerdote que celebraba el santo sacrificio

Digitized by Google

de la misa, un rayo de consuelo penetró en su corazon dolorido.

Rezó, no con los lábios, que estaban secos y áridos, pero sí con el corazon, que elevó hasta los pies de su Trono, pidiéndole piedad para su padre.

Cuando se levantó acabada su oracion, la fé brillaba en su mirada, y un débil color se habia extendido por sus pálidas y heladas mejillas.

Ya habia tomado una resolucion, porque se encaminó á la puerta de la iglesia, y se detuvo allí mirando á las gentes que iban entrando para la oracion de la mañana.

Algunas personas entraron, á las que siguieron las ávidas miradas de la jóven; pero sus lábios permanecian mudos, y parecia como que esperaba alguna cosa que no llegaba.

Un carruaje muy sencillo, pero muy elegante, de mañana, se detuvo á la puerta del templo, y Melania clavó en la persona que bajaba aquella mirada ansiosa de que ya he hablado.

Apeóse de él una señora jóven y en extremo hermosa.

Digitized by Google

Podria contar de veintidos á veinticinco años; bajaban sus cabellos, en largos rizos dorados, por sus blancas mejillas, y sus ojos, azúles como el cielo, tenian una dulcísima expresion.

Su traje era rico, pero exento de toda pretension: un vestido de sedá oscuro, un paletot de terciopelo y un sombrero muy sencillo componian su atavío.

Melania se acercó á ella con timidez, juntó las manos y la dijo con voz suplicante:

—¡Señora, mi padre se muere, y no tengo ningun medio de salvarle!

La dama miró á Melania con atenta sorpresa; luego examinó su persona, en la cual, á través de su deformidad, se descubrian los rasgos de una persona bien nacida, y la dijo con dulzura:

—¿Puedo yo hacer algo por su padre de V., señorita?

—¡Oh, sí señora! respondió Melania.

—En ese caso dígamelo V. al instante.

—Pues bien, señora, yo tengo una hermosa maceta de camelias; ¿quiere V. comprármela?

—Con mucho gusto, respondió sonriéndose la seño-

Digitized by Google

ra, y áun le adelantaré á V. todo el importe de ella.

—¿Cómo, exclamó Melania; sin ver la maceta?...

—¿Para qué? Usted sabe cómo es, y me lo dirá.

—¡Ah, señora; es que es muy hermosa! exclamó Melania.

—Las flores lo son siempre, aunque esa la considero hermosísima; pero veamos qué es lo que V. quiere por ella, ó si no, mejor será que me lo diga en tanto que vamos á casa de su padre de V.

—¿Va V. á acompañarme?

—Sí, por cierto.

La dama subió al coche; Melania la siguió, y el carruaje partió á escape.

Poco tardaron en llegar á la mísera habitacion donde la familia del banquero ocultaba su ruina y su desgracia; todo seguia en el mismo estado en que lo habia dejado Melania.

Su padre se hallaba sumergido en su dolorosa postracion; su madrastra, débil mujer, tan alocada para la alegría como poco resignada para el infortunio, permanecia inmóvil y anonadada.

Digitized by Google

Junto al lecho se hallaban de pié las señoras Felipa y Nicolasa, en actitud triste y desolada; mas al ver entrar á Melania acompañada de la hermosa dama rubia, la madre de Bautista dió un grito de alegría.

—¡Ah, mi querida Mme. Brunel! exclamó: ¡Usted aquí! ¿Cómo es esto?

—He encontrado á esta señorita, respondió la jóven señalando á Melania, y he venido...

—A hacer bien siempre, ¿no es verdad? exclamó con entusiasmo Nicolasa; sí, á traer á esta casa, como á tantas otras, la alegría y el consuelo.

—Yo puedo muy poco para eso, repuso la florista con módestia; pues aquella hermosa jóven no era otra que la florista francesa para cuya casa trabajaba la niña Lucía.

Luego, y como queriendo hacer tomar otro giro al pensamiento de Nicolasa, para que no continuase en sus alabanzas, añadió:

—Cuando yo salí de casa, aún no habia ido Lucía: ¿cómo es que hoy se ha retardado, cuando es siempre ella la más puntual?

Digitized by Google

—¡Ah, señora! exclamó tristemente Nicolasa: ¡mi pobre hija está enferma!

—¡Enferma! ¿Desde cuándo?

—¡Ayer, al volver á casa al anochecer, la entró fiebre y tuvo que acostarse!

—¡Ahora mismo voy á verla, dijo Mme. Brunel!

¡Cómo, señora? ¡Será V. tan buena que vaya á mi casa! exclamó Nicolasa sorprendida.

—¿Por qué no? Ya sabe V. que yo quiero mucho á Lucía: voy ahora mismo.

—Y de paso, señora, podrá V. ver mi jarron, objetó tímidamente Melania.

—Es verdad, señorita, repuso la florista; pero, sea como quiera, lo cuento por mio, porque soy apasionada de mi arte, y amo mucho las flores... casualmente necesitaba yo un modelo para hacer camelias, y ahora lo voy á encontrar de un modo providencia: con que ya puedo dar á V. lo que vale el jarron, y queda por mio.

Mme. Brunel echó mano á su bolsillo, pero se detuvo cortada y casi confusa, temerosa, sin duda, de ofender la delicadeza de Melania: permaneció indecisa

Digitized by Google

durante algunos momentos; pero su gran talento le abrió presto un camino.

—¿De qué es el jarron? preguntó á Melania.

—De la China, respondió ésta.

—¿Legítimo?

—Sí, señora.

—¿Y las camelias duran todo el año?

—Cuidándolas mucho, si, señora.

—¡Magnífico! Bien vale ocho mil reales el florero, siendo como V. me lo explica: ahí están, pues; y madame Brunél puso en las manos de Melania un bolsillo bien repleto.

Está se la quedó mirando dudando si soñaba; pero cuando volvió en sí, ya habia desaparecido su bienhechora.

Entónces fué á poner el bolsillo en la falda de Amelia, que exclamó palpitante de gozo:

—¡Ah! ¡Ya estamos salvadas! ¡Hay para pagar al casero, y ya no nos echará de aquí! exclamó con la voz ahogada por la alegría.

Sus últimas palabras fueron seguidas de la entrada de Gertrudis, que venia á acompañar á su señorita y á

Digitized by Google

hacer lo que ésta juzgase por conveniente. Melania la envió al instante á buscar un médico, y volvió á sentarse junto á la cama de su padre, que parecia ajeno á cuanto estaba sucediendo,

Poco tardó en llegar el facultativo: ordenó revulsivos fuertes, y una bebida calmante, que debia devolver á los nervios del enfermo su elasticidad perdida.

Hácia el medio dia recibió Melania una carta, que le enviaba Mme. Brunel con Nicolasa.

La jóven la abrió, y cayó de su seno un billete de la lotería: la carta decia así:

«Señorita: la magnífica maceta de V. es ya propiedad mia: siento no tener lo bastante para pagársela á V., segun su valor; pero la casualidad puede que se encargue de recompensar á V. de otra manera más esplendida de lo que yo lo he hecho.

»Llevaba el magnífico jarron con un mozo de esquina, que iba detrás de mi coche, cuando una camelia, desprendida del tallo, cayó al suelo.

»El conductor se detuvo para recogerla, conociendo sin duda el inmenso valor de esas flores en esta esta-

Digitized by Google

cion; pero ya la vió en manos de una pobre muchacha, vendedora ambulante de fósforos y de billetes de lotería.

»Al querérsela quitar, se puso á sollozar amargamente: el conductor pugnaba por recobrar la flor, y no queria pasar adelante, dando gritos de cólera y de indignacion: yo mandé detener el coche, y entónces la vendedora, corrió á él y asomó su cabeza por la portezuela llorando á gritos.

—»¡Ah, señora, exclamó: ¡Yo suplico á V., yo la ruego, que me deje esta flor! ¡Yo me la he encontrado, caida en el suelo, y es tan hermosa! Vamos, déjemela V., y quédese en cambio con este billete de lotería... Aquí está la suerte, y es el último que me queda... ¡Mañana lúnes sale!

»Yo tomé el billete, herida de una idea repentina.

—»Dejar la flor á esta muchacha, que parece gustar tanto de ella, es una accion buena y generosa: y ese billete tal vez traerá la suerte, segun ha dicho ella... ¡Volemos!

»Accedí, y ahí vá el billete. ¡Quiera Dios que haya acertado, y que esas flores, que tan generosamente ha

Digitized by Google

vendido para aliviar á su padre enfermo, la traigan la felicidad.

»Soy de V. con la mayor consideracion y afecto.

Ulpiana Brunel.

—¡Ah, Dios mio! ¡Qué dicha fuera que cayese la lotería en el billete! exclamó Nicolasa, que habia oido, sin pestañear, toda la lectura de la carta que Melánia hizo en voz alta.

Esta se sonrió con tristeza y le alargó el billete.

—Esas son ilusiones, dijo: jamás he tenido yo fé en la lotería.

—¡Pues ello es que á alguno cae! exclamó Nicolasa: vamos, yo me llevo ese billete para que Bautista mire las listas mañana temprauo.

La buena mujer salió llevándose el billete y llevando impresa, en su honrado semblante, una radiosa expresion de fé y de confianza.

Digitized by Google

X.

El dia se pasó con más tranquilidad que la noche. El enfermo habia vuelto de su letargo, merced á los cuidados del médico, é incorporado en el lecho, miraba á Melánia con una especie de timidez y de rubor.

Hacíala repetir la historia de su vida entera, aquella historia que siendo él su padre, desconocia de uu modo tan completo.

—¡Oh, hija mia! exclamó despues de haber oido la narracion de Melánia, la que procuró endulzar todo lo posible los pormenores de sus penas: hija mia, ¡cuánto has padecido! ¡si el cielo no hubiera castigado mi barbárie y mi dureza para contigo, hubiera dejado de ser justo! ¡Oh! á no ser por la sublime misericordia de la buena Gertrudis, que contanta paciencia como caridad consoló tus tristezas, y abrió ante tus ojos la esperanza de otra vida mejor, hubieras muerto sin duda. Yo tambien tengo que agradecerla el que haya separa

Digitized by Google

do de mi corazon los remordimientos de haber causado tu muerte, ¡Dios la bendiga!

Aún hablaba el enfermo, cuando la puerta se abrió de golpe y la misma Gertrudis se precipitó en la habicacion, llevando un papel en triunfo, que agitaba por cima de su cabeza.

No venia sola. detrás de ella aparecian todos los demás miembros de su familia: sucesivamente fueron entrando su marido, Felipa, el Sr. Pedro, su esposa, Nicolasa y las dos niñas, pues Lucía habia olvidado la fiebre por venir á tomar parte en el contento general.

Luego que todos se hallaron dentro, se oyeron las voces de todos que repetian en coro estas palabras:

—¡Cincuenta mil duros! ¡Cincuenta mil duros!

—¡No comprendo! balbuceó Melania, que se puso pálida como abrumada por el pensamiento de una felicidad inesperada.

—Pues es bien fácil, señorita, repuso Bautista; el billete que dieron á Mme. Brunel por la camelia, y que ésta envió á V. y que yo tenia en mi poder, ha sido premiado con cincuenta mil duros.

Digitized by Google

—¡Pero ese dinero es de esa señora! murmuró Melania: cuando la dieron el billete ya me habia pagado el jarron y las flores, y era suyo.

—Ese billete es de V., repuso la voz dulce y sonora de Ulpiana, que acababa de entrar: yo se lo cedí, y ese papel es sólo un instrumento de que Dios se ha valido para premiar las virtudes de V. y su resignacion: ¡conozco toda su historia!

. . . . . .

. . . . . .

Melania se acercó á su padre.

—Padre mio, dijo: ¿remediarán cincuenta mil duros el desfalco de su caja de V.?

—Al ménos, hija mia, me devolverán mi crédito, respondió el banquero.

—Entónces, ¡bendito sea Dios y mi jarron¡ exclamó Melánia; ¡pues me permiten á mí tambien *Consolar al triste*, y este triste es mi propio padre!¡

Digitized by Google

XI.

Algunos años despues, una alegre velada tenia lugar en una linda habitacion, situada en la calle de la Magdalena, de la coronada villa.

Los balcones de un cuarto principal estaban abiertos, y dejaban escapar una viva luz, producida por muchas bugías.

Eran las ocho de la noche y el mes de Junio, por lo que el crepúsculo alumbraba aún con sus últimas y melancólicas tintas la inmensidad de los cielos, reflejándolas en la tierra: en esa hora melancólica, parece que el alma se aisla de todos los dolores del mundo y busca su pátria en un más allá que nunca alcanza.

Así debia pensar una mujer jóven aún y bella, que, asomada al mirador de cristales de un hermoso palacio, situado en frente de la habitacion iluminada, miraba ya á los balcones, ya á la bóveda celeste; una sonrisa triste, y una lágrima más triste todavía, apa-

Digitized by Google

recieron en los ojos y en los lábios de aquella mujer, cuyo traje de casa era rico, y aún más que rico, elegante y distinguido.

Ceñia su talle, esbelto y flexible, como una palma, una bata de merino blanco y finísimo, cerrada con lazos de cinta rosa, y sobre sus cabellos negros, sedosos y abundantes, iba prendida una toquilla de encaje blanco con alfileres de perlas finas.

¿Qué tendria aquella mujer bella, rica, jóven? ¿Por qué se retrataba en su semblante tan profunda pena? ¿Qué dolencia del espíritu la aquejaba? Pronto lo sabremos.

Hacia algunos instantes que se hallaba apoyada en el mirador, cuando en uno de los balcones de la casa iluminada, apareció otra mujer: era de estatura apenas mediana, y en uno de sus hombros, se advertia una proeminencia; pero su traje negro, era tan elegante en su corte y hechura, que si no borraba, encubria mucho este defecto.

Por lo demás, el semblante de aquella jóven, pues contaba, á no dudar, bastante ménos edad que la que se hallaba en el mirador, el semblante de aquella jó-

Digitized by Google

ven, era expresivo, simpático, inteligente y dulce como pocos: podria decirse de ella, lo que un hombre de gran talento ha dicho de una escritora de nuestros dias.—«No es una mujer: hermosa es una criatura singularmente atrayente y simpática.»

Grandes ojos negros, alumbraban su rostro oval de un cútis aterciopelado: espêsas madejas de cabellos rizados, guarnecian su frente, y se agrupaban en lo alto de su cabeza artística é inteligente, alrededor de un peine de oro cincelado: su vestido de faya negra, dibujaba bien un talle delgado, y á pesar del defecto de su hombro, elegante y distinguido: abierto en el pecho, dejaba escapar una ola de encajes blancos y delicados, que se repetia en las mangas y acariciaba sus pequeñas y blancas manos.

—¡Láura! exclamó la jóven contraecha, con voz dulce y con acento de asombro: ¡aún estás así! ¿no te vistes?

—No, hermana mia, contestó la de la bata blanca: no voy.

¿Qué no vas á venir?

—¡No!

Digitized by Google

—Pero, ¿por qué?

—¡Estoy muy triste!

Siguió un instante de silencio: se conocia bien que la jóven de la casa iluminada comprendia el motivo de la tristeza alegada por su hermana.

Esta, á cuyos ojos habian asomado algunas lágrimas, sacó del bolsillo de su bata un pañuelo de batista, y lo llevó á los ojos.

—Perdóname, querida Melania, dijo: no voy porque el aspecto de tu fiesta, me haria más desdichada: mi marido no ha vuelto desde ayer.

—¡Es posible! exclamó Melania.

—Esto lo hace muchas veces.

—Abreme la puerta, que voy á tu casa, dijo la hermana menor: y desapareció del balcon con aquella graciosa viveza que le era natural.

Un instante despues estaba al lado de Láura; y creeríamos hacer una injuria al lector, á no suponer que habia conocido, en estas dos jóvenes, á las hijas del banquero.

—¡Ingrata! exclamó dulcemente Melania, llevando á su hermana á un sofá, sentándose á su lado y estre-

Digitized by Google

chando su mano.. ¡Ingrata! ¿Tampoco me quieres que me ocultas tus penas?

—¡Ay! ¡Nadie puede remediarlas! ¿A qué decirlas? suspiró Láura, inclinando la cabeza con abatimiento.

—Pero comunicado, el dolor se hace más llevadero; si yo sufriera, te lo diria.

—Felizmente no sufres: tu marido te adora; y el mio ya se ha cansado de mí, hace tiempo.

—Es que yo elegí un hombre de una edad en que ya no se hacen locuras, contestó Melania: es decir, no elegí, añadió corrigiéndose graciosamente: con mi figura no podria *elegir*, y gracias que *hallé* un hombre honrado, que miró más á mi alma que á mi cuerpo; como él ya tenia cuarenta años, y además tenia talento y corazon, no vacilé en aceptarle; su salud delicada necesitaba un cuidado constante; aunque yo creo que me eligió para enfermera, despues ha llegado á que rerme.

—Te adora, repuso Láura, pero tú eres digna de ello: no se puede estar impunemente al lado de un sér tan noble, tan inteligente, tan adorable como tú, hermana mia: ¡ah! ¡Qué tristes años los que hemos pasad

Digitized by Google

sin tí, los que te hemos desdeñado! ¡Tú eres el tesoro de la familia, y como dice nuestro padre, desde que te conoce,—«el alma de nuestra madre, se halla encerrada en tí!»

—¡Basta, basta, señora aduladora! exclamó Melania, con una risa que enseñó dos filas de perlas, entre dos cintas color rosa: ¡todo eso no me dice por qué no vienes á mi pequeño concierto: piensa en que es en celebridad de los dias de mi marido!

—¡Ya te he dicho que estoy muy triste!

—¡Así te distraerás! ¡Ven Láura! ¡Fernando, mi excelente esposo, le hará oir un buen sermon á tu marido; yo te lo aseguro!

—¡Sólo tengo ganas de llorar!

—¡Con llorar sólo adelantarás ponerte fea, y tu marido te ama por bonita! ¡Si no te ven en mi casa esta noche, creerán las gentes que desdeñas venir á ella, porque eres marquesa y rica; y yo estoy casada con un modesto oficial de un Ministerio ¡Si, hasta mi buen Fernando, lo creerá así.

—No digas más, repuso Láura: olvidaré mis penas é iré contigo; pero ¡ay! ¡No es sólo la indiferencia de mi

Digitized by Google

marido lo que me atormenta! ¡Es el porvenir de mis pobres hijos! ¡Melania, creo, temo que mi marido esté arruinado!

—Tu imaginacion se halla exaltada: más arruinado que llegó á estar nuestro padre, no estará tu marido.

—Pero ¿dónde hallará él el ángel salvador que Dios envió en tí á nuestro padre? Gracias al inesperado socorro que por tu medio le envió la Providencia, ha podido retirarse á su país, despues de saldadas todas sus deudas, y vive allí en compañía de su esposa, que le ama... pero nosotras...

—¡Nuestro padre vendrá en tu ayuda: ¿no sabes que siempre te ha amado con el alma?

—¡Ah, Melania! No olvida que le abandoné en la desgracia: ahora que ha llegado mi desventura...

—La remediará en lo que pueda, y yo tambien: aunque poco, tenemos algun dinero ahorrado, Fernando me ama y me lo dará para tí.

—¡Tú eres la dulce Providencia de la familia! exclamó Laura. Tú, á quien todos hemos abandonado. Dios lo ha dicho: «Los últimos serán los primeros.»

Digitized by Google

—Vamos, vístete, Láura, exclamó Melania; Fernando va á llegar, y es preciso que nos halle á las dos en casa; allí hablaremos como aquí; vístete, y yo iré á ayudarte.

—Vamos ántes á dar un beso á mis ángeles, dijo la Marquesa tomando el brazo de su hermana.

Atravesaron suntuosas estancias, y despues un largo corredor, al fin del cual se veia un elegante y espacioso gabinete; un aya de edad madura, y una doncella, jóven y bonita, entretenian á dos niños de distinto sexo; la mayor podria tener siete años, y era una criatura bella como el amor: grandes ojos oscuros hacian contraste con un bosque de cabellos sedosos y dorados que sombreaba su frente; su tez era blanca como las azucenas, y su vestido, de piqué blanco de graciosa hechura, descubria sus rosados bracitos, sus hombros satinados y parte de sus piernas, descubiertas á la moda inglesa.

Un niño, tambien vestido de blanco y que contaria dos años ménos, se hallaba de pié, al lado de su hermana; ambos miraban las estampas de un libro de cuentos que les enseñaba el aya, mientras la doncella

Digitized by Google

anudaba al derredor del talle del niño un ancho cinturon color de rosa.

Láura y Melania abrazaron y besaron á las dos criaturas, que les devolvieron tiernamente sus caricias, y la Marquesa las recomendó á los cuidados del aya, diciendo á la doncella:

—Ven á vestirme, Lucia.

La jóven siguió á su señora: era la hija de la buena Felipa que, aprendido ya del todo su oficio, habia ido, en tanto preparaba sus galas de novia, á pasar unos dias en casa de Láura, miéntras su hermana, por la misma razon, estaba en casa de Melania.

La Marquesa se puso un traje de faya rosa bajo, que era el más sencillo de su guardaropa; unos pendientes y un collar de perlas; y ya vestida, las dos hermanas atravesaron la calle, y entraron en casa de Melania, cuando ya la noche habia sucedido á los últimos resplandores del crepúsculo, y cuando ya los balcones, abiertos, dejaban escapar más vivos los resplandores de las luces encendidas para la fiesta.

Digitized by Google

XII.

Melania—segun ella misma nos ha dicho—no se habia casado con un hombre opulento. No era tampoco un amante apasionado lo que la jóven, á pesar de la hermosura de su rostro, habia buscado y hallado: era un hombre de corazon y de razon á la vez, nada dichoso porque se hallaba enfermo, y que buscaba, más que una mujer enamorada, á lo que habia renunciado hacia largo tiempo, una amiga cariñosa y una compañera indulgente y agradable para el camino de la vida.

Melania, educada en la escuela terrible de la desgracia, á pesar de su juventud, no alimentaba tampoco locas ilusiones; reunia á la vez buen juicio y viva imaginacion, combinacion encantadora que se halla pocas veces en las mujeres, y no se le ocultaba su deformidad; ántes bien, se la exageraba. No obstante, debe advertirse que aquella deformidad no era ya grande,

Digitized by Google

porque Melania, gracias á los cuidados de la buena Gertrudis, habia crecido y se habia desarrollado mucho, siendo casi tan alta como su hermana.

Cuando Melania, llegó al lado de su padre y le vió enfermo y pobre, ya no quiso separarse más de él; aquel premio de la lotería tan á tiempo enviado por el cielo á cambio de una camelia, habia permitido al banquero poner algun órden en sus negocios. Melania no habia salido ya de la casa paterna, y en ella la habia conocido su marido, que la frecuentaba hacia algun tiempo, á causa de varios negocios que tenia con las oficinas del banquero; casi sin saberlo, Fernando amó al sér inteligente que embellecia la casa, que consolaba al anciano y al que su madrastra bendecia y amaba con ternura, agradecida á su inmensa bondad y á su generoso perdon.

Melania habia llegado á ser el ídolo de todos, y sobre todo de su padre.

Su dulce influencia alcanzó el perdon de Láura, hija ingrata, que habia olvidado á su padre desde su casamiento; y esta misma influencia se extendió á Humberto, que tambien volvió, como el hijo pródigo,

Digitized by Google

bajo el techo paterno, y se asoció á los negocios de la casa, trabajando en ellos con inteligencia y actividad.

El padre de Melania, se avino al casamiento de ésta, convencido de las buenas condiciones con que se hacia: no es la pasion la mejor fundadora del matrimonio y de la familia: mejor la sostienen el cariño y la estimacion, que es lo que siempre dura, y lo que trae la toleracia y la simpatía.

Despues del casamiento de la hija menor, que se celebró con gran alegría de todos, el banquero arregló definitivamente sus negocios, y salió de Madrid para ir á concluir el resto de sus dias con tranquilidad á una capital de provincia, y Humberto hizo un casamiento expléndido, con la hija de uno de los príncipes de la Banca en París.

Quedaron en Madrid las dos hermanas, y Melania alcanzó de su marido irse á vivir enfrente del soberbio palacio de Láura. Pero ¡ay! bien pronto se pudo convencer de que el fausto de ésta, no era ya, á fuerza de gastar, más que aparente, y de que la ruina ameazaba su casa.

Digitized by Google

Láura se habia casado con un hombre que reunia todas las ventajas: pero educada para el lujo y la vanidad, ella le habia ayudadado á gastar locamente su fortuna, y el Marqués, para *no pensar* en la ruina que le amenazaba, se distraia con el juego, con la galantería, con las partidas de caza y con todos los recursos de la ociosidad opulenta.

El conocimiento de la frivolidad de su mujer le cansó, y al amor sucedió el hastío y la frialdad de corazon, no viendo en ella más que los defectos; porque no existe en la creacion un sér más cruel que un hombre cansado de una mujer, y más si este hombre tiene el carácter débil.

Llegó para Láura la hora de la desgracia y de las más amargas penas; su instinto de esposa y de madre le advirtió que el corazon de su marido se le escapaba, y no sabia qué hacer para retenerlo; cuando sólo la hermosura es la base del amor, éste dura poco; flor que nace con la aurora, llega á su apogeo en medio del dia, y se deshoja por la tarde para no volver á revivir; así, á medida que Láura, bella y admirada de todos, iba perdiendo el corazon de su marido, Melania,

Digitized by Google

desheredada por los dones de la naturaleza, y á la que no conocian ninguna de las brillantes amigas de su hermana, iba ganando terreno en el corazon del suyo.

Fernando mejoraba, y la animacion y la vida aparecian de nuevo en su semblante.

¡Es tan dulce la certeza de ser amado para el que posee un alma noble! El alimento del espíritu es además un manjar exquisito, al que ningun otro puede reemplazar despues que se ha gustado, y Melania sabia alimentarlo mejor que nadie; complaciente, amable, encantadora por su viveza y por las gracias de su ingénio, nadie como ella sabia atraer y cultivar relaciones; nadie como ella sabia hacer amable el sosiego de la casa y el reposo del hogar.

La habitacion en que penetraron las dos hermanas, no se parecia en nada á los suntuosos aposentos del palacio de Láura; todo era sencillísimo, si bien muy elegante; el saloncito de recibo tenia de raso verde la sillería y las cortinas, realzado con madera negra tallada; lo mismo eran los espejos. Una araña guarnecida con follaje verde y campanillas azules y rosadas, pen-

Digitized by Google

dia del techo cargada de bujías que esparcian, con muchos candelabros de cristal, una brillante luz; á cada lado de este saloncito, habia un gabinete vestido de raso color de cereza, y alumbrado tambien con lámparas de flores; las cortinas de estos gabinetes eran de muselina blanca bordada, y de una sencillez encantadora.

Veíanse flores por todas partes; las flores encerraban dulces recuerdos del corazon de Melania, porque á ellas debia toda su felicidad. Las camelias del *Jarron de la China,* habian librado á su padre de la ruina; la modesta, la humilde albahaca habia sido su compañera, y su perfume habia embellecido la morada que le ofreciera la caridad en casa de los pobres artesanos.

Ya se hallaban aquellos aposentos, modelos de una elegante sencillez, ocupados por algunas personas invitadas, á las que Fernando hacia los honores de la casa, esperando impaciente á su mujer; los hombres vestian correctamente de negro, y las damas, por lo adelantado de la estacion, llevaban telas ligeras, trajes blancos en su mayor parte.

Digitized by Google

Algunas jóvenes cantaron piezas de música; otras personas de más edad ocuparon las mesas de tresillo y de *ecarté*.

En el hueco de un balcon hablaban algunas jóvenes:

—¿No hallas muy desmejorada á la Marquesa? preguntó una señalando á Láura que, pensativa y triste, miraba sin cesar á la puerta.

—Muy desmejorada, en efecto, contestó la interpelada.

—Casi no es ya bonita.

—Nunca lo fué gran cosa.

—¡Oh, en cuanto á eso ha sido encantadora! observó un caballero que escuchaba esta conversacion. Señoritas, añadió, piedad para el vencido, y no le hagais la injuria de dudar de su valor.

—¿Láura está vencida?

—¡Láura tan orgullosa!

—¡Tan soberbia!

—¡Tan petulante!

—Me explicaré, dijo el que habia hablado; me explicaré si VV. me lo permiten.

Digitized by Google

—Hable V.

—Y pronto.

—¿En qué consiste la derrota de esa orgullosa beldad?

—En que han pasado algunos años desde que empezó á brillar, y ya va eclipsándose, sobre todo, ante tanta belleza aquí reunida. Nuevas beldades han ocupado su sitio: todo pasa en el mundo.

—Todo, ménos una cosa, repuso una señora anciana que, sentada á alguna distancia del alegre grupo, escuchaba con aire indulgente y casi complacido la conversacion.

—Sí, continuó, amigos mios, todo pasa, ménos el respeto, el amor, la admiracion á la virtud; la galantería es inconstante, y sólo se ocupa de la belleza, de la juventud, de las ventajas exteriores; pero el afecto, la estimacion, el respeto, son para todas las situaciones de la vida, son los frutos para la edad madura de las virtudes que hemos practicado y amado, dejando un poco la frivolidad para ocuparnos de ellas: sed ahora indulgentes, caritativas, amables para todos, y sereis para siempre amadas.

Digitized by Google

—¡Oh, mi madre tiene el derecho de hablarnos así! exclamó con ternura una de las jóvenes presentes; se quedó viuda á los veinticuatro años, con tres hijas, y no quiso nunca volver á casarse, ni más amor que el nuestro.

—Deben VV., pues, á su madre todas las adoraciones que merecia, y de que por VV. se ha privado, dijo gravemente uno de los jóvenes caballeros que se hallaban presentes.

—Y se las damos, amigo mio, respondió la que habia hablado; sí, adoramos á nuestra buena madre; mis hermanas, casadas ya, han aprendido de ella el modo de educar á sus hijos; yo no buscaré nunca más noble modelo.

—Láura, observó otro de los presentes, debe su desgracia y el desvío que hoy le manifiesta su marido, no á malas cualidades, no á falta de dignidad en su conducta.

—¡Oh, no! exclamó vivamente aquella madre ejemplar, que se habia hecho presente para enfrenar algun tanto la acerba crítica que allí se habia iniciado. ¡Láura ha sido un modelo de esposas honradas!

Digitized by Google

— Por orgullo, dijo una de las señoritas cuyo rostro de ángel parecia responder de la más dulce indulgencia.

—Por falta de corazon, añadió otra; hay virtudes que deben estimarse en poco.

—Sea como quiera, ella ha sido siempre esposa fiel y buena madre, dijo gravemente la anciana; al ver ahora mismo su admirable hermosura, ¿se podrá dudar que haya inspirado algun sentimiento de amor, ó siquiera sea de galantería? Su marido mismo no lo dudará, y lo que le ha hecho huir de su lado es el que está resentido por los excesivos gastos de su mujer, y cansado del carácter frívolo de ésta.

—O acaso se hallará apasionado de otra.

—No lo creo, dijo uno de los jóvenes; le he visto esta tarde con un aire tan sombrío, que no deja lugar á pensar que se ocupe de nada agradable.

—El matrimonio, dijo la anciana señora trás un rato de silencio, el matrimonio es una cosa grave, como es una cosa grave la vida; sólo en lo superficial se puede pensar y obrar superficialmente; pero el matrimonio, hijas mias, y á vosotras más que al sexo fuerte

Digitized by Google

me dirijo, es un lazo del que dependen la tranquilidad, la dicha, el honor de varias personas; es preciso, pues, mirarlo gravemente, y no descuidar detalle alguno que lo desacredite, que amengüe el respeto que merece, en primer lugar de los que lo han contraido, y despues de todos los demás. ¿Qué pensaríamos del que teniendo una hermosa casa, estuviera todos los dias desmoronando un poco de sus adornos con una piqueta? El edificio perderia poco á poco todos los ornamentos que encantaban la vista, y al fin, á fuerza de soportar este trabajo de destruccion, vendria al suelo; tal es el matrimonio: un bello edificio al que adornamos al edificarlo, y al que luego muchos dejan destruir por la incuria, y otros destruyen por sí mismos con un bárbaro placer, quejándose despues de la institucion.

El esposo de Melania, que se acercó á la anciana presentándola el brazo para conducirla al comedor, interrumpió esta conversacion, á la que los jóvenes de ambos sexos prestaban toda su atencion, porque la bondad es la coquetería de la ancianidad, y una coquetería tan atractiva como la de la juventud, puesto que va derecha á conmover el corazon.

Digitized by Google

Despues del thé, que era un pretesto para una delicada cena, se leyeron algunas poesías; se cantó alguna pieza más, y se terminó la agradable reunion á las dos de la mañana.

XIII.

Láura volvió á su casa más angustiada de lo que habia salido de ella.

¡Su marido no habia vuelto, puesto que no habia ido á casa de su hermana!

¿Qué seria de él? ¿Dónde estaba?

Muchas horas hacia que faltaba de su habitacion, y inquietud de la pobre esposa era cada vez mayor y la más insoportable.

Melania y su marido la acompañaron; ¿cómo dejarla sóla y abandonada á su dolor? En vano la hermana cariñosa, cuyo talento estaba lleno de recursos ingeniosos, trataba de tranquilizarla; no hallaba frases que decirle para darle alguna esperanza.

Digitized by Google

Cuando ménos se esperaban, y ya á más de las tres de la mañana, resonó la campanilla de la puerta de entrada.

Láura, ansiosa é impaciente, corrió á abrir aquella puerta.

Era su marido; su semblante estaba pálido y descompuesto: su mirada torva no se fijó siquiera en su mujer, que quiso abrazarle; con un gesto maquinal la separó de sí, y se dirigió á su cuarto cuya puerta cerró.

—¡Fernando, por Dios, entra! exclamó Láura llena de terror; ¡yo no sé lo que advierto en mi marido! ¡Parece que está loco; llama á la puerta á ver si te habla á ti!

El esposo de Melania fué á la puerta cerrada del cuarto del Marqués y llamó á ella; pero nadie respondió.

Pasados algunos instantes volvió á tocar, y tampoco obtuvo respuesta; disponíase á llamar más fuerte, cuando la más horrible contestacion hizo caer sin sentido á Láura, y desvanecida en una silla á su hermana.

Digitized by Google

Extremeciendo la puerta y los cristales del cuarto del Marqués, habia sonado una detonacion.

Avisado el alcalde del barrio se abrió la puerta al instante: el esposo de Láura yacia en medio del cuarto.

Tenia el cráneo deshecho por un tiro en la sien.

No se encontró carta ni papel alguno que explicase resolucion tan funesta.

. . . . . .

. . . . . .

La pobre viuda, que adoraba á su marido, perdió la razon, y durante muchos meses se creyó tambien que iba á perder la vida.

Cuando se conoció el estado de los negocios de la casa, se vió que el Marqués se hallaba completamente arruinado, y la venta de sus carruajes, caballos y mobiliario, bastó apénas para pagar á sus acreedores.

El padre de Láura no la desamparó en su dolor; vino á Madrid y se la llevó consigo; la niña fué con ellos, y el niño menor de Láura quedó al lado de Melania.

Digitized by Google

Vióse en aquella ocasion que la familia no es una palabra vana, y que en los dias del dolor, es el refugio y el consuelo; el padre y el hermano de Láura vinieron en socorro de ésta y de sus hijos; cada uno allegó á esta buena obra una cantidad; y Melania y su excelente esposo pusieron en ella todos sus ahorros.

¿Y Gertrudis? ¿y su marido? Ambos á dos, y sus dos ancianas y buenas madres, fueron la personas de confianza de las dos casas; esta honrada familia se encargó de establecer de nuevo á Láura en Madrid, donde tenia que estar para la educacion de sus hijos, de servirla, de acompañarla.

Carlota y Lucía, casadas tambien, aumentaron aquella honrada pléyade de amigos, más que de servidores.

Láura acudió al trabajo para aumentar los recursos que la pequeña renta que le habia dado su familia le proporcionaba; sabia pintar, y quiso perfeccionarse, dándose el espectáculo de una Marquesa jóven y bella que se dedicaba al arte.

Jamás quiso volverse á casar, aunque pudo hacer-

Digitized by Google

lo con grandes ventajas; su amor fueron sus hijos; su amistad, su familia; su esperanza, Dios.

Su vida fué pura, digna, tranquila, y animada sin cesar por la dulce influencia de Melania, que nunca dejó de amar á su hermana, tan feliz cuando ella estaba abandonada de todos; tan desdichada despues, por la inmutable justicia del que ha dicho:

LOS ÚLTIMOS SERÁN LOS PRIMEROS.

FIN.

Digitized by Google

ÍNDICE.

Páginas.

DEDICATORIA.

Al Lector..... II.

LEYENDA PRIMERA.

La mayor de las Victorias..... 1

LEYENDA SEGUNDA.

El Jarron de la China..... 138

Digitized by Google

Digitized by Google

OBRAS DE LA AUTORA.

NOVELAS ORIGINALES.

	Tomos.
El lazo de flores	1
La rama de sándalo	1
El ángel del hogar	3
A la sombra de un tilo	1
Dos venganzas	2
El sol de invierno	2
Margarita.—La flor del Castellar	1
La senda de la gloria	2
Amor y llanto	2

Digitized by Google

	Tomos.
Celeste	1
El almohadon de rosas	1
El alma enferma	3
Rosa.—Flor de oro	1
Un nido de palomas	1
A rio revuelto	2
Premio y castigo	1
La Vírgen de las lilas	1
Fausta Sorel	2
Cuentos de color de cielo	1
Combates de la vida	1
El último amor	1
Veladas de invierno	2

Galería de mujeres célebres.

—

Catalina de Aragon.—Ana Bolena	1
Juana de Seimour.—Ana de Cleves	1
Catalina Howard.—Catalina Parr	1
La condesa de Genlís.—Eva	1

Digitized by Google

	Tomos.
Juana de Arco.—Catalina Gabrielli.....	1
Eloisa.—María Teresa de Austria.....	1
Isabel la Católica.....	2
María Stuard.....	1
La marquesa de Sevigné.—Blanca Capelo....	1
Agripina.—Santa Teresa de Jesús.....	1
Cristina de Suécia.—La condesa de Albani..	1
Santa Adelaida.—Doña Urraca de Castilla...	1
María Delorme.—Isabel Farnesio.....	1
Ana María de Nesle.....	1
Julia Leonor de Lespinase.....	1
Sofía Cottin.....	1
La Emperatriz Josefina.....	1

Obras de instruccion recreativa.

—

Un libro para las damas.....	1
La vida íntima.—En la culpa va el castigo...	1
El camino de la dicha.....	2
Album de mis recuerdos.....	2
Hija, esposa y madre.....	3

Digitized by Google

Tomos.

Obras de texto.

La ley de Dios..... 1

A la luz de una lámpara..... 1

(Estas dos obras están declaradas de texto é incluidas en el trienio escolar de 1876 á 1879, en todas las escuelas de la Península y Ultramar.)

Poesías.

Flores del alma..... 1

Cantos de mi lira..... 1

Novelas traducidas del francés.

Sibila (de Octavio Feuillet).

El lazo roto (de Mme. Bourdon).

Historia de una familia (de la misma autora).

Eufrasia.—Historia de una pobre mujer (de la misma).

La tumba de hierro (de Enrique Conscience).

La Caballera (de Paul Feval).

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

RETURN TO the circulation desk of any
University of California Library
or to the
NORTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Bldg. 400, Richmond Field Station
University of California
Richmond, CA 94804-4698

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

- 2-month loans may be renewed by calling (510) 642-6753
- 1-year loans may be recharged by bringing books to NRLF
- Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date.

DUE AS STAMPED BELOW

SENT ON ILL

MAR 03 2003

U. C. BERKELEY

12,000 (11/95)

Digitized by Google

U.C. BERKELEY LIBRARIES

C003325099

339896

Simics

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

Digitized by Google

Digitized by Google